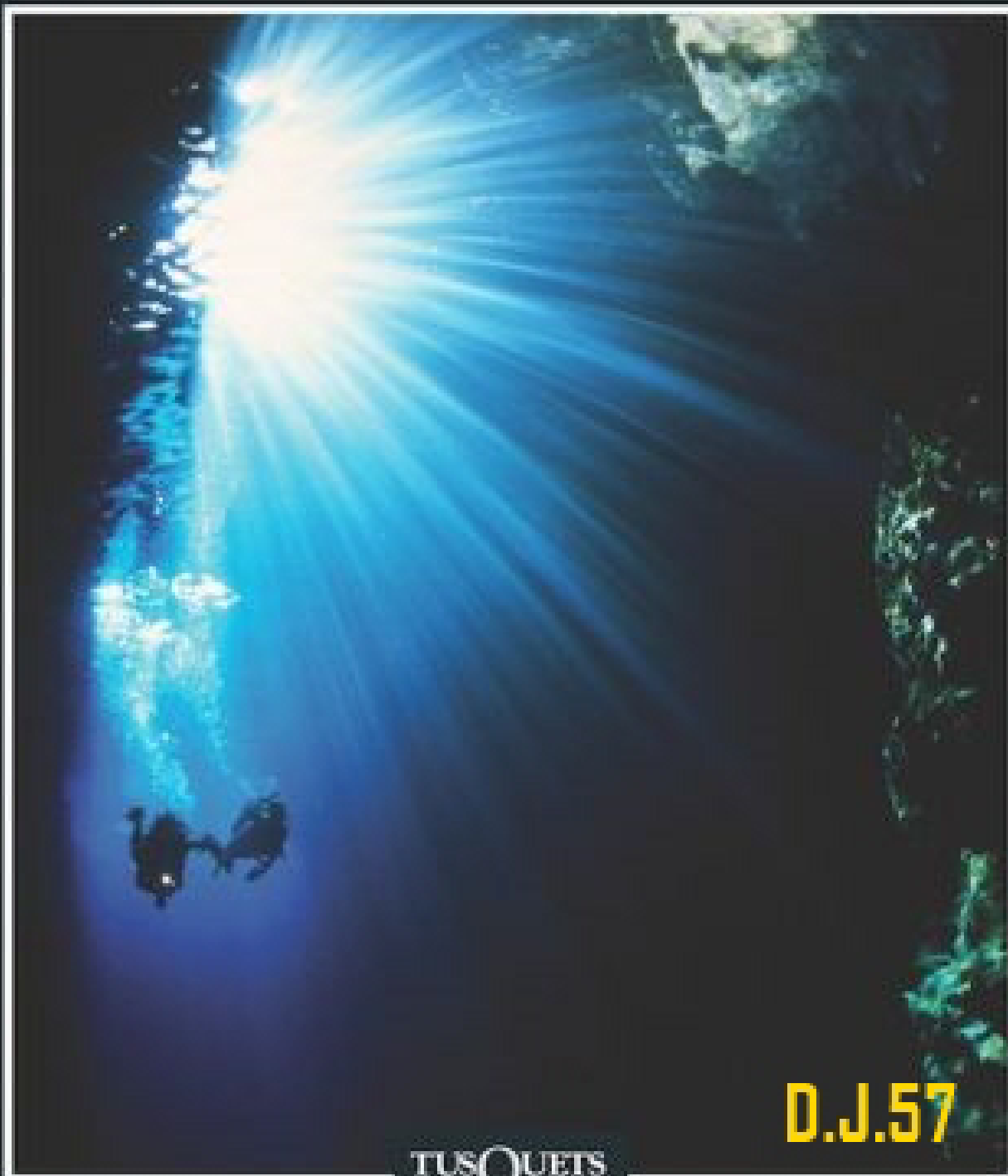


Norma Lazo

LO IMPERDONABLE

colección andanzas



D.J.57

TUSQUETS
EDITORS

LO IMPERDONABLE

NORMA LAZO

TUSOUETS

© 2014, Norma Lazo
Derechos reservados

Este libro fue escrito gracias al apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Reservados todos los derechos de esta edición para:

© 2014, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.
Avenida Presidente Masarik núm. ni, 20. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.tusquetseditores.com

1º. edición: abril de 2014
ISBN: 978-607-421-557-1

Primera edición en formato epub: mayo de 2014
ISBN: 978-607-421-563-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

Quiero agradecer a Valeria Mas y Felipe Rodríguez por nuestras placenteras reuniones hablando de buceo; también por su experiencia y conocimiento compartido generosamente para el desarrollo de esta novela.

A David, por lo que sí se tiene a quien sí es.

Para Lucía Ortiz de Gutiérrez Zamora, precursora del círculo de lectores de
Carson McCullers.

Bendita enfermedad si es enfermedad
odiar a nuestros enemigos.

ESQUILO

Conmemorar con todo el poder del recuerdo, con toda la capacidad
para evocar o inventar detalles, lo que es inolvidable, lo que es
imprescriptible, lo que es inextinguible, lo que es imperdonable.

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

PRÓLOGO

LAS ALAS DEL COLIBRÍ

«Me pidió que no lo contara, pero unas manos manchadas de sangre no merecen mi silencio», piensa Eddie mientras da vueltas en la cama sin poder dormir. Todavía vive con el recuerdo de aquella muerte, con esa mirada vacua persiguiéndola a toda hora del día, con mayor frecuencia durante las pesadillas. Sueña con ese cuerpo inmóvil de cadáver sentado en el sillón verde de su habitación. Lo sueña con los ojos glaucos y la postura rígida. Gran estatua de sal varada en el sillón mecedor. Si tiene esa pesadilla, despierta entre jadeos tanteando el buró con la mano en busca del interruptor de la lámpara. Cuando lo encuentra, duda en accionarlo. Le da miedo prender la luz y descubrir el cuerpo inmóvil arrellanado sobre el sillón en pleno balanceo. Se tranquiliza momentáneamente al reconocer los objetos de su cotidianidad: el espejo oval en la pared izquierda, los dos burós negros al lado de la cama, la luz del farol asomada por la ventana y la fotografía de Diane Arbus, Gigante judío en casa con sus padres en el Bronx. Entonces bebe un trago de agua e intenta dormir otra vez, pero el rostro del cadáver no desaparece. Se queda ahí, danzando en su cabeza hasta conciliar el sueño. «Aquella vida breve», suspira Eddie antes de cerrar los párpados. Intenta dormir cuando la despierta el timbre del teléfono.

—Se está muriendo —le dice una voz ronca detrás de la bocina—, se está muriendo y quiere contarlo todo.

—Que lo haga, yo no tuve nada que ver.

Eddie cuelga sin alejar los recuerdos. Hacía tantos años de la vida salvaje, tantos, que juraría que llamaban a otra persona. Ella ya no mantenía relación con su pasado, ni con los amigos de la infancia, ni con los muertos. «Qué

fragilidad», pensó al dejarse caer sobre su cama. Antes de dormir comparó la vida con la existencia del universo: eterna y breve. La asaltó la imagen de un colibrí aleteando frenéticamente, suspendido en el espacio sobre las flores de un jardín. Sintió miedo, se le reveló en ese rápido batir de alas robándole el aliento. La imagen del colibrí desapareció de su mente, desvaneciéndose en un punto incierto de la memoria. No logró seguir su vuelo, sin embargo, el movimiento de las alas se quedó ahí, parpadeante, impetuoso, recordando lo fugaz de la existencia, tan fugaz y rápida como su aleteo.

PRIMERA PARTE

EL PASADO, LA OLA QUE SIEMPRE REGRESA

1. EL MAR ENFURECIDO

LA MISMA OLA

Eddie no era su nombre, Michael la llamaba así. Tenían poco tiempo de conocerse y los unía una amistad profunda aunque prudente. Eran mayores y habían aprendido que los mejores amigos buscan la distancia adecuada. Al igual que puercoespines, ni tan lejos que dé frío, ni tan cerca que espine.

Al principio Eddie no hablaba de su vida o de su pasado. Había callado sus días salvajes sin destino, las playas bañadas de abulia y desasosiego y las horas mirando nubes para adivinar formas de animales mitológicos. Tampoco le había contado del malestar nacido por la incertidumbre que le provocaba su futuro. Malestar a veces alejado con algún libro robado y, en otras, provocando pleitos en la escuela.

Eddie no se había atrevido a hablar de ello hasta la noche en la que volvió su pasado. Entonces decidió contarle todo a Michael, aunque no supiera cómo.

El destino de Eddie se selló treinta años atrás, mientras esperaba sentada en la barda del colegio a su mejor amigo, Ian, leyendo Más que humano de Theodore Sturgeon, una novela de ciencia ficción que tomó prestada de casa de Camilo García Moreno, otro de sus amigos. Pero aquello era un eufemismo, Eddie sólo regresaba los libros si alguien le reclamaba. Miró su reloj Swatch de carátula azul. Ian solía ser puntual y ahora llevaba retrasado veinte minutos. Eddie brincó desde la barda del colegio y se asomó por la calle en busca de su amigo. Entre los coches apilotados por el tráfico avistó el Mustang color cobre y de llantas achaparradas rebasando impacientemente a los demás automovilistas. Eddie echó la novela de Sturgeon en la mochila y se preparó, como cada día, para subir al auto.

—¿Aburrida? —le preguntó Ian desde la ventanilla mientras quitaba el seguro de la puerta del copiloto.

Eddie afirmó con la cabeza y aventó la mochila en la parte de atrás. Reclinó el respaldo hasta topar con el asiento trasero.

—Nos esperan en la playa —le dijo Ian.

Eddie tomó la cajetilla de Camel de la camisa de su amigo y encendió uno. El Mustang rozaba el suelo en cada vuelta. Ian era adicto a la velocidad, a los brincos sorpresivos provocados por los topes y a las miradas reprobatorias de los parroquianos quienes, al verlo venir a lo lejos, se replegaban contra la pared de las aceras.

En la playa, recostados sobre el automóvil de Ian, el grupo de amigos observaba a las gaviotas clavar sus picos en las crestas del océano en busca de alimento. Las más hábiles pescaban a su presa en la primera zambullida, en tanto que las torpes levantaban el vuelo para intentarlo nuevamente hasta conseguirlo. Cuando Eddie se iba de pinta con sus amigos solían reunirse en las dunas El Infiernillo. Tomaban cerveza envueltos por las bocanadas de aliento salado y caluroso del verano mientras el mar marcaba su frontera de espuma con la que jugaban a salpicarse. Pudo ser un día cualquiera, inútil y perezoso como el anterior, de no haber sido por la llegada abrupta de Alma Grande.

—El menor de los García Moreno se mató —dicho esto, Alma Grande desplomó su enorme cuerpo de ciento veinte kilos y metro noventa de estatura sobre la arena, cayó doblado sobre sus rodillas como los musulmanes en oración.

El menor de los García Moreno se llamaba Mauro y tenía once años; su hermano, Camilo, era parte del grupo de amigos. Mauro era un niño gordo y rubio, de rostro pálido, marcado por las manchas de sol. No hablaba mucho y, taciturno y melancólico, pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su recámara escuchando discos. Fantaseaba con ser invisible y pasar inadvertido en el colegio para no dar explicaciones de su aislamiento. En la familia nadie entendía a ese ser silencioso que parecía vivir en otra dimensión, distante, perdido en lo más profundo de los caracoles, allí donde suena el mar pero no atropella con su vaivén violento. El único que conseguía sacarlo del mutismo era Camilo. Si sus padres salían y el grupo de amigos se adueñaba de la casa, Mauro hacía lo imposible por pegárseles, aunque su hermano no lo permitía,

pues todos bebían e incluso algunos ya fumaban marihuana. Pensó que alejándolo lo mantendría a salvo.

Eddie aún recordaba vívidamente al gigantón Alma Grande —quizá sea el recuerdo más nítido de aquellos días—, sumido en el llanto como un niño que acaba de descubrir la muerte.

Alma Grande contó entre sollozos, recriminándose porque solían tratar al niño con indiferencia, que Mauro, a escondidas de su padre, el famoso abogado Raymundo García Moreno, había tomado la pistola de la biblioteca. A la familia le extrañó la chamarra gruesa que llevaba Mauro en ese día tan soleado, pero nadie le preguntó si no sentía calor. También llevó a la escuela una caja con algunas de sus pertenencias más preciadas: la colección de cómics de Linterna verde, los muñecos de acción de la Guerra de la Galaxias y sus discos de los Beatles. Les pareció raro su comportamiento, pero nadie imaginó lo que vendría. En el colegio, Mauro las regaló todas a los compañeros que nunca lo molestaron; la mayoría acostumbraba ponerle sobrenombres relacionados con su gordura, burlarse de su silencio, de la forma en que reprobaba cualquier materia y el estado de abulia perenne. En el salón de clases Mauro se plantó al frente, al lado del profesor, y le pidió permiso para dirigirse al grupo. Sin decir palabra, extrajo la pistola oculta bajo su chamarra y se dio un balazo.

Cuando Alma Grande terminó su relato, el cielo azul se tornó gris y brumoso, un temporal imprevisto se avecinaba. Así era el clima en el puerto, impredecible y fiero como la vida. La ventisca proveniente del norte levantó las toallas de la arena, volaron los vasos de plástico y el listón morado con el que Gabriela había amarrado su largo cabello negro mientras construía torres de arena. Las olas del mar empezaron a picarse y las pequeñas crestas que las gaviotas penetraban se alzaron en violentos muros de agua. En medio de gritos, aturcidos por el trágico relato y el cambio repentino del clima, levantaron sus cosas para entrar al coche. Gabriela gritó llamando la atención de todos, luego señaló hacia la orilla de la playa donde descubrieron a Ian desprendiéndose del uniforme del colegio para caminar en traje de baño mar adentro, sin voltear, decidido y tambaleante por la fuerza de la corriente. Gabriela miró a los demás esperando respuesta y ante el desconcierto de todos se desprendió del uniforme y corrió tras de Ian. Alma Grande, los hermanos Caimán y Eddie hicieron lo propio, corriendo en traje de baño

hacia el ir y venir de las olas que elevaban y descendían los cuerpos indefensos flotando de muertito a la deriva. Relámpagos coléricos enraizados férreamente a las nubes parpadeaban semejando raigones viejos. Las olas empujaban al grupo de amigos con furia. Ian les gritó que no nadaran y permitieran que estas los llevaran adonde quisieran. Fueron arrojados por remolinos de agua a las piedras y lanzados por el oleaje, salieron del mar con raspones y algunas espinas de erizo enterradas en los pies.

Antes de subir al coche alcanzaron a ver una gran ola arrasando las torres de arena construidas por Gabriela. Era la ola más grande que habían visto en meses. La masa de agua golpeó las torres y las deshizo en moronas de lodo y espuma, para luego retroceder con indiferencia de la misma forma en que la vida lo haría con ellos.

2. LA AMISTAD ENTRA POR LA LENGUA

LA HISTORIA DE EDDIE Y MICHAEL PARKER

Se conocieron la mañana en la que Michael entrevistaba a aspirantes al puesto de traductor. La vio llegar desde el barandal de hierro forjado de su departamento. A juzgar por su apariencia, estaba nerviosa. Su cuerpo empequeñecido, frágil, doblado por la pesadumbre de los secretos, se había enjutado aún más. Tenía el rostro limpio, sin maquillaje —nunca usaba maquillaje-, ni siquiera algún brillo tenue en los labios. Su ropa era insignificante, casi siempre arrugada y con ese olor a viejo que revelaba su paso por las tiendas de segunda mano.

Eddie era una mujer de cuarenta y seis años, sin pareja —jamás tuvo interés en tener una—, tampoco hijos. Delgada, de pómulos salidos y ojos profundos como pozos sin agua, ocultos detrás de sus anteojos de poco aumento, y su cabello negro siempre revuelto, bucles crispados con los cuales luchaba para aparentar que se había peinado.

Desde el instante en el que se conocieron, a Michael le llamó la atención ese rostro marcado por las ausencias que, si bien no matan, debilitan al cuerpo. Eddie, parada ahí con las palabras atrapadas en la garganta y la timidez exponiéndola al cuchicheo de los vecinos, le causó pena. Entonces se adelantó para conducirla al interior de su departamento. Con manos temblorosas ella abrió su portafolios negro y maltratado por años de uso y le entregó algunas de sus traducciones. Sin levantar la mirada de los papeles le dijo tener excelente redacción y un inglés tan perfecto como el del mejor parlante no nativo. Eddie no miraba a Michael de frente pero lo escrutaba por

el rabillo del ojo.

Michael Parker era oriundo de Nueva York y tres años mayor que Eddie, no obstante, parecía más joven. Su rostro de niño contrastaba con su vestimenta de otra época: camisa blanca y sobria tipo mormón, pajarita azul cielo, chaleco tejido de rombos, pantalones sencillos, oscuros y lisos, sin ningún detalle memorable. Sus lentes de aumento también vintage, de pasta gruesa y moteada —simulando ser de carey— montada sobre el armazón dorado expuesto en la parte inferior. Michael odiaba lo moderno, con renuencia compró el celular que usaba como cámara fotográfica y una computadora para enviar sus textos a The Wall Street Journal y a algunos periódicos locales y del extranjero. El trabajo de su traductor sería transcribir todos sus manuscritos a la computadora y traducir algunos al español para después enviarlos por correo electrónico.

Michael mesó su cabello ralo y rojizo e inició una conversación en inglés. Después de hablar de libros y películas con Eddie, quedó satisfecho con su soltura del idioma.

—Se nota que viviste mucho tiempo en el extranjero —comentó Michael, halagando su acento.

—Jamás he salido del país —respondió Eddie presurosamente.

A Michael no le creó suspicacia que Eddie, con tan buena pronunciación, jamás hubiera vivido en un país anglosajón. Estaba convencido de los frutos de la tenacidad.

—¿Qué es lo que más te gusta hacer? —le preguntó.

Ella respondió que le gustaban los trabajos solitarios como leer y arreglar cosas.

Le seducían los escritores con vidas intensas y conmovedoras. Michael, hablantín y sociable por naturaleza, quiso saber más de Eddie, por lo que le confesó que le apasionaba su trabajo y, al igual que ella, prefería a ese tipo de autores. La mayoría de sus traductoras fueron eficientes, pero carecían de ese rasgo en común, aunque tampoco era requisito para ocupar la vacante. De hecho Michael no quería intimarlas más de lo debido. Pensaba que, si contrataba a alguien con sus mismas aficiones terminaría escuchando una pila de opiniones en las que no estaba interesado. Aunque nunca lo mencionó en los avisos de periódico, elegía a mujeres con gustos distintos a los suyos. Debido a su oficio, pasaba la mayor parte del tiempo asido a su asistente, qué

mejor si se trataba de alguien con poco que decir. Pese a ello, la inexplicable atracción hacia Eddie lo obligó a pasar por alto sus propias reglas, accediendo incluso apagarle sin comprobantes fiscales.

—Perdí mis documentos en la estación de autobuses -le explicó a Michael —, te prometo hacer pronto los trámites para tenerlos en orden.

Nunca lo hizo.

Eddie y Michael se hicieron amigos recatadamente sin confianzas vulgares o intrusiones incómodas. Ella no permitía gran acercamiento, rehusaba cualquier conversación íntima o ajena a sus obligaciones laborales. Eso lo intrigaba aún más e inventaba pretextos para romper el hielo, así que tras varios intentos consiguió que comieran juntos. Eddie accedió después de pensarlo por unos segundos, como si se tratara de una decisión trascendente, y él se avergonzó por haberla intimidado. Para evitar confusiones prefirió confesarle su orientación sexual, no le atraían las mujeres.

—Me asusta mi irresistible seducción hacia el sexo opuesto —respondió Eddie.

Ambos parecieron reírse de su aspecto descuidado y poco atractivo.

Eddie comía despacio, dando bocados pequeños masticados por minutos. No había perdido el aire provinciano. Parecía un personaje de Carson McCullers, de esos sofocados en lo profundo del sur americano. Aquí también hay otro sur, no menos brutal, ni menos desolador.

—Desde niña quise irme del puerto —le confesó a Michael cubriéndose la boca, todavía masticaba un pedazo de strudel de manzana, su postre favorito-, siempre hubo algo ominoso bajo la luz del sol.

Lo único que Eddie echaba de menos de su lugar de origen era el mar. Nadar sorteando las olas fue su pasatiempo favorito hasta que ella y sus amigos iniciaron el juego «Dejarse llevar por el mar». Se pautaba con el parte meteorológico, cuando el mal tiempo se avecinaba. Los siete adolescentes se cubrían de heridas causadas por piedras y corales, heridas que eran medallas de guerra; condecoraciones que alardeaban más tarde chocando las botellas de cerveza. Superficialmente todo seguía normal entre ellos, sin embargo, algo iba cambiando. A Eddie le costaba verbalizarlo. Se trataba más que de una sensación, acaso de un mal presagio. La sospecha de no ser los mismos y de que, después del suicidio de Mauro y la partida de los García Moreno al extranjero, jamás volverían a serlo.

El juego era cada vez más salvaje. Durante una tormenta, con ráfagas de viento de hasta ciento veinte kilómetros por hora, Alma Grande se estrelló contra los costales de cemento en la escollera. Sufrió una contusión. Entre todos lo sacaron del mar. Fue tan arduo como rescatar a una tonina varada en la playa. Entonces se dieron cuenta de que sus vidas pendían de la necesidad de ser afirmadas con fiereza.

3. LOS CHICOS ESTÁN BIEN

CREANDO A LA FAMILIA ALTERNA

Michael y Eddie tenían, dos rasgos en común hermanándolos desde las primeras confidencias: quedaron huérfanos desde muy pequeños —nueve y diez años— y fueron hijos únicos. A Eddie la criaron sus tíos, a Michael su abuela materna. Si bien la entrega de los tutores fue distinta, ambos crecieron con un sentimiento de abandono y acuartelados siempre por su silencio. La abuela de Michael lo prodigó de amor hasta el hartazgo, mientras que los tíos de Eddie se hicieron cargo de ella por tratarse de los albaceas designados por sus padres.

Michael fue un joven solitario cuya homosexualidad le avergonzaba desde niño. Cuando tenía quince años conoció a Erik, novio y amigo inseparable hasta la universidad. Nunca necesitó tener hermanos o un grupo para compartir. Era de pocos amigos y a los más cercanos les cocinaba en casa durante conversaciones que menguaban hacia el alba. También le atraían los extraños en bares alejados de su entorno social, aunque por otros motivos. Eddie, por el contrario, siempre quiso tener hermanos. Con sus primos no hubo una buena relación. Le parecían niños malcriados, envidiosos de cualquier cosa que vieran en manos de otros -por nimia que fuera-. Para Eddie fue consecuente formar una familia de hermanos alternos; un grupo aleatorio de amigos.

Gabriela trabajaba en 8-Track, la única tienda de música y videoclub en el puerto. Era tres años mayor que Eddie; llamó su atención esa pequeña de trece revisando portadas de discos. La interrogó por su visita diaria y en pocos minutos hablaban de bandas de rock. Se hicieron amigas. Gabriela

grababa en casetes los discos que Eddie no podía comprar, mientras que Eddie, orgullosa de tener una amiga mayor y conocedora de música, no tardó en presentársela a Alma Grande, para quien fue inevitable correr la voz sobre la hospitalidad y generosidad de Gabriela. Y así, atraídos por esos rumores, llegaron los hermanos Caimán para cautivar la atención femenina.

Eran tres teutones varados en el infierno tropical que sobresalían con estaturas por arriba del metro ochenta. Rubios, de cabello delgado y seráfico. Brazos largos colgando casi hasta las rodillas, brazos correosos rematados en manos grandes y fuertes como palas, que, invariablemente, sometían a todo oponente en las vencidas.

A pesar de sentirse relegado por estos tres jóvenes guapos y carismáticos, Alma Grande se amigó con ellos. De las tardes en 8-Track sobrevinieron los sábados y domingos de playa, las vueltas en lancha, las cervezas heladas en el centro y los recorridos en coche por el bulevar. Poco sabían de aquellos teutones; aun así les tomaron afecto. Gradualmente descubrirían sus peores rasgos: su impulsividad y actitud temeraria.

En realidad se apellidaban Koch pero en el puerto los apodaban «los hermanos Caimán» por el animal que hallaron en río Esmeralda, aledaño al viejo club de golf. Lo descubrieron atrapado en una red de pescadores. Axel, el menor de los tres, se compadeció del animal. Pidió a Ornar, el mayor, ayuda para rescatarlo. A nadie le pareció buena idea, no obstante solían consentir a Axel casi en todo. En minutos se organizaron para conseguir cuerdas y un remolque de lanchas. Entre los tres, arriesgando el pellejo, ataron el hocico del animal. Ayudados de su camioneta, bajaron el remolque donde lo subieron amarrado con la misma red. Eddie y los demás tenían miedo; presenciaron las maniobras a distancia prudente, prometiendo ayudar sin la certeza de hacerlo.

Tritón, así llamó Axel al caimán, se convirtió en la mascota de los Koch. Tras discutir con sus padres, quienes secretamente temían a sus hijos, aceptaron la adopción. El jardín de la familia Koch era grande y exuberante. Al centro había una alberca abandonada que los hermanos Caimán adaptaron para Tritón. Lo único exigido por su madre fue que no entrara a la casa. Un domingo escapó y consiguió introducirse en la residencia tomando por sorpresa a la sirvienta; la mantuvo trepada en la mesa hasta que la familia regresó de misa.

Eddie recordaba a los Caimán con cariño, reconociendo tanto su luz como su sombra. A decir de ella eran caprichosos, generosos, protectores y vengativos; pero no traidores. Todos querían tenerlos de amigos; todos excepto Ian, quien codiciaba el respeto con el que los trataban. El respeto —a veces miedo— inspirado por los Caimán, se debía tanto al tamaño de sus cuerpos como al de su ira.

La vida para Ornar, Gert y Axel Koch fue intensa. Eran hijos de médicos pero se movían en los bajos fondos. El don de gente, su idea clara sobre «el deber ser», los convirtió en jueces morales, vigilantes del puerto. Eddie fue testigo de la golpiza propinada al tipo que abusó de su vecina de nueve años. Eran de temerse. Con los Caimán no había lugar para la intriga, todo se solucionaba frente a frente. La traición entre amigos era inaceptable.

La familia alterna fue refugio contra la apatía y el aburrimiento. Ahí saborearon cobijo y aceptación sin juicio, confianza y amor incondicional. Cada uno tomaría sin recelo su lugar en el grupo y, a modo de las gaviotas en formación delta, estarían felices con su posición. Sin embargo, Ian faltaba de integrarse. Su arribo pondría en marcha aquella frase del Dr. Atl, «la familia es el primer enemigo del ser que nace». Y haría cumplir aquella profecía, sin importar que ellos no fueran hermanos de sangre.

4. LO QUE NO SE TIENE A QUIEN NO ES

UN AMOR NO DESEADO

La noche que Eddie recibió aquella llamada advirtiéndole que alguien moría y estaba decidido a contarlo todo, telefoneó a Michael. Contestó en duermevela y tardó en comprender sus palabras, no obstante, acudió a su encuentro sin cuestionamientos. Eddie no se había atrevido a hablar de su pasado; creyó que al callar lo conjuraba. Sin embargo, resolvió confesárselo a Michael aunque no supiera por dónde iniciar.

—Puedo perdonar todo excepto la traición —dijo mientras lo observaba exhalar donas de humo redondas y perfectas—, todo menos eso.

Eddie le contó a Michael sobre su pesadilla, el suicidio de Mauro, la partida de los García Moreno al extranjero y los Caimán. Le mencionó que eran tres hermanos, haciendo énfasis en Ornar y Axel y evitando hablar de Gert. Cuando Michael le preguntó por qué eludía al hermano de en medio, ella le pidió un cigarrillo. Antes de encenderlo se llevó las manos a la cara y soltó un llanto contenido por años, oculto tras sonrisas y evasiones. De esos llantos que esperan pacientemente la gran borrachera o el diván del psicoanalista para brotar incontenibles.

Entonces Michael dedujo que el cadáver de las pesadillas que le había contado, yacente en el sillón verde de su habitación, el de ojos glaucos y postura rígida, no era Mauro García Moreno, el niño que se había quitado la vida en el salón de clases, sino Gert Koch. Michael pudo percibir algo más que tristeza en el lamento de Eddie. Lágrimas de responsabilidad, ¿acaso de culpa?

—No quiero hablar de él — dijo entre sollozos—, al menos no todavía.

Michael quiso abrazarla pero se contuvo. En el poco tiempo que llevaban de amigos ella le hizo notar de formas diversas su disgusto por el contacto físico. Replegado en el sofá le preguntó si podía hacer algo por ella. Negó con la cabeza y dejó escapar una segunda oleada de llanto.

A Eddie le gustaba Gert, de quien estaba enamorada sin esperanza alguna, resignada y agradecida con el lugar de amiga. Eddie solía resbalar sus dedos entre los manojos de cabello, cediendo suavemente como hilos de seda. El cabello del buen

Caimán era más rubio que el de sus hermanos porque pasaba mayor tiempo en el mar y bajo el sol. Nunca se atrevió a demostrar el interés que le inspiraba más allá de este jugueteo inocente.

—El tan guapo y yo tan ordinaria —le explicó a Michael apenas pudo hilar palabra—, tan ordinaria que sólo pensarlo parecía ridículo.

La atracción de Eddie hacia Gert se convirtió en amistad, los celos en condescendencia y el deseo en lealtad. Pudo permanecer a su lado fingiendo ser la mejor de las amigas, sin alimbararlo con sus emociones. Entre ellos no era bien visto expresar sentimientos. Tampoco que las mujeres mostraran una sensibilidad distinta a la de los hombres, incluyendo la iniciativa; eso significaba el ridículo. En la jerarquía de la familia alterna, los siete eran machos dispuestos a demostrar rudeza, a pelear por el lugar que les correspondía y a probar su importancia para que el clan continuara unido. Gabriela y Eddie se transformaron en las mujeres del falo escindido. Más arriesgadas que los hombres, menos temerosas, aceptando cualquier reto sin importarles perder la mayoría. Inclementes y beligerantes, se atrevieron a todo, inclusive a desafiarlos.

Michael olvidó el rechazo de Eddie al contacto físico y se acercó a ella. Tomó su mano y, sin levantar la mirada de la duela, la estrujó intentando confortarla. A Eddie no le desconcertó el acercamiento; en contraste, posó su mano libre sobre el cabello de Michael y hundió los dedos como solía hacerlo en la melena de Gert. Se quedaron así, en silencio durante varios minutos, preguntándose quién de los dos sería el primero en retirar su mano.

5. GIGANTE JUDÍO EN CASA CON SUS PADRES EN EL BRONX

LAS PRIMERAS DUDAS

La habitación estaba casi en penumbra y la pequeña lámpara de lectura no alumbraba, salvo el rincón del buró. Ubicado en el primer piso, el departamento de Eddie era constantemente moteado por las luces rojas y azules de las patrullas de policía. Michael se preguntó cómo ella podía dormir allí. Evitó importunarla con cuestionamientos burdos; pretendía transmitirle que, sin importar lo ocurrido en el pasado, contaba siempre con él.

Con curiosidad de arqueólogo, Michael observó cada cuadro colgado en las paredes de la recámara. Llamó su atención la fotografía de Diane Arbus, Gigante judío en casa con sus padres en el Bronx: una sala familiar en la que hay tres personas, un joven de edad incalculable y una pareja mayor de sesenta años. La sala podría ser la estancia que aparenta ser. El joven -hijo de la pareja— sufre gigantismo, por lo que todo se empequeñece a su alrededor. Pesado y cansino se dobla ante el inminente roce del techo; al menos así lo resalta la perspectiva del lente.

La imagen fue tomada durante un día cualquiera en la vida de esta familia. Ninguno viste de manera formal ni se esmeró en su arreglo. Lucen ropa tan común que ni siquiera vale la pena describir. El joven gigante parece agotado, quizá porque deja caer su peso sobre el bastón construido especialmente para él. Tiene el cabello crespo cortado al tamaño que seguramente sus padres aprueban: corte digno para un joven serio. El gigante y sus padres simulan mirarse a los ojos, aunque realmente sólo lo hacen la madre y el hijo. El progenitor rehúye al fenómeno que es su vástago,

encorvado sin remedio por el peso descomunal del cuerpo: doscientos veinte kilogramos sobre su columna.

Arbus puso especial énfasis en la diferencia entre los tres personajes, señalándola con la perspectiva de su cámara. Son pocos los muebles de la sala: dos sillones, la insinuación de un tercero, dos lámparas, la de pie y otra sobre una mesita oculta detrás del sillón de tres plazas, dos cuadros de estilo clásico y un par de cortinas

rayadas. Muebles, padres, sala, cuadros, se reducen aún más a través de la lente de Arbus, quien logra intensificar el tamaño del gigante judío, pero también la soledad intransmisible del ser humano enfrentando, completamente solo, su diferencia.

—Esa es mi fotografía preferida de Arbus —le dijo Eddie a Michael rompiendo el silencio al descubrir su evidente interés en ella—, siempre creí que éramos como el gigante judío, ridículos, monstruosos para algunos, inadecuados ante la mirada de los demás; esas miradas que, si bien son nada, se quedan impresas en el alma.

Michael grabó la fotografía de Arbus en su memoria. (Esa noche, justo después de la primera confesión de Eddie, quiso escribir algo sobre ella. No sabía qué historia contar ni qué anécdota podría hacerla parecer interesante a los ojos de los demás, tampoco le importaba. Michael solía basar sus textos en personajes, rara vez en la anécdota. Sin duda algo se le ocurriría con respecto a ella.) Eddie se levantó de la cama, cruzó los brazos detrás de su espalda y, tomándose de las manos, se arqueó hacia atrás.

—Necesito bañarme, pero no quiero que te vayas —dijo a modo de súplica.

—No te preocupes, aquí te espero —respondió Michael con la mejor de sus sonrisas.

El chorro de agua salió abruptamente. Eddie dejó la puerta entreabierta, Michael se asomó y descubrió su delgada silueta reflejada en la pared. Mientras ella se duchaba tuvo tiempo de curiosear en el departamento. Le intimidaba hacerlo porque invadía su privacidad y defraudaba su confianza, si bien el impulso fue inevitable. Se paró en el centro de su habitación. Desde allí, la fotografía de Arbus parecía inquietante. Daba la impresión de adueñarse del espacio. Michael volvió a acercarse a la puerta entreabierta y gritó asegurándose de ser escuchado.

—Voy a la cocina a prepararme algo de cenar.

Eddie no respondió.

Michael encendió la luz de la cocina, aséptica como el quirófano de un hospital, y abrió alacenas, cajones, inclusive el horno de la estufa. No halló nada. No había ollas, vasos, platos o cubiertos. El refrigerador, desconectado. Al lado del lavadero, en el bote de basura, residuos de comida rápida y recipientes desechables. Tuvo la impresión de que nadie vivía ahí. Recorrió el comedor en busca de algo que revelara cotidianidad. Abrió cada cajón de la cómoda y lo único que halló fue su pasaporte. Se sorprendió al abrirlo y descubrir la cantidad de sellos de países en los cinco continentes. Entonces recordó la entrevista de trabajo y la forma tajante en la que Eddie advirtió que nunca había salido del país.

El agua corriente dejó de sonar. Por reflejo, Michael volvió a guardar el pasaporte en el cajón y regresó rápidamente a la recámara. Se sentó en el sillón verde, balanceándose como lo hacía el cadáver de Gert en las pesadillas de Eddie.

—¿No tienes hambre? —le preguntó sin salir del baño.

—Justamente pensaba en eso -respondió sin levantarse del sillón.

Eddie salió en bata con una toalla blanca enrollada en la cabeza. Sus ojos, más oscuros y profundos que de costumbre, se clavaron en los de él. Michael evitó confrontarla. Más que nunca quería escuchar su relato hasta el final.

—¿Todo bien? —preguntó Eddie al desenrollarse la toalla, dejando caer el cabello húmedo.

—Sí —respondió Michael y, sin darle tiempo a preguntar algo más, dijo —, mejor vamos por algo de cenar.

6. EL CORAZÓN CAZA EN SOLITARIO

LAS PUERTAS ABIERTAS DE UNA MADRE POSTIZA

Eddie admiraba a Lucía, de manos pequeñas y tibias, arrugadas de acuerdo a su edad. Su rostro, por el contrario, era de una mujer joven. Usaba el cabello al ras de las orejas, pintado de negro y rubio. No se ponía brasier, tampoco lo necesitaba: sus pequeños y levantados senos lucían bellos bajo cualquier tela, inclusive asomados por escotes diseñados para pechos prominentes. Su tipo le daba ese aire cosmopolita arriesgado para provincia. Eddie sabía bien quién era Lucía Muñoz de la Vega. Había visto su rostro en el periódico, dando alguna entrevista sobre la Escuela de Bellas Artes. Ansiaba estudiar allí. Antes de formar su familia alterna, se detenía frente a la escuela a mirar a niños y adolescentes salir de clases de música, literatura, danza o artes plásticas.

Los pocos libros que Eddie había leído los hurtó de casa de Camilo y de una librería ubicada en la calle principal de la ciudad. En realidad se trataba de una papelería para estudiantes de arquitectura con un raquítico anaquel de libros al cual nadie daba importancia. De allí hurtó novelas de Stephen King, Patricia Highsmith, Ira Levin y Robert Ludlum. La aventura de robar libros terminó cuando la pillaron. Con rudeza innecesaria le pidieron el teléfono de sus padres.

Sus tíos, Javier y Loreta —buenas personas que no sabían cómo tratar a una niña de rebeldía innata y cuestionamientos inquietantes— acudieron al llamado de la gerencia. Avergonzada, Loreta le jaló la oreja a Eddie obligándola a disculparse. Nada de lo ocurrido le habría importado si no hubiese descubierto a Lucía atestiguando el alboroto mientras hacía sus compras en el mostrador de al lado.

Eddie salió de la librería cabizbaja, clavando la vista en el estampado del suelo. Se mareó, quién sabe si por la vergüenza o por los filamentos blancos que adornaban los mosaicos —en ese momento interminables— del piso amarillo. Atravesó la librería en segundos, mas en sus recuerdos lo rememora como la eternidad misma.

Para Eddie, Lucía era una señora rica con un trabajo envidiable. Sabía poco de ella, aún así creía que la directora de la Escuela de Bellas Artes no conocía la amargura de la orfandad o de la pobreza. Si bien sus tíos no vivían en la miseria, cuando se trataba de su sobrina el dinero escaseaba, y más todavía si era para comprar libros y otras frivolidades, según sus tutores.

El clan de Eddie se reunía frente a la Escuela de Bellas Artes en una fuente de sodas donde se bebía la mejor horchata de coco del puerto. Por las tardes se juntaban a platicar, a fumar marihuana o simplemente a disfrutar de la famosa horchata. Lucía tenía hijos de la edad de Ornar Koch y alguno de ellos varios años mayor, pero eso no impedía que, al bajar de su Caprice blanco enfundada en vestidos vaporosos y subida en zapatos altos de plataforma, le lloviera un coro de chiflidos. Lucía no se enojaba, sonreía, hasta los saludaba moviendo la mano, suscitando mayor alharaca entre el público masculino. No solía prestarles atención, por eso, la tarde que cruzó la calle hacia la fuente de sodas, todos se pusieron nerviosos. Los Caimán y Alma Grande escondieron las colillas e intentaron esparcir el humo abanicándolo con las manos.

—Ya, ya —les dijo Lucía en tono regañón—, no se hagan pendejos, todo mundo sabe que se juntan aquí a fumar marihuana.

Dicho esto, tomó a Eddie del brazo y la jaló fuera del grupo.

—Necesito hablar contigo... ahora —le murmuró imperativamente al oído.

Ambas atravesaron la calle hacia la escuela en medio de rechiflas y aplausos de quienes imaginaron a su pequeña amiga recibiendo una reprimenda. Eddie volteó enfrentando al grupo con un ademán aprendido de las películas sobre la mafia italiana: se rozó la barbilla con la parte posterior de la mano. Quiso dejarles claro que ella tenía su propio camino. Y debía seguirlo en solitario.

7. UN HOMBRE, UNA MUJER, UN MISMO ALIENTO

DE CERCANÍAS Y DISTANCIAS

Belmondo, ubicado en el centro de la ciudad, lejos de casa de Eddie y cerca de la de Michael, iluminaba el callejón con su enorme letrero al que le faltaban las letras M y D. El restaurante no se distinguía por succulento mas, a esas horas de la noche, era el único que Michael podía asegurar que seguía abierto.

Belmondo llevaba sesenta años en el mismo lugar y los muebles continuaban siendo los mismos. Switti, el dueño, un transexual de metro ochenta, vestía invariablemente de color púrpura. Las paredes del lugar estaban tapizadas con stills de películas de Jean Paul Belmondo, actor preferido por Switti. A veces, cuando estaba de ánimo, atendía las mesas personalmente para conversar de tal o cual película. Mayormente comentaba Sin aliento, de Jean-Luc Godard. Michel, personaje interpretado por Belmondo, significaba para el transexual su icono romántico. Despotricaba por Jean Seberg, la coprotagonista, al parecer de Michael una de las actrices más hermosas de aquella época. A diferencia de Switti, a él le atraía más Seberg que Belmondo, disfrutaba la compañía de mujeres bellas y frágiles. Le enternecía su necesidad de un amor incondicional.

Michael conocía Belmondo por sus noches de juerga —estaba ubicado cerca del Espartano, bar gay en el centro de la ciudad—, aunque ya no era tan asiduo, salvo cuando buscaba la compañía fugaz de algún extraño. Eddie pidió una hamburguesa con doble queso y sin pepinillos. Michael, sopa Minestrone bien caliente. Cenaron intercambiando miradas cómplices cada

vez que entraban nuevos comensales. Las palabras se esfumaron durante la cena y fueron suplidas por sonrisas afables. Eddie terminó su bebida empinándose los hielos para morderlos sin emitir queja por la destemplanza.

—¿Nos vamos? -inquirió al pedir la cuenta.

Michael aprovechó que ella estaba pendiente de Switti para tomarle un par de fotos con su teléfono celular. Cuando Eddie se dio cuenta, apretó la quijada conteniendo el enojo y lo miró como si hubiera hecho algo inexcusable.

—Nunca vuelvas a tomarme fotos —le exigió—, odio que me tomen fotos. No soy un puto fenómeno.

Eddie intentó arrebatarse el teléfono a Michael. Él no se lo permitió.

—Bórrala —le ordenó con tono grosero y amenazante.

Michael le mostró una de las fotografías. Puso el celular cerca de su cara y apretó el botón de borrar.

—¿Esa era la única? —le preguntó Eddie.

Michael asintió mintiendo, entonces ella asumió una apariencia de serenidad. Salieron del Belmondo tensos y avergonzados por el malentendido.

—No tomé la foto para incomodarte, trataba de congelar este momento, ¿me disculpas? —dijo Michael intentando limpiar el ambiente. Ella salió del restaurante sin responderle.

Después de cenar, Michael llevó a Eddie a su departamento. Casi no hablaron durante el trayecto. Algún comentario insustancial sobre lo animado del centro a pesar de la hora. Algunas calles adoquinadas y sin circulación de automóviles eran transitadas por grupos de personas que reían y hacían escándalo. «Nada mal para un martes», meditó Michael, enamorado de su barrio.

Llegaron al departamento de Eddie en quince minutos. Durante la madrugada la ciudad puede atravesarse en poco tiempo. Michael aparcó frente al edificio. Se despidieron de beso en la mejilla.

En hora y media ambos estarían acostados en sus camas, pensando en lo sucedido. Eddie dormiría plácidamente, con el sosiego de quien ha empezado a echar la carga por la borda. Michael no podría hacerlo; cerraría los ojos hasta entrada la mañana.

8. LA ÚLTIMA OLA

CUANDO «DEJARSE LLEVAR POR EL MAR» NO FUE SUFICIENTE

En el puerto donde Eddie nació los vientos llegan a alcanzar velocidades mayores a los cien kilómetros por hora. Aquel ciclón de diciembre alcanzó más de doscientos. El parte meteorológico mantuvo prevenida a la población. De categoría uno saltó rápidamente a categoría tres. Autoridades del municipio pidieron a los residentes quedarse en casa. No había nada que ver. Los que vivían en la costa fueron evacuados a zonas seguras.

El pánico inició la mañana del 30 de diciembre. Vientos de ciento ochenta kilómetros por hora desprendieron árboles viejos, mostrando sus raíces como si fueran esqueletos obscenos. En el noticiero enfatizaron que se trataba del inicio; lo peor estaba porvenir. Momentos después de esa información, Ian llamó a todos.

—Bonito día para «Dejarse llevar por el mar» —dijo a sus seis amigos en cada llamada.

Los siete adolescentes se encontraron en las dunas El Infiernillo. Ese día no hubo clases por órdenes del gobernador. Les resultaba complicado inventar pretextos para salir, pero finalmente se les ocurrió uno. Para Eddie no fue necesario, simplemente huyó por el balcón de su recámara, ubicado en el segundo nivel y embonado perfectamente al balcón del vecino.

Eddie llevaba puesto su traje de baño Speedo rojo bajo sus jeans y un suéter negro de cuello de tortuga. No creyó que se atrevieran a entrar al mar con ese frío; con todo, fue preparada para no ser tachada de cobarde. Llegó primero. Se sentó detrás de un árbol grueso para guarecerse del viento.

Después de ella arribaron los hermanos Caimán. Axel se apoltronó al lado de Eddie. Ornar y Gert permanecieron parados.

—Ese cabrón está loco —le dijo Axel a Eddie.

—Más locos estamos nosotros por hacerle caso —agregó Gert.

Minutos más tarde apareció Ian en su Mustang acompañado de Gabriela y Alma Grande, los tres vestidos con traje de buzo. «Cómo no se me ocurrió», se recriminó Eddie.

El grupo de amigos se alistaba detrás del árbol. Con el viento en contra, Ian consiguió encender un cigarrillo.

—Todavía es tiempo de arrepentirse —dijo Ian picándoles el orgullo.

Se miraron unos a otros en espera de que alguien dimitiera. Nadie se atrevió a pasar por miedoso.

—Entonces no hay más que hablar —concluyó Ian.

Dicho esto arrojó la colilla del cigarro con el desprecio de quien ha resuelto dejar de fumar. Corrió a la orilla de la playa sin mirar atrás. Lo siguieron Gabriela y Alma Grande. Los hermanos Caimán y Eddie tardaron en quitarse la ropa; morían de frío, tiritaban mientras saltaban las olas a zancadas largas.

Muy adentro del mar, a lo lejos, donde las olas parecen sonsas y las cabrillas anuncian territorios profundos, siete siluetas se mecían sostenidos por el vaivén submarino. Las olas revientan cuando van rumbo a la orilla: mientras más alejado de la orilla, menos riesgo de ser revolcado. Pero la profundidad del mar tiene otros peligros: las caprichosas corrientes y los troncos arrastrados por los ríos salidos de cauce. Eddie divisó a lo lejos un alud de ramas y troncos avanzando a gran velocidad. Gritó para alertar a sus amigos, pero la fuerza de la corriente no les permitía nadar hacia la orilla. Un tronco, tal vez una rama, se estrelló contra Gabriela, quien aulló de dolor.

—Tenemos que salir —ordenó Gert e inició las brazadas de crol con mayor firmeza.

Siguieron a Gert como pudieron. La corriente los devolvía al punto de partida sin importar cuánto habían avanzado. Nadaban un metro y retrocedían dos. Sin embargo, siguieron braceando a pesar del cansancio adueñándose de ellos. No dejaban a nadie atrás. Si uno ya no podía nadar, entonces se detenían a esperarlo y, si era necesario, regresaban por él. Después de media hora llegaron a la orilla lanzados por olas furiosas, humilladas por siete

jovencitos arrogantes.

Gabriela cojeaba notoriamente. Hasta que resurgieron del mar se dieron cuenta de que tenía un pedazo de rama enterrado en la pierna, su traje de buceo chorreaba

sangre. Ian la cargó para llevarla al hospital. La atendieron rápidamente en el servicio de Urgencias de una clínica de monjas en el fraccionamiento Costa Azul. No fue nada grave. Al salir del hospital cada uno agarró camino a casa. Al día siguiente el ciclón llegaría a categoría cinco.

Eddie jamás olvidará la noche del 31 de diciembre. La luz se fue en casi todo el puerto y nadie pudo festejar Año Nuevo. Sus primos y ella se reunieron alrededor de las velas a comer salami y tomar rompopo con Coca-Cola.

Al día siguiente supieron lo que había sucedido durante la noche. Varias embarcaciones terminaron a mitad del bulevar, empujadas por el viento y el oleaje. En las zonas pobres cercanas al puerto mucha gente perdió sus viviendas y varios pobladores murieron ahogados. Eddie y sus amigos sintieron algo extraño ante la tragedia ajena, acaso vergüenza por jugarse la vida en una travesura tonta mientras otros se la jugaban porque no tenían más opción.

9. CADÁVER SENTADO EN SILLÓN VERDE

LA PESADILLA DE EDDIE

En la pesadilla de Eddie la habitación siempre es hexagonal, con paredes y pisos de color blanco. En las seis esquinas hay sillones de felpa también blancos y en medio de la habitación el sillón verde en pleno balanceo. No es su recámara aunque de alguna forma lo es. Donde deberían estar los cuadros, únicamente aparece Gigante judío en casa con sus padres en el Bronx. Hay seis ventanas, una en cada pared y, a través de estas, entra el viento iracundo formando corrientes espirales sobre las cabezas de Eddie y sus amigos. Aunque la habitación está helada, Eddie viste el traje de baño Speedo rojo que usaba de niña. No tiene frío. Por una de las ventanas puede avistarse la playa. Las olas se levantan comiéndose lo poco que alcanza a distinguir de arena. Las torres construidas por Gabriela son de tamaño natural, pero igualmente se desploman por la violencia del oleaje. Alma Grande está parado frente a Eddie. En la silla de junto hay un hombre repantigado, pero no consigue distinguir su cara. Recargados en otra pared están Axel y Ornar Koch, dos de los Caimán. Gabriela mira al clan desde la cama. Ian no está en ningún lado. En el sueño todos son adolescentes excepto Eddie: se ve a sí misma como luce a sus cuarenta y seis años.

Al igual que la habitación, la disputa siempre es la misma: «¿Qué vamos a hacer con él?». Entonces Eddie descubre que hablan de un muerto. No sabe quién es ni cómo murió. Discuten porque no quieren enterrarlo. En algún momento acordaron que es cruel desecharlo a ese fin inmerecido. Imaginarlo abandonado varios metros bajo tierra, entre la humedad e insectos, les parece

desolador. Deciden conservar el cuerpo. En principio el plan parece sencillo. Cada uno lo hospedará en casa durante una semana para entregarlo más tarde al nuevo anfitrión.

La primera vez toca llevárselo a Eddie. Levanta el bulto en hombros y lo echa en la cajuela de su coche, también blanco. Se aleja entre el paisaje que se ha tornado borroso por las lágrimas. No sabe cuántos días transcurren, de repente, el cadáver, en pleno balanceo, está sentado en el sillón verde de su actual recámara. Eddie le habla, acaricia su rostro, el muerto no responde. Momentos después se encuentran todos nuevamente en la habitación blanca. Ahora no conversan, discuten a gritos e insultos. Nadie, aun siendo su turno, quiere hospedar al cadáver; está en descomposición y la pestilencia es insoportable.

—Lo único que podemos hacer es enterrarlo —dice Gabriela mientras el resto asiente.

Caminan detrás de la playa entre los médanos de El Infiernillo. Buscan un lugar donde no sean descubiertos. El hombre, a quien no consigue reconocer, cava el hoyo. Alma Grande carga el cuerpo. Eddie sólo observa.

—¿Así está bien de profundidad?— pregunta el extraño.

—Sí —contesta Alma Grande— y lanza el cuerpo a la fosa.

Eddie se arroja al hoyo para impedir que lo rellenen con tierra. Les ruega que saquen el cuerpo, insiste en no dejarlo allí. Gabriela le pregunta si estaría dispuesta a conservarlo consigo. Por toda respuesta, Eddie sale de la fosa sin contener el llanto. Axel la arroja con su chamarra negra y la abraza. Cuando la tierra cubre la fosa por completo, Eddie despierta de golpe con el corazón latiendo rápidamente y la boca pastosa. El último recuerdo del sueño es el frío, la humedad de la tierra y un olor a podrido que parece haber quedado en su nariz.

Cada vez que Eddie tiene ese sueño despierta adolorida del cuello y la espalda. Al despertar sabe quién es el extraño: el propio Gert asistiendo al espectáculo de la culpa. Eddie se levanta de la cama con desazón, cargando una pesada e imaginaria losa de mármol en la espalda, tan pesada como la cripta vacía erigida en honor a Gert. Eddie hace esfuerzos sobrehumanos para incorporarse a la rutina. Durante el primer café de la mañana, ya más tranquila, piensa que el lugar del muerto es el privilegiado. Si corre con suerte, esa noche le tocará a ella ser el cadáver para así transferir a los demás

— aunque sea una vez— un poquito de culpa.

10. EL REY MIDAS

CUESTIÓN DE PODERES

Eddie contó a Michael una pequeña parte de su pasado. Agradeció su silencio, señal de discreción, mas no de indiferencia. A Michael le quedó claro que en la vida de su amiga había cuatro muertes trágicas: sus padres, el pequeño Mauro y Gert. Sin embargo, le causaba suspicacia que estuviera marcada por la muerte de sus amigos y no por la de sus progenitores. Sin duda, el accidente donde perecieron sus padres le cambió la vida; mientras las muertes de Mauro y Gert fueron consecuencias trágicas de malas decisiones en las cuales se juzgaba involucrada. En ambas existía el peso de la responsabilidad.

Eddie y sus amigos, después de jugar «Dejarse llevar por el mar», se tiraban sobre la escollera con la boca abierta al sol, boqueando por el calor como los sábalos sobre las embarcaciones durante la competencia anual. Era un Domingo de Ramos sin neblina cuando Ian suscitó, sin saberlo, la gran ola que los desharía en moronas de lodo y espuma. Desde El Papagayo, última escollera conocida así por el colorido intenso de los grafitis, se distinguía claramente el club de yates. Los navíos lujosos, propiedad de las familias adineradas del puerto, brillaban imponentes bajo el sol cenital. El Negro, tío de los hermanos Caimán, presumía la nave más grande, pero nunca invitaba a pasear a sus sobrinos. Tenía reglas estrictas sobre quién subía a El rey Midas, como bautizó a su embarcación. Recostados los siete amigos sobre las piedras, inmersos en el silencio acentuado por la resaca marina, el deseo por las posesiones ajenas se acendrabá.

—Prefiero un yate a una casa —dijo Alma Grande sin quitar la mirada de los lujosos botes—, un yate tan grande que pueda tener muchos camarotes

para poder invitarlos a ustedes. Con una barra repleta de botellas. Tendría sirvienta y mayordomo para que no hiciéramos nada. Y una jaula grande sumergible para ver de cerca a los tiburones.

—¿Y si, en vez de yate, fuera una casa con alberca, mayordomo y sirvientas de tiempo completo? —corrigió Gabriela— Un yate puede terminar en medio del bulevar hecho añicos, una casa no.

—Una casa también —intervino Eddie—, si no, pregúntale a la gente que perdió la suya después del ciclón.

—Porque esas casas eran de jodidos, en zona para jodidos, construidas con materiales jodidos —interrumpió Ian sin quitar la mirada de un yate en particular.

Axel se quedó dormido bajo el sol. Alma Grande, ignorando las bromas de los demás, improvisó un techo con palos y una toalla para que su amigo no se insolara. De ese tipo de detalles había surgido su apodo.

Prosiguieron la charla: cosas insustanciales y tontas soñadas por adolescentes. Ian no participaba, seguía con la atención puesta hacia el punto fijo del club de Yates. Aunque veía de esa forma directa e indiscreta prohibida por las madres, resultaba difícil saber qué observaba con tanta insistencia. Inmóvil y tieso, pétreo como aquellos que se atrevieron a mirar de frente a Medusa, con los ojos inanimados y la boca abierta, se aisló de sus amigos.

Axel escuchaba la plática en duermevela. Despertó de la siesta estirándose y profiriendo ruidos guturales. Refrescado por la brisa del mar, se levantó con un impulso y cambió la conversación de golpe.

—Si pudieran escoger un superpoder, ¿cuál escogerían?—, soltó sin más, tomando a todos por sorpresa.

—Invisibilidad —se adelantó Gabriela para que no le ganaran—, es el mejor poder.

—La inteligencia y el dinero de Bruce Wayne. Son casi superpoderes —replicó Alma Grande.

Los demás permanecieron callados. Podría decirse que pensaban seriamente su respuesta, como si al formularla se asegurara la promesa de ser cumplida. Eddie continuaba absorta tramando alguna respuesta incómoda para el resto. Había empezado a disfrutar el poder conferido por la lectura: mencionar autores o historias completamente desconocidos para sus amigos, dándose aires de superioridad. Esa fue la única forma de alzarse por encima

de ellos. No contaba con la belleza de Gabriela, la fuerza de los Caimán, la hospitalidad de Alma Grande o lo maquiavélico de Ian, pero sí con mayor inteligencia y muchas horas de lectura. Inclusive llegó a pensar que ella y

sus amigos conformaban un ser único, especial, como el de aquella novela que leyó, Más que humano. Cada uno con sus propios poderes sumados en ese ente colectivo y complementario que consigue bastarse a sí mismo.

—¿Puede tratarse de un superpoder que no se haya usado en los cómics?
—preguntó Eddie.

Axel se alzó de hombros indicándole que le daba lo mismo.

—Escogería el poder de quitarle a cada uno de ustedes sus superpoderes
—dijo por fin con dejo de triunfo.

—O sea que escogerías el poder de chingar —replicó Axel entre risotadas
—, si ese ya lo tienes.

Rieron y, sin más comentarios a la propuesta de Eddie, levantaron las toallas. Se vistieron sobre los trajes de baño mojados, trasluciendo su marca de humedad en jeans y playeras. Gabriela notó que Ian continuaba con la atención hacía al club de yates, sin embargo, su cabeza se movía siguiendo el punto de interés que lo distraía de la conversación. Gabriela alentó a los demás a hacerle bulla y obligarlo a jugar. Ante la alharaca los miró de frente. Sus labios se encorvaron hacia abajo formando un mohín que lo avejentaba, mientras las cejas se arrugaron en el ceño como las alas de un cuerno a punto de alzar el vuelo.

—Convertir en oro todo lo que toque.

Ian se alejó por la orilla de la playa sin decir más, dejándolos varados sin coche para el regreso. Caminaron cansinamente hasta la salida del bulevar rumbo a la parada de camiones. Detrás de ellos, a un kilómetro de la orilla, el yate del Negro Koch, El rey Midas, navegaba majestuosamente con destino a Ojo del Diablo, agujero azul famoso por el centenar de buzos fallecidos en sus entrañas. Reto de profesionales y aficionados. Sepultura sin consuelo para las víctimas y sus deudos. Paraje donde, según los lugareños, la muerte te mira de frente.

11. LUCÍA, FUNDADORA DE LA ORDEN DE GARSON MCCULLERS

LA PROMESA DE UNA VIDA LEJOS

Nerviosa por el primer día en el Círculo de Lectura, Eddie mordía sus uñas hasta dejarlas al ras de los dedos. Vestía sus prendas más extravagantes. Lucía le advirtió, para no enfrentarla a una sorpresa desalentadora, sobre la generalidad de las personas que concurrían al Círculo de Lectura y Narrativa en la Escuela de Bellas Artes.

—La mayoría son amas de casa buscando formar parte de un grupillo social y entretenerse, eso no significa que sean malas lectoras —le explicó— Pero sin duda serás la más jovencita.

Eddie decidió desmarcarse de sus compañeros desde el primer sábado. La noticia de que serían mujeres y hombres de la edad de sus padres le aterraba. Con mentalidad adolescente, pensó dejar en claro su diferencia: ella no sería la madre de nadie ni la señora de. Se vistió con una deshilachada camiseta blanca adornada con estoperoles y seguros para pañal, jeans viejos y descoloridos y sus botas negras de minero a las que había añadido varias capas de suela para parecer más alta. Con todo, el nerviosismo no cedió.

Eddie temía un desaire. Quería desprestigiar a las señoras de antemano, aunque en verdad temía su rechazo. Se hizo de valor porque no siempre se acerca la directora de una escuela y dice, «toma las clases que quieras, no tienes que pagar ninguna».

Eddie venció el miedo. Acudió a la cita henchida de arrogancia juvenil, con la cabeza en alto y ejerciendo la mirada por encima del hombro. Para su sorpresa, las señoras presuntamente burguesas no le prestaron mayor

atención. En el Círculo estaba la mamá de Alma Grande, quien le dio una afectuosa bienvenida y, sin ocultar condescendencia, alabó el interés de Eddie en los libros cuando a su hijo únicamente le importaba beber y divertirse.

Lucía, a pesar de que Eddie le rogó no hacerlo, le exigió presentarse ante el grupo; era la pauta a seguir. Con monosílabos balbuceantes, sin poder mantener el rostro erguido como hacía un momento, Eddie dijo tener catorce años, estudiar primero de preparatoria en el colegio de las madres Josefinas, vivir con sus tíos en el centro de la ciudad y querer ser escritora cuando creciera. A pesar de su renuencia, los miembros del Círculo le dieron la bienvenida y la hicieron sentir cómoda. Sin tener más conocimiento o entendimiento de Eddie, fueron hospitalarios en el sentido homérico de la palabra: la cobijaron.

La tarde en la fuente de sodas que Lucía apartó a Eddie de su pandilla de amigos, le dio un cuento fotocopiado de Carson McCullers: «Un árbol, una roca, una nube».

—Léelo para el siguiente sábado si quieres ser parte del Círculo —la aleccionó— Y tienes que cumplir, no doy segundas oportunidades.

Eddie temía el momento de hablar en público para comentar el cuento de McCullers. Le asustaba no saber qué decir y parecer tonta. Lucía, debido a la notoria timidez de Eddie, pidió secretamente a Julia, la coordinadora del Círculo, dejar a Eddie hasta el final. Así lo hizo. Entonces Eddie tuvo oportunidad de armar una intervención digna de sus compañeros. Escuchaba la participación de los demás, mientras intentaba armar frases parecidas con sus propias palabras. Cuando la coordinadora dio el turno a Eddie, esta no pudo tejer palabra. Abrió la boca para externar su opinión y, pese al esfuerzo, su lengua no se movió, se quedó tiesa e inmóvil en la cavidad de la boca, enmarcada por dos hileras de dientes chuecos amenazando morderla. Lucía trató de salvar la situación. Se paró justo detrás de Eddie para demostrarle su apoyo en ese momento tan vergonzoso. Colocó sus manos tibias sobre los hombros de ella tratando de reconfortarla. Lucía improvisó una disertación sobre la importancia de McCullers en la literatura universal, sin embargo, no logró consolarla. El Círculo de Lectura la desmoralizó.

—No te vayas, espérame al final —le pidió Lucía.

Eddie no lo hizo. Humillada, con las expectativas rotas, prefirió no hacer antesala afuera de la dirección. Al primer descuido de Lucía salió corriendo

de la Escuela de Bellas Artes convencida de no regresar. Su mentora mediaba la discusión entre dos niños peleoneros de la orquesta filarmónica. No tuvo oportunidad de detenerla. La

miró cruzar a toda velocidad hasta la fuente de sodas donde ya la esperaba Ian trepado sobre su Honda 500. Lucía sintió volcar su estómago al verla subir de un brinco a la motocicleta y alejarse a gran velocidad mientras Ian, desplegando poderío, levantaba la rueda delantera del pavimento.

A Eddie le hubiera gustado demostrarle a Lucía que sí había leído el cuento. Repetirle, palabra por palabra, coma por coma, el fragmento que aprendió de memoria para demostrárselo. Nunca se la dijo aunque todavía hoy la tenga en mente: «El recuerdo no viene al hombre así, de frente, viene por las esquinas, dando rodeos». Justamente como lo estaba haciendo su pasado desde aquella llamada nocturna.

12. EL MURMULLO DEL OTRO

LO QUE NO SE DICE SE PUDRE EN LA GARGANTA

Michael Parker soñó que caminaba por Manhattan. Era mediodía de una tarde de verano, lo intuía por el calor atravesando cada poro de su piel. La ciudad vacía. Sin persona alguna, como en aquel angustiante capítulo de *Twilight Zone*. Michael gritaba en busca de otro ser humano, pero su boca no emitía sonidos. Alo lejos, doblando en una esquina, alcanzó a divisar la silueta de una mujer. Al darse cuenta de que por más que gritase no articulaba palabra, intentó ir hacia ella. La falda azul acero de la mujer desapareció vaporosamente de su campo visual. Michael corrió rápidamente sin avanzar del mismo sitio. Sus piernas, pesadas como dos pilares etruscos, no podían despegarse del pavimento. Gritó varias veces más sin conseguir exteriorizar su voz. No distinguía a la mujer, mas sabía quién era. Eleonora Landesman, su madre, fallecida de cáncer cuando él tenía diez años. Durante la velación, la abuela de Michael no permitía que él se asomara dentro del ataúd; ante su insistencia accedió a última hora. A Michael le pareció dormida con su largo cabello rojizo abanicado, extendido sobre la almohadilla blanca, y su vestido preferido, uno con corte princesa y de color azul acero ceñido a la cintura y amplio de las caderas a los tobillos.

Michael despertó con ganas de llorar. Pensó que de alguna manera continuaba siendo ese niño huérfano de diez años necesitado de su madre: el pequeño fingiendo dormir la siesta para poder recostarse a su lado. «En qué momento se construye uno la idea de la madurez», sentenció para sí. Corroboró la hora en el reloj de piso de la sala. Eran las doce del día. «Al menos pude dormir», pensó. Dudó en llamar a Eddie; finalmente no lo hizo, se había incomodado por el enfrentamiento en el Belmondo. «Como los

puercoespines», se repitió varias veces, «como los puercoespines.»

Ese día rompió el hábito de tomar el primer café del día en casa, quería rodearse de gente; acudió a una cafetería cercana. Leyó el periódico mientras untaba mermelada de durazno al croissant. Trataba de alejar el espectro de la ausencia rondándole la espalda. Apuró el café y dejó el dinero de la cuenta con propina considerable. Caminó varias horas por las calles del centro. Hacía años que no sufría aquella sensación de repudiar estar a solas en su departamento. Temía caer en la hondonada melancólica de su infancia. En la nostalgia de una vida familiar inexistente, la fantasía veraz de una memoria mitómana.

Michael no era precisamente solitario, vivía rodeado de gente atesorando su amistad y disputándose su compañía. En los lugares adonde viajaba había amigos, puertas y brazos abiertos esperando su regreso. Pese a ello, había empezado a añorar una presencia constante y presente. Maniático del orden y celoso de su espacio, nunca aceptó compartir su casa con nadie. La ofrecía amorosamente a sus amigos turistas de visita en la ciudad, sabiendo que siempre habría un plazo para dejarla.

Michael entró a su casa con la confianza de haber ahuyentado el vago recuerdo de su madre. El teléfono sonó mientras abría la puerta. Era Eddie disculpándose porque no había llegado a trabajar. A diferencia de él, durmió profundamente y más de la cuenta. Michael le confesó llevar poco tiempo despierto y su desgano de ponerse a escribir. Platicaron largo rato. Ella sugirió reunirse en vez de hablar por teléfono. Michael lo meditó y, aunque le hubiera venido bien algo de compañía, rechazó la oferta. Inventó tener plan con cierto jovencito conocido semanas atrás en un bar. Eddie lamentó atosigarlo. Se disculpó y, convenientemente, recordó que también se vería con alguien para ir al cine. Primera vez que Michael la escuchaba mencionar a «alguien» sin estar enmarcado por la bruma del recuerdo. Se despidieron fingiendo naturalidad. Eddie prometió que se presentaría puntualmente a trabajar al otro día. Avergonzada por haber sido inoportuna, colgó el teléfono sin alejar el sentimiento de intrusión. Se prometió a sí misma tener más cuidado. «Como los puercoespines», se dijo antes de meterse a bañar, «como los puercoespines».

13. LOS SEPULCROS DEL MAR

LOS ESPAÑOLES Y LA ENFERMEDAD QUE SÓLO SE CURA CON EL ORO

La idea de trabajar para el Negro fue de Ian. El tío de los hermanos Caimán era el menor de seis hermanos emigrados de Alemania cuando eran todavía niños. El Negro —le decían así por ser el único de cabello oscuro y piel apiñonada de la familia— fue el Koch flojo, desobediente, sin interés en profesión alguna. Aventurero desde pequeño, buscó la vida en la calle. El padre de los hermanos Caimán no lo quería cerca de sus hijos, menos aún cuando se dio cuenta de que ninguno había salido bueno para la escuela. Algo en su prole le recordaba a su hermano a cada instante. Rebelde, burlón, mofándose a cada rato de quienes optaron por una vida de trabajo y sin sobresaltos. El Negro apostó a sus hermanos que sería millonario sin quemarse las pestañas ni estudiando sandeces en la universidad. Así fue. Aprendió su oficio con los buscadores de tesoros, más bien pescadores ignorantes que malbarataban doblones de oro en el mercado negro.

A los pescadores les entretenía el muchachito de trece años deseoso de bucear, rogando acompañarlos en sus lanchas mar adentro, hasta donde las cabrillas anuncian territorios insondables y las fortunas sepultadas por la sal del océano esperan ser halladas. Ellos le enseñaron a usar el snorkel, inclusive, el arte de bajar a profundidades recónditas a puro pulmón. A diferencia de los pescadores, el Negro no despilfarraba sus doblones, por el contrario, los resguardaba sin que nadie imaginara su pasatiempo.

El Negro salía de casa temprano uniformado para el colegio, pero hacia el rumbo contrario. Su inteligencia natural lo colocó a la cabeza de la cadena alimenticia. A los diecinueve años comandaba al grupo de pescadores,

quienes no entendían en qué momento ese muchachito pasó de aprendiz a jefe de cuadrilla. Con veinte cumplidos compró su primera lancha, llamada Lorencillos, en honor del pirata. Se aficionó a la historia naval y fue su propio maestro. Estudió todo sobre mares, filibusteros, galeones y cargamentos venidos de Europa. Casi a los treinta sabía distinguir perfectamente a qué corona correspondía cada doblón. Compró su primera casa mucho antes que sus hermanos profesionistas. Contra todo pronóstico, el menor de la familia Koch se convirtió en apoyo económico para sus hermanos universitarios.

Cuando el Negro cumplió treinta y cinco años, se le consideraba uno de los hombres más adinerados del puerto. A la vista de sus casas, coches, lanchas y el famoso yate, El rey Midas, la prensa local lo acusaba de saquear galeones españoles. Pero los sobornos otorgados a las autoridades lo mantenían protegido. Sus regalos legendarios adornaban vitrinas de políticos y altos mandos de la Marina. Del cuello de la esposa de tal o cual gobernador, según informantes anónimos, pendían joyas pertenecientes a la realeza europea de siglos pasados.

El Domingo de Ramos en que Ian se alejó sin dar explicaciones, fue a buscar al Negro. Zarpó de las playas de Punta Peñasco en el bote del Alacrán, lancharo bajito y musculoso, de ojos pequeños e inanimados como los botones del suéter de un recién nacido. Su apodo lo debía a la malicia con que trataba a otros pescadores. Vivía aislado, feliz de estarlo, rompiendo las reglas del poblado de Punta Peñasco. A cada habitante le debía una ofensa y sabía que se las cobrarían en cualquier momento. (Nunca imaginó que todos lo harían al mismo tiempo, en un linchamiento ejemplar para otros abusivos de la zona. Su cuerpo fue hallado en la barrera de palos y alambre de púas que construyeron los lugareños en la bahía para impedir el paso a los tiburones. El cadáver tenía ochenta y seis puñaladas, una por agravio a cada vecino del poblado.)

En aquel momento Ian no conocía al Alacrán. Al llegar a la playa fue al primer pescador con el que se topó: arrastraba su lancha —una luna menguante sin más que los bidones de gasolina y el motor de ciento veinte caballos de fuerza— hacia la orilla. Lo interceptó en el mar ofreciéndole la ganancia de un día de pesca si alcanzaba a El rey Midas; así lo convenció de transportarlo. Ambos empujaron el bote hasta cruzar el rompimiento de las

olas y treparon a la embarcación de un impulso.

Asido a la proa levantada por el peso y velocidad del motor, Ian divisó el yate del Negro, todavía un punto blanco cruzando detrás de Isla Pelícanos. Con ademán recio indicó al Alacrán cuál era la embarcación que buscaba. Aventurera, la lancha del pescador, aró el mar con la verticalidad de una flecha. Saturnino, capitán del rey Midas, se alertó ante la osadía del pescador. En pocos minutos el Negro y dos de sus hombres esperaban el arribo de Aventurera en la popa. El Alacrán bajó la velocidad. No se amilanó al notar el temple bravucón de los tripulantes, tampoco tomaría parte en un pleito con un hombre tan poderoso como el Negro.

—Aquí te dejo —le dijo a Ian quitándose la camisa, dejando al descubierto su ancho y filoso cuchillo.

—Acércate más, no seas cabrón —le suplicó.

El rostro inexpresivo del Alacrán fue la respuesta. Ian ya le había dado el dinero, no tuvo otra disyuntiva que lanzarse al mar con un clavado digno de competición. Braceó sin detenerse hasta topar con la escalinata del yate. Al intentar subir, el Negro empuñó su arma, una Heckler & Koch nueve milímetros que adquirió porque llevaba su apellido. Cortó cartucho y le apuntó a la cara. Ian afrontó la silueta oscura recortada por los rayos del sol.

—Se te fue tu taxi y yo no te voy a dejar subir, así que no sé cómo vas a regresar —amenazó, mofándose del muchacho-, ¿Sí sabes que por aquí hay tiburones?

Ian respiraba enérgicamente intentando recuperarse del esfuerzo físico. Había dejado brío y pulmones entre tanta brazada. Quería decir alguna palabra, pero estaba tan sofocado que sólo emitía balbuceos. Inhaló lento para serenarse.

—Soy amigo de tus sobrinos, los Caimán, quiero hablar contigo —al fin pudo decir con cierta claridad.

—¿Y para eso viniste hasta acá? —el Negro sacó un cigarro de la cajetilla y lo encendió—. A mí no se me impone nada.

—No fue mi intención, el lancharo no quiso esperar y me obligó a bajarme.

Ian rogó sin importarle abandonar la apariencia de muchacho recio al cual le convendría contratar. El Negro lo observó por minutos. No era del tipo enternecido por niños o adolescentes. Él se había creado a sí mismo mucho

más joven que ese bigotón que lo miraba con ojos de piedad. Pese a ello, ser amigo de sus sobrinos le granjeó empatía. Con una seña, el tío de los Caimán indicó que le permitieran subir al yate. Los dos hombres, rudos y morenos, curtidos por años de sol, lo alzaron cual muñeco de trapo y lo soltaron en la cubierta. El Negro le lanzó una toalla a la cara. Le ordenó a Saturnino servir un par de cervezas.

Saturnino, perro fiel del Negro, cuidaba sus espaldas de modo que los demás creían que era su hijo. De joven se ganó su admiración devorando pulpos vivos, retorciéndose en sus fauces de dientes amarillos y despostillados. A Saturnino no le agradó Ian. Algo en él le provocó desconfianza. Con todo, jamás contradecía al Negro delante de otros. Ese derecho únicamente podía ejercerlo en privado.

Recargados en la proa de El rey Midas, Ian le explicó al Negro por qué él y sus amigos eran idóneos para buscar galeones. Le presumió sus logros en el buceo. Las grandes profundidades que podía explorar. No ostentaba credenciales que avalaran su experiencia, sino una larga lista de logros cimentados en su talento y cientos de horas de inmersiones. También le contó ser hijo de José Juan Uribezalgo, el famoso apneísta catalán, quien fuera su primer instructor en buceo a pulmón. Y cuando Ian quiso probar suerte con tanques de aire, su propio padre lo encomendó con el Batracio, el buzo más experimentado del puerto. Ian le habló al Negro de sus amigos con el orgullo de cualquier muchacho, rozando el enamoramiento con la amistad. Después de todo, ¿no hay algo de eso en la protección y fidelidad que los amigos se profesan?

En principio el Negro lo escuchó por diversión. Poco a poco se convenció de los argumentos de Ian. La gente del Negro era vigilada por la Marina. Sabían de sus saqueos sin poder comprobarle nada y, aunque se había vuelto intocable por sus conexiones con algunos políticos, estaba al tanto de que su seguridad dependía del mandamás en turno. Pensándolo fríamente, no le vendría mal el cambio estratégico. Nadie sospecharía de un grupo de jovencitos que acostumbra bucear por entretenimiento. El Negro aceptó la oferta, advirtiéndole que antes lo consultaría con sus sobrinos. Ian sonrió satisfecho por su primer paso rumbo al éxito. Se alegró por él y por sus amigos: podrían iniciar juntos una vida de lujos y diversión sin necesitar aprobación paterna. Y era sincero, quería el bienestar de todos; en ese

momento aún no sabía que estaría dispuesto a traicionarlos.

14. DETRÁS DE LAS MENTIRAS, LAS VERDADES

LOS PRIMEROS APUNTES SOBRE EDDIE

La misma tarde que Michael mintió acerca de su cita, intentó trazar los primeros esbozos de lo que sería un cuento sobre Eddie. Recordó cada línea de su rostro, cada peca salpicada en nariz y mejillas. Trató de recordar, como si la tuviera enfrente, sus ojos oscuros y profundos. Ensayó tres comienzos para el cuento. En el primero, Eddie intentaba llegar, entre atropellos y pisotones, a la salida del aeropuerto internacional. En el segundo, Eddie niña, con semblante triste y al mismo tiempo desafiante, miraba desde lo más alto de una roca cómo las olas lamían la arena. En el tercero, Eddie no era Eddie, sino el gigante judío de la fotografía de Diane Arbus sentado en el sillón mecedor de la recámara de su amiga. Su enorme figura de dos metros con cincuenta centímetros daba la impresión de que en unos momentos pulverizaría el sillón que, debajo de él, parecía de juguete. Si bien el sillón figuraba romperse, lo que proyectaba mayor fragilidad era el gigante judío acurrucado como larva dentro del capullo. Sin esperarlo, Michael sintió un nudo en la garganta. Sus ojos húmedos evocaron la enorme figura del gigante provocando curiosidad y morbo en la calle. Michael resolló al pensar en el desierto de esa vida.

Las tres hojas, los tres comienzos del cuento sobre Eddie, terminaron hechas bola en el cesto de papeles. Una de las ventajas —quizá la única— que Michael encontraba al continuar escribiendo a máquina, era el dramatismo con el que podía destruir los escritos que no le gustaban.

Michael Parker emigró de Nueva York diez años atrás. Creativo, estrella

desde los veinticinco años en una agencia de publicidad, ahorró suficiente dinero para que, llegado el momento, pudiera abandonar un trabajo que mayormente le daba satisfacciones económicas. Él prefería el caos. Harto de las reglas cívicas estadounidenses, dejó su tierra para dedicarse a escribir — pasión ejercida a la par de su trabajo- en algún lugar del tercer mundo donde las leyes se escriben para romperse. Unas vacaciones de Pascua se transformaron en semanas, luego meses, hasta que decidió afincarse. La razón inicial fue el moreno de brazos fuertes y venosos que lo atajó en las calles del centro de la ciudad. Las miradas prodigadas fueron algo más que amabilidad con el turista y, después de varias cervezas en una cantina de sardos, terminaron en la cama de un motel de paso. La pasión duró pocas semanas, pero desde ese momento Michael supo que residiría en ese país y cerca de aquella cantina.

15. CAPERUCITA FERROZ

VIAJAR SIN ALEJARSE DE LA ORILLA

Eddie descubrió el placer de la vagancia a temprana edad. Dirigirse a ninguna parte y, justo en ese desconocimiento, andar libremente. Conoció a Ian durante una caminata por el bulevar. Estaba parada en la esquina, esperando el cambio de colores del semáforo, cuando él la divisó desde su coche.

—¿Adonde vas? —le preguntó sin preámbulos mientras seguía su paso a vuelta de rueda.

—No te importa —contestó Eddie sin voltear a verlo.

—¿Y eso es muy lejos? —dijo haciéndose el gracioso.

Ian tomó una colilla de marihuana del cenicero y la encendió. El carrujo se quemó disparejo tronando en ciertas partes. Contuvo el humo antes de soplarlo en la cara de Eddie. Eso llamó su atención. Le atraían los jóvenes que, como ella, vivían con su propio código de comportamiento.

—Un poco —respondió abanicando el humo de la marihuana.

Ian, con porte arrogante, se arrellanó aún más en el asiento del coche. Llevaba unos Ray-Ban cubriéndole media cara, los cuales deslizó hasta la punta de la nariz en busca de la mirada de Eddie.

—¿Cómo te llamas? —preguntó extendiendo la mano con el cigarro de marihuana, ofreciéndole una probada.

—No tengo nombre —dijo sin ánimo mientras rechazaba la invitación.

—¿Puedo ponerte uno? —insistió Ian.

Eddie se encogió de hombros.

—Flaquita —se atrevió a decir con cierto afecto.

—Ese no es nombre, es apodo —recriminó ella.

—Flaquita —repitió—, puedo llevarte adonde quieras.

Eddie cruzó la avenida hacia el club de yates, sin intención de huir del joven del Mustang; simplemente quería caminar del lado del mar.

El club de yates era un pequeño muelle de concreto con treinta, quizá cuarenta embarcaciones atadas a ambas orillas. Entresemana no había gran movimiento. Salvo por ciclistas y corredores que se adueñaban de gran parte del atracadero, el restaurante lucía vacío. Eddie caminó al borde del muelle sorteando los amarres de las embarcaciones. Ian estacionó su coche en el camellón. Apretó el paso hasta alcanzar a Eddie, quien, al percatarse de su presencia, no se detuvo. Si emprendía la caminata no paraba hasta llegar al final del atracadero, allí donde la escollera llamada Papagayo simula juntarse con el club. Ian se apegó al borde; era demasiado angosto para permitirle caminar al lado de ella, así que la persiguió pisándole los talones.

—¿Qué estás haciendo en el centro? No eres de por aquí —dictaminó Eddie.

—Conociendo niñas que me caigan bien.

—¿Y cómo es que te caigo bien si ni siquiera me conoces?

—Eso es porque tengo sentido extrasensorial.

Eddie se detuvo. Miró a Ian de frente, detenidamente. A pesar de tener varios años más, todavía usaba uniforme de la preparatoria. Había reprobado dos años y perdió el tercero cuando su padre lo mandó a una escuela militar en Estados Unidos para solucionar sus problemas de conducta. La medida no sirvió de mucho. Ian tenía un bigote espeso que lo ubicaba en la categoría de hombre. Cabello negro hirsuto. Ojos grandes verde aceituna, enmarcados por pestañas largas y tupidas, ojeras grisáceas, herencia de sus antepasados moros.

—Anda, te llevo adonde vayas.

—Prefiero caminar.

—¿Me tienes miedo?

—No... no me gustan los viejos.

Eddie se alejó del muelle seguida por Ian. No se asustó, por el contrario, le causó ilusión su interés, pensó que le había parecido bonita. No fue así, la atracción hacia ella, si bien instantánea, no fue romántica. Era algo en la

desfachatez de los pasos de Eddie, su arrogancia ingenua al mismo tiempo bravucona lo que le atrajo. Ian dejó caer su brazo sobre el hombro de ella. Sin sobresaltarse, Eddie alzó la cabeza y lo observo meticulosamente para recordar cada detalle de su rostro.

—¿Y no vas a decirme adonde vas? —interrogó Ian.

—No sé, igual a casa de mi amiga Gabriela, hoy no fue a trabajar.

—¿Y es guapa la amiga?

Eddie resintió el comentario. Se vio a sí misma con desagrado. El uniforme del colegio le quedaba grande y estaba descosido en algunas partes. Llevaba las calcetas blancas enrolladas en los tobillos y sus zapatos negros raspados por ambos lados, con las suelas muy gastadas. Apretó la quijada intentando alejar de la mente su aspecto desaliñado y conteniendo alguna respuesta que delatara su decepción. En realidad aquello no le extrañó, habituada ya a ser la mejor amiga: poco deseable para jovencitos de su edad, invisible para los mayores. Flaca, sin senos y de piernas delgadas colgando como hilachos de su falda. A esa edad todavía usaba corpiños para niñas de primaria.

Eddie aprendió a recibir con estoicismo los apodos que le puntualizaban no ser de interés amoroso para nadie.

—Sí, Gabriela es guapa -dijo finalmente disimulando el desencanto.

—¿Algo que podamos llevarle?

—Cigarros, es un chacuaco. Fuma una cajetilla de Marlboro al día.

Ian y Eddie caminaron buscando una tienda. Frente al club de yates la zona era residencial. Una hilera de casas blancas y pretenciosas, de cualquier tipo arquitectónico, desentonaban con la sencillez azulada del mar. Cruzaron la calle convencidos de que a la vuelta habría alguna tienda. En la esquina encontraron Ultramarinos Poseidón, donde podía comprarse desde cigarros hasta salvavidas inflables. Ian pidió tres cajetillas de cigarros Marlboro para Gabriela y dos de Camel para él. Abrió el refrigerador y tomó un six-pack de cerveza oscura. Pagó con desenfado. Eddie admiró su actitud altiva; daba la sensación de ser dueño de la tienda, del mundo si así lo decidiera. Ambos salieron de Ultramarinos Poseidón charlando cual amigos de antaño. Él volvió a pasarle el brazo por el hombro. Ella, sin meditarlo, enroscó el suyo por la cintura de Ian. Así se les vio por largo tiempo, dos buenos amigos fundidos en un abrazo.

16. UN FANTASMA, EL HUMO DE QUINCE CIGARROS Y UNA PIEZA DE CHARLIE PARKER

ESA IMAGEN CONSTRUIDA

Michael jamás llamaba a Eddie después de la once de la noche. La única ocasión que lo hizo, ella respondió cortante. Incómodo por su reacción, no volvió a marcarle después de las nueve. Entendió que a las ocho de la noche se metía en cama con algún libro en las manos y su taza de té verde, bien caliente, que aterrizaba sobre el buró izquierdo. Eddie dormía en colchón especial con un centro adaptado a la curvatura de la espalda. Continuamente amanecía con dolores originados por malas posturas al dormir, en realidad por sus pesadillas. Invariablemente se acostaba del lado izquierdo de su cama. Ese buró era la sede de la lámpara para lectura, los libros que estaba leyendo —varios a la vez—, sus pastillas de la alergia y la crema de manos que se untaba antes de dormir.

Michael respetó la rutina de Eddie aunque le hubiera gustado disfrutar su compañía en bares con show de travestís y buhardillas de jazz. Por eso, el día que creyó verla en el Cotton Club, cuestionó a sus propios ojos. No quería que las dudas surgidas acerca de su amiga provocaran una imagen distorsionada de ella. Pero la anécdota en sí misma fue rara, peculiar, como el pasaporte encontrado en la cómoda de su casa.

Una noche de verano, Michael fue al Cotton Club, barecillo al norte de la ciudad que intentaba emular al mítico club nocturno que se mantuvo abierto durante la Ley- Seca en Nueva York. Michael estaba en el rincón, lugar

envidiable en cualquier bar o restaurante desde donde se puede observar cualquier movimiento: quién entra, quién sale, cómo visten, de qué manera se acercan unos a otros, si hay contacto físico o no. Michael, al fin mirón, no podía evitarlo.

Eran casi las dos de la madrugada. A esa hora subía el tercer grupo de la noche. Los Dixieland, banda con marcado acento en metales, formada por cinco integrantes de rostros tan melancólicos como las improvisaciones que tocaban. El Cotton Club es de los pocos lugares en la ciudad donde aún se puede fumar, así que el humo, a pesar de los extractores, generaba una neblina densa.

Michael se hizo asiduo al bar la primera noche que entró. El club destacaba por la sobriedad de las paredes y el piso de concreto, contrastado con sillones mullidos tapizados en telas moradas de brocados color oro. Los meseros eran jóvenes estudiantes, amantes del jazz y el blues, insomnes sonrientes al cuidado atento de su propina.

Los Dixieland tocaban la ya muy conocida «Sweet Georgia Brown», de Ben Bernie. Algunos entusiastas se animaron a bailar frente a la banda en un pedazo de suelo improvisado como pista de baile. Si Michael no fuera tímido, se hubiera unido a ellos; en el fondo envidiaba el desenfado de la gente que hace y deshace sin importarle quien la vea. Se limitó a moverse en la silla, balanceando el cuerpo de un lado a otro, alternando las manos como bailarina de Charleston. En la mesa contigua, una pareja en sus tardíos cincuentas alzó sus copas de Cava para brindar con Michael. Él correspondió el gesto pidiéndole al mesero que les llevara otra botella de Cava cargada a su cuenta.

Michael hablaba con el mesero cuando notó a una mujer sola vestida de negro, con un escote pronunciado en la espalda casi rayando el coxis. Tenía el cabello lacio y azabache, suelto, acariciándole la espalda. Iba muy maquillada. Los párpados cubiertos con sombra negra; cerrados, daba la impresión de llevar antifaz. Pestañas exuberantes y largas que no dejaban duda: eran postizas. Contrario a los ojos, el resto de la cara no tenía color, quizás una capa de polvo blanco. Sus labios, pintados de rojo carmesí, resaltaban en la palidez de su rostro. La mujer de negro se movía inquieta buscando a alguien. A Michael le pareció familiar. Juró que se trataba de alguna versión de Eddie. Lo meditó otra vez y le resultó imposible. La manera de conducirse de esa mujer era distinta. Muy segura, de esa seguridad

rozando la arrogancia, fumando un cigarro largo, más largo debido a la boquilla negra e interminable que importunaba por donde quiera que pasara. Caminaba pagada de sí, ignorando a los hombres que seguían su delgado talle pronunciado aún más por lo justo del vestido.

Michael quiso acercarse. Levantó la mano para hablarle e inmediatamente la bajó. Su insistente atención provocó el interés de la mujer, sus miradas se toparon. Ella en cierta forma también lo reconoció e inmediatamente dirigió su vista a otro lado, como si el contacto hubiera sido accidental.

La mujer vestida de negro llamó al mesero, le dio varios billetes y se dirigió imperiosamente hacia la salida. Michael se puso de pie para alcanzarla. Las parejas bailando frente al grupo musical impedían que avanzara rápidamente. La mujer, con su amplia sonrisa encuadrada en rojo carmesí, conseguía que le abrieran paso como si se tratara de un espectro. Salió ágilmente del Gotton Club.

Cuando Michael llegó a la puerta, ella ya no estaba. Miró por el callejón y no había nadie. Las aceras vacías. Extrajo la cajetilla de cigarros del pantalón. Trató de encender el último pero los cerillos estaban húmedos. El mesero que lo atendía salió con la cuenta en la mano. Se disculpó al advertir a Michael ahí, derrotado, intentando encender un cigarrillo sin disimular su enojo. El mesero dijo lo evidente.

—Adentro se puede fumar.

—Lo sé —respondió sin voltear a verlo.

Michael se recargó en la pared mientras el mesero le prendió el quinceavo cigarro de la noche. La primera bocanada apaciguó el nerviosismo de sus manos. Le dio al mesero su American Express platino.

—Cárgale el veinte de propina —le pidió con voz neutra.

El joven cito no disimuló su alegría.

—Enseguida, señor, muchas gracias —dijo antes de regresar al Cotton Club.

Michael, fumando sobre un hidrante, buscó algo de cordura, fue justo cuando Los Dixieland empezaron a tocar «Blues for Alice», de Charlie Parker.

17. UNA BALLENA EN LA BOCA DE UN MUDO

EL CÍRCULO EN HONOR A CARSON MCCULLERS

Pasaron dos semanas para que Eddie volviera a la Escuela de Bellas Artes. Llegó temprano, dio dos vueltas a la manzana. Ansiosa por la reacción de sus compañeros, se mordía el labio inferior arrancándose pellejitos de piel maltratada. Tras el incidente, faltó dos sábados al Círculo; inclusive había pensado no regresar. Se repitió el tipo de cosas que se recitan a sí mismos quienes temen el rechazo: «Me vale madres esa gente. Viejas riquillas, ociosas, sin nada que hacer». No se convenció. Volvió puntualmente al tercer sábado.

Lucía creyó fracasar con esa adolescente que le recordaba a sí misma cuando tenía su edad. Deseosa de comerse el mundo libro a libro: quien lee sabe que el mundo está contenido allí y de todas las ficciones es la menos falsa. Lucía se recriminó haberla presionado a hablar ante el grupo, cuando sabía de su exacerbada timidez. Al verla deambulando por las calles aledañas a la Escuela de Bellas Artes, suspiró con alivio. La adolescente descarriada no andaría lejos de casa a esa hora de la mañana, si no fuera porque volvía al Círculo de Lectura. Había esperanzas para Eddie, había esperanzas para la niña que fue Lucía. Le dio alcance en su Caprice blanco y la invitó a subir. Eddie entró y la saludó con un beso espontáneo e incómodo. La directora mostraba interés por los niños de su escuela, mas no permitía el acercamiento físico.

Si bien su postura era menos rígida que la de otros académicos, no alentaba confianzas que hicieran peligrar la disciplina. Con Eddie fue

diferente. Su gesto sincero lo recibió con calidez, sin intenciones ulteriores; se trataba llanamente de agradecimiento. Lucía invitó a Eddie un café en la fuente de sodas frente a la escuela.

—Pensé que no regresarías —le confió sin dejar de menear el azúcar con la cucharita de plástico.

—No iba a hacerlo —respondió Eddie sin levantar la cabeza de la espesura de su café con leche con doble carga.

—Te invité al taller de lectura porque yo estaba allí el día en que te sorprendieron robando en la papelería.

Eddie, abochornada, bajó la cabeza. Afuera repicaba el bullicio de los niños llegando a clases.

—Pensé que te haría bien, ya que estás interesada en leer —dijo Lucía mientras dejó la cucharita de plástico sobre la mesa— En la escuela no tienes que hacer nada que no quieras hacer, salvo leer. Aquí sólo hay lectores y todos tienen la misma importancia.

Eddie habló sin reservas. Le contó a Lucía sobre su escritor preferido, Stephen King, a quien por cierto ella también respetaba.

—Es bueno —dijo Lucía—, no me gusta mucho ese género, pero sí que es bueno.

También le contó sobre Robert Ludlum, las novelas sobre espías o agentes de la CIA convertidos en máquinas para matar. Ametralló a Lucía con preguntas sobre su opinión de tal o cual libro. Ella la escuchaba atentamente, interesada en su relato, pero apresuró los restos de café dejando al fondo de la taza el asiento grumoso.

—Estamos leyendo una novela, es de la misma autora de aquel cuento que te di — dicho esto, Lucía extrajo dos libros de su bolsa Fiorucci color naranja. Eddie, curiosa por las portadas, sostuvo un volumen en cada mano.

—¿De qué trata? —preguntó.

—No voy a arruinarte la sorpresa; además, como todo buen libro, trata de muchas cosas y de una sola. Prefiero que, cuando lo hayas leído, tú me digas a mí de qué trata.

La novela se llamaba *El corazón es un cazador solitario*, de Carson McCullers, una edición en dos tomos de 1971.

—Quédate hoy aunque estés atrasada con la lectura, no hay

inconveniente. Pero para el siguiente sábado te habrás puesto al día —Eddie afirmó moviendo la cabeza— y la novela es prestada, cuando termines me la regresas.

Nunca se la devolvió.

18. EL ARRIBO DEL PEQUEÑO BILL

LA PRIMERA PISTOLA EN EL GRUPO

Eddie y Michael compartían más tiempo juntos. Poco a poco acabaron con los pretextos inventados. Si no se veían, se llamaban para preguntar cómo había estado su día. Para ella significaba capitalizar la atención de un hombre atractivo e inteligente, sin el riesgo de hacer el ridículo ni de inventarse historias románticas predestinadas al fracaso. Un hombre — incluso gay— no dejará de ser compañía y atención masculina. Eso le halagaba. Crearon una rutina de domingo. Ambos madrugadores, desayunaban en un bistró cerca de la Catedral. Más tarde recorrían el mercado de pulgas ubicado en la zona norte de la ciudad. Él siempre compraba trebejos. Su casa, al igual que él mismo, era territorio de otra época. Cada mueble, cada rincón, cada cuadro eran antigüedades compradas poco a poco en mercados de viejo. Si se trataba de tarjetas o misivas personales, continuaba usando el servicio postal. Coleccionaba tarjetas antiguas adquiridas en sus viajes por el mundo. Las remitía a amigos y familiares escogiendo concienzudamente al destinatario en cuestión y la ocasión a recordar. Tal era su aversión a la tecnología que seguía escribiendo en su Hispano Olivetti Studio 46, regalo de su abuela materna.

Eddie y Michael Parker compartían otro interés además del trabajo: la comida. Inmediatamente de las compras en el mercado de pulgas, pasaban a otro mercado, el de alimentos exóticos. Allí compraban ingredientes para cocinar y dos botellas de vino escogidas invariablemente por Eddie. La primera botella la bebían mientras cocinaban, la segunda durante la comida.

—La primera pistola la llevó Ian —Eddie estaba resuelta a contarle a Michael, de una vez por todas, esa traición imposible de perdonar.

Eddie carraspeó mientras cortaba la berenjena en rodajas y continuó.

—Era un pequeño revólver calibre .22 corto Smith & Wesson. Ian lo bautizó con el nombre de Pequeño Bill por el famoso pistolero, Billy The Kid —sirvió dos copas de vino antes de continuar con su relato—. Se le metió la idea de tener su propio revólver después de ver una película basada en el forajido.

A esas alturas de su amistad con Eddie, a Michael le sorprendió enterarse que hubiera tenido contacto con las armas; con todo, permaneció inexpresivo ante la confesión.

—Nadie, me oyes, nadie puede saber que tuve -corrigió inmediatamente —, que tengo una pistola.

Michael descubrió en la cara de Eddie algo no percibido con anterioridad. La sospecha de que Eddie, toda Eddie, su ropa, la timidez, los silencios largos, la insistencia en lo insignificante de su vida, fueran puro montaje, una personalidad impostada para agradarle o conseguir su abrigo.

Pero Eddie sí tuvo un arma. El día del arribo del Pequeño Bill, este pasó de mano en mano. Ninguno había sostenido un revólver, sopesado la frialdad del níquel, ni abierto la cámara para hacerla girar de la misma forma que lo hacían los paladines del Spaguetti Western. Querían cargarla, bromear con el arma, apuntar al otro por el placer del juego. Ian la prestó poco tiempo. Sugirió que cada quien tuviera la suya. Dicho esto guardó al Pequeño Bill en la guantera de su Mustang y puso llave. La idea se alojó en la cabeza de todos: Tener su propia pistola, como en los westerns.

Cuando niña, Eddie iba al cine cada domingo con su abuela Ramona Arechavaleta; ambas sentían fascinación por los westerns. Eddie intentó entusiasmar a Gabriela aunque por razones diferentes. Cada visita a casa de los Caimán, el papá de ellos le remarcaba su gran parecido a la actriz italiana de Los profesionales. La belleza de Gabriela no era ordinaria. Mismos ojos grandes y ovalados, cabello negro y largo rebasándole los hombros, labios gruesos y torcidos pícaramente cuando dejaba escapar un breve coqueteo. Eddie envidiaba la belleza de Gabriela, pero esa no fue razón para desamigarse. Se trataba de una envidia silente como el enamoramiento hacia Gert. Tristezas naturales de una adolescente descubriendo lo disparejo de la vida. Gabriela era su mejor amiga y se emocionó cuando fueron juntas a ver la película donde actuaba la artista italiana.

Gabriela descubrió a Claudia Cardinale en *Los profesionales*, la película de Richard Brooks. Hasta entonces tuvo conciencia de la belleza que ella también poseía.

Abandonó los jeans por las faldas cortas y cambió las playeras Chemise Lacoste por las blusas de escote pronunciado. Aprendió a delinear sus ojos con el crayón negro —tal cual lo hacía la actriz— y a usar labial rojo. El cambio repentino impactó a sus amigos. Los hombres del grupo cambiaron su trato hacia ella. Empezó a disfrutar las delicadezas y mimos que cualquier hombre brinda a las mujeres de una belleza como la suya,

Al verla bajar de su Vespa Ciao con una minifalda pequeña en la que asomaban sus calzoncitos blancos de algodón, mientras los pechos rebotaban por falta de brasier.

Ian, impactado, tuvo una erección. Se adelantó hasta Gabriela, quien lo miró sabiendo que podría hacer con él lo que le viniera en gana, entonces le susurró algo al oído. Obnubilado por las sirenas que no cantan, Ian no corrió con la misma suerte de Ulises y quedó hechizado. Corrió al Mustang y extrajo al Pequeño Bill de la guantera para entregárselo a Gabriela.

—Miren, el Ian me regaló al Pequeño Bill —dijo torciendo el labio seductoramente.

Desde ese momento, Eddie supo qué era la envidia; aún más, que necesitaba su propia pistola.

19. ROSETA, TÍO ALBERTO, CAPRICHIO Y LITTLE SOPHIE

ÉRASE UNA VEZ EN EL SURESTE

Michael no pudo visualizar a Eddie a la edad de catorce años con. pistola en mano. Dudaba de sus relatos. Quería hallar algún atisbo de falsedad en su rostro, «si Eddie mentía, lo hacía bien», pensó Michael. Había algo de recelo en la forma exagerada con la cual levantaba la ceja derecha al relatar una anécdota, en su mirada dirigida al techo mientras intentaba recordar datos concretos y en la descripción exacta de la comida que ingirió en tal o cual situación. «Dicen que el diablo está en los detalles, pero los mentirosos también», pronunció Michael para sí. Nadie recuerda con tal exactitud un momento de su vida, son construcciones de la memoria —algunas más conscientes que otras.

Michael desmenuzaba cada movimiento de Eddie sin darse cuenta de que ella también lo observaba. Ambos discretos, difícilmente observarían al otro de manera vulgar o inquisitiva. Eddie aprovechaba cualquier momento en que Michael leía un libro o el periódico para grabarse cada marca suya causada por el sol. La piel de Michael era delicada y de un blanco marmóreo, inclusive refugiado en la sombra sus mejillas se tornaban rosáceas. Sus labios casi siempre estaban formando un beso dirigido a ningún lado; beso que se quedaba ahí, moviéndose de un lado a otro. Si le gustaba lo que leía, Eddie escuchaba «ajá... ajá»; ligero balbuceo en señal de aceptación.

Eddie recordaba que Ian apremió a todos en comprar una pistola e insistió en que se pareciera a sus dueños como se supone ocurre con los perros. Pero no fue así. Ella quiso un revólver desde que tuvo en sus manos al Pequeño

Bill. Y elucubró razones de sobra para armarse, una de estas fue Saturnino y el trato grosero con el cual se dirigía a ella y a Gabriela.

—No somos piratas —refutó Alma Grande, acobardado por la idea.

—¿Saturnino? —preguntó Gert riéndose—. No lo tomen a mal. Para los pescadores, las mujeres en un barco son ave de mal agüero.

—Pues qué estupidez, si yo buceo mejor que él —intervino Gabriela, quien tampoco estaba cómoda cerca del capitán de El rey Midas.

Entraron en La Ribera, cantina de abolengo, famosa por sus generosas botanas de mariscos. Se arrellanaron en las mesas de afuera. En su mayoría pidieron cervezas oscuras. Las botanas desfilaron sin mezquindad del propietario de la cantina. De primero: caldo de jaiba; después: ceviche de pescado; por último: quesadillas de camarón. Eddie se puso la cerveza helada sobre la nuca. Era un día caluroso, sin brisa, el más sofocante hacía meses. Vestían shorts y camisetas sin mangas. Ensartados en chanclas de pata de gallo mostraban indiscriminadamente sus pies callosos y ásperos de tanto caminar descalzos. Ian empinó la cerveza de un trago y pidió le llevaran otra. Los demás tomaban sin prisa, disfrutando la comida.

—Mi tío y su gente son de confianza. Si ellos llevan pistolas es porque tratan con el mercado negro, nosotros ni los conoceremos —explicó Gert, quien tampoco estaba convencido de andar armado por el puerto.

Ian volvió a empinar la cerveza. Imposible de saciarse con una cubeta de agua, su sed lo colocó en esa frontera donde la embriaguez adviene paulatinamente.

—Estoy de acuerdo con la Flaquita. Quién me asegura que no me toparé con alguno de esos tipos —les hablaba a todos poniendo énfasis en Gert— Seremos buzos de la cuadrilla del Negro... y el Negro tiene muchos enemigos.

Intercambiaron miradas, gestos de preocupación y desacuerdo. Conocían bien a Ian: de estar convencido, no pararía hasta persuadirlos. Alma Grande, el menos entusiasmado con la idea de portar pistola, llamó al vendedor ambulante de charales secos. Se levantó de la mesa y, arrinconado en una esquina de La Ribera, encargó la botana. Ian notó la huida sutil e hizo señas a Gabriela y a Gert para ponerlo en ridículo.

—¿Creerá que no nos dimos cuenta?

Nadie respondió. Ian levantó una moneda plateada del suelo y la lanzó

con fuerza hacia Alma Grande. La moneda le pegó justamente en la oreja.

—No te desentieras, cabrón, estamos decidiendo cosas importantes y te haces pendejo comprando charalitos.

Alma Grande se retorció de dolor sin quejarse. Pagó al vendedor y regresó a la mesa. Puso los charales al centro sin ocultar el enojo. Ocultaba la cara bajo la visera de su gorra negra bordada al frente con la lengua roja y obscena del logo de los Rolling Stones. Ian notó su disgusto y lo palmeó en la espalda.

—No te enojas, cabrón, era broma.

Alma Grande agarró la mano de Ian torciéndole los dedos a tal punto que los demás pensaron que se los rompería.

—Pues que sea la última vez que me haces otra broma de estas, a la próxima te dejo manco.

Callaron, incómodos por el enfrentamiento, al mismo tiempo exteriorizaron su apoyo a Alma Grande con miradas empáticas y ademanes cómplices. Terminaron de comer en silencio, dejando aflorar destellos de desconfianza por el rabillo del ojo. A última hora decidieron cargar pistolas y seguirle la corriente a Eddie. Estas fueron las armas y los nombres que les pusieron:

Gabriela: Pequeño Bill, revólver calibre .22 corto Smith & Wesson. No le interesó tener otra.

Ornar Koch: Tío Alberto, Luger 9 mm. propiedad de su abuelo. La pistola la robó de la caja fuerte de su padre, quien jamás indagó por su paradero.

Ian: Harry, Magnum 44. Supo que la quería cuando descubrió a Harry Callahan empuñando un arma igual.

Gert Koch: Capricho, Colt 45 automática. No le importaba el tipo de arma salvo que fuera automática.

Alma Grande: Roseta, Glock 17. Desde el enfrentamiento con Ian, le daba seguridad saber que su pistola tenía muchas balas.

Axel Koch: Laca, Beretta 92. La consiguió con un sardo desertor.

Eddie: Little Sophie, minirrevólver .22, del tamaño de un cigarro. Regalo de Ian para que no tuviera celos de Gabriela. Él mismo la bautizó así por pequeña y discreta.

20. RETORNO A LA SEMILLA

EL TIMBRE DEL TELÉFONO A LAS TRES DE LA MADRUGADA

Michael esperaba a Eddie en el balcón de su estudio. Mientras lo hacía notó el papel tapiz agrietado, despegándose de las esquinas del techo. Continuaba con la ropa de dormir, mas era el tercer café del día. Decidió trabajar enfundado en su pijama de franela. El día nublado y la baja temperatura lo convencieron de no cambiarse como lo hacía usualmente. Corroboró la hora en el reloj de piso. Eddie estaba retrasada; hasta entonces había sido puntual y no le pareció de buen gusto llamarla. Sin darle importancia al retraso empezó a trabajar —sin poder concentrarse- en su colaboración para The Wall Street Journal. Vigilaba el reloj cada que podía, en tanto, agudizaba el oído esperando escuchar a alguien cruzar el umbral de la puerta, Eddie llegaba a las nueve de la mañana; ya eran las doce. Decidió marcarle, tomaría como pretexto la preocupación. Había aprendido a no ser tan directo como lo son usualmente los neoyorquinos. Alzó el pesado auricular de su teléfono antiguo y marcó. Justo giraba los números del discado cuando escuchó la llave en la cerradura. Colgó de inmediato. Eddie se disculpó por el retraso. Lo puso al tanto de su larga noche de insomnio y la efectividad de los somníferos. Michael no reclamó la tardanza, le ofreció un café.

Llovía. Michael y Eddie esperaban en la cocina el silbido del agua hirviendo; tiritaban de frío. El aguacero no invitaba a trabajar y ambos lucían desganados. El viejo refrigerador inundaba la estancia con su zumbido; competía con las gotas de agua golpeando contra el vitral del techo. Michael sirvió el café en dos pequeñas tazas de porcelana. Sin planearlo, al escanciar el líquido humeante, le preguntó a Eddie quién, le había llamado aquella

noche en la cual decidió contarle todo. Ella esbozó una sonrisa antes de murmurar el nombre.

Quien llamó a Eddie fue Gabriela. Con su voz ronca, fruto de tres cajetillas de Marlboro al día —pues ahora de adulto fumaba más—, le advirtió que Ian estaba muriendo y quería contarle todo. Más por su mudez que por el puente inalámbrico, Eddie y Gabriela permanecieron unidas en una alternancia de respiraciones. Ninguna osaba romper el silencio, lo único que sostenía la inexistente conversación. No hablaban, tampoco se atrevían a colgar, se mantenían enlazadas frente a frente aunque sin mirarse, cada cual recordando a la otra en aquel último día en que se despidieron en la estación de trenes.

Una y otra, con el teléfono en la mano, tuvieron la misma evocación: Eddie desviando la mirada, cargando sus pocas pertenencias. Gabriela igualmente bella, pero con el vientre deformado por cinco meses de embarazo. Se despedían en el andén.

—No volveré —advirtió Eddie.

—Nadie quiere que lo hagas —respondió Gabriela con resentimiento.

—Sabes bien lo que pasaría si me quedo —replicó esperando comprensión.

Gabriela asintió sin emitir palabra. Entonces Eddie dejó caer las maletas al empedrado y, por impulso, abrazó a su amiga intentando ceñirla a su cuerpo, a pesar del pequeño vientre que albergaba al hijo de Ian —el cual perdería años después en el accidente del autobús escolar.

—Ian me asegura que no tiene el dinero —dijo Gabriela.

—¿Y cómo sabes que no miente? —refutó Eddie.

Aquella despedida en la estación de trenes pendía entre las líneas telefónicas. Aunque reconocían sus voces a pesar de los años, hablaban con la cautela de quien conversa con un extraño.

—Si no vienes, Ian va a contarle todo -amenazó Gabriela.

—Que lo haga —arguyó Eddie— yo no tuve nada que ver.

—Se está muriendo —insistió Gabriela—, no te cuesta nada.

Gabriela estaba a punto de convencer a Eddie de regresar al puerto, a ese rincón salado con el que ya no tenía nada que ver. Aún sentía la humedad pegajosa mientras dormía, el vaho caluroso de las suradas del verano

dejándole en los labios ese tenue sabor a sal. Treinta años atrás sin volver. Treinta años de cortar todo vínculo. Pero su tierra se negaba a dejarla partir del todo y Eddie lo sabía, por eso no miró hacia atrás. Allí abandonó la tumba de sus padres, el amor por Gert, la generosidad de Alma Grande, la lealtad hacia Gabriela y el suicidio de Mauro. Únicamente llevó consigo la traición, el deseo de revancha, el puñal hundido en la espalda por aquel en quien más confiaba.

Eddie prometió a Gabriela comprar su boleto de avión cuando tuviera en sus manos una carta de Ian responsabilizándose por todo. La carta-confesión tardó dos semanas en llegar, tiempo suficiente para que Eddie fraguara su siguiente movimiento.

Las luces en el departamento de Michael parpadearon hasta apagarse. Los cables de electricidad en el centro son viejos y están en mal estado. Temporales como el de ese día podían dejar varias manzanas sin luz por largo rato. Michael tomó un quinqué original del siglo XIX —comprado a un coleccionista obsesionado con lo decimonónico— y lo puso sobre la mesa. La habitación heló, ambos acercaron sus manos a la bombilla sin quitar la mirada de la flama.

21. TRAEMOS NOTICIAS DEL MUNDO DE LOS MUERTOS

LA CARTA-CONFESIÓN DE IAN

Querida:

Así es, querida, aún, a pesar de la cantidad de años que nos han pasado por encima, mi cariño por ti, por todos, inclusive por el pequeño Mauro, por Camilo y por Gert, continúa intacto. Nunca entendí por qué nos diste la espalda aunque tengo claro cuándo comenzaste a hacerlo. Al mismo tiempo que iniciabas los talleres en la Escuela de Bellas Artes. Tomaste ese aire autosuficiente cuando mencionabas algo que estabas leyendo. Sin ofender, a nadie nos interesaba, pero bueno, le dábamos chance a la Flaquita. No me había atrevido a escribirte porque sabía que romperías mis cartas antes de abrirlas. Si esta la lees es porque ardes en deseos de que te excluya de toda responsabilidad. Ah, qué chingo na, Flaquita, ¿todavía estás flaquita? Yo tengo otra versión de los hechos, todos tenemos una diferente, ¿no se supone que es así? Recuerdo aquel cuentito tuyo que nos leíste un día en el yate del Negro. Se trataba de una misma situación narrada desde tres perspectivas diferentes. Dando tus primeros pasitos, dabas gracia. Recuerdo bien el final de aquel cuento. «Toda historia tiene tres versiones, la mía, la tuya y la verdad.» Bueno, pues yo tengo la mía y en la mía eres una cabroncita. Los siete sabíamos lo que estábamos haciendo, dónde nos metíamos, Gert también. «Dejarse llevar por el mar», ese juego que inventé, ¿en verdad lo inventé yo?, era una tontería de machines. Tú y la Gabriela, tan machines como nosotros, no te hagas. El juego nos aburrió pronto, no sólo a mí, también a ustedes. ¿Ya olvidaste la broma aquella tarde en el Estero mientras

nos echábamos unas cervezas? Yo te la recuerdo. Dijimos que con un ciclón categoría cinco solamente habíamos conseguido la herida de Gabriela en la pierna, pues qué chiste seguir jugando. Habíamos perdido la emoción, toda posibilidad de riesgo y el riesgo era lo que nos mantenía vivos, ¿o ya no lo recuerdas? Yo no era el único que se estaba aficionando al peligro. Por eso compré al Pequeño Bill, me estaba haciendo falta más adrenalina. ¿Pero acaso yo les ordené que consiguieran pistolas? Eso fue idea tuya. ¿En qué momento fui yo quien los obligó al negocio de los galeones sumergidos? En fin, bien lo escribiste en tu cuentito, Flaquita, tres versiones de la historia, únicamente que en esta hay siete. De repente sé de ti por la Gabriela, es la única que me da las vueltas a mi casa, ya no salgo, no tengo ánimo y siempre estoy cansado. Desde la muerte de Gert los Caimán no me dirigen la palabra. Hasta eso, no me fue tan mal con ellos, pensé que me matarían, pero no, no quisieron hacerlo. Se conformaron con verme destruido por su tío, el Negro, con todas las oportunidades clausuradas mediante amenazas y sobornos. Perseguido y golpeado en mi propio puerto por policías corruptos. Hubiera preferido que me mataran. Me aislé del mundo. Es bien jodido vivir con miedo. Al día de hoy puedes ver a Ornar y a Axel gordos y alcohólicos, hechos una ruina, jamás superaron la muerte de Gert. ¿Te contó Gabriela lo que tengo? Me quedé sin riñones, mi cuerpo rechazó el trasplante que, por cierto, me lo donó Gabriela. La diálisis ya no funciona como quisiéramos, mi cuerpo retiene toxinas sin que yo o los médicos podamos hacer nada. Te recuerdo con tu traje Speedo rojo, corriendo por la arena, muy acá, bien valentona, esperando a que Geit volteara a verte, pero no, jamás le atrajiste. Le caías bien, le parecías chistosa, buena onda y demás, pero al Gert le gustaban las mujeres de senos grandes y femeninas, como Gabriela, no las chamaquitas marimachas con cuerpo de tabla de surfear. Perdón si el comentario suena a mala onda, pero estoy escribiendo contra mi voluntad. No siento ser el único responsable de la muerte de Gert, a mí también me dolió. Los dos lo matamos un poquito. No entiendo tu insistencia si ya es, como dicen los abogados, cosa juzgada. No hubo culpables, fue un pinche accidente. En fin, si esto te da alguna especie de cierre o de serenidad, lo haré, total yo moriré pronto, así que puedes quedarte tranquila; toda la culpa es mía. Por medio de esta carta tomo responsabilidad completa por la desafortunada muerte de Gert Koch Martínez y el robo de los doblones saqueados del galeón Nuestra Santa de Alba. Con esto cumplo mi parte del

trato. Ahora falta ver si tú tienes palabra. ¿Cuándo te espero en nuestro querido terruño, Flaquita?

El de siempre, el Ian

Cuando Michael leyó la caita de Ian no supo qué pensar. «Un descuido imperdonable de Eddie», juzgó. Por no decir descuido conveniente. La carta estaba escrita en una hoja blanca doblada en tres partes metida en un sobre con el remitente y el apartado postal en tinta azul. La misiva había sido impresa en computadora. Michael la tomó desbordando curiosidad, aunque le avergonzaba leerla. No consideró el descuido de Eddie suficiente razón para escarbar en su intimidad. Algo le decía que el olvido fue voluntario, con el propósito de que él la descubriera, entonces se trataba más bien de una invitación a husmear en su privacidad. Cualesquiera que hayan sido los motivos de Eddie, resolvió leerla. Después de hacerlo la reembolsó en el sobre y la acomodó sobre el escritorio como si nada hubiera pasado. Michael intuía que, si bien la carta pudo haberse caído u olvidado, no había sido fortuitamente.

22. MAL PRESAGIO

LA PRIMERA INMERSIÓN CON EL NEGRO

El siguiente domingo, Eddie y sus amigos navegaron en El rey Midas a la caza del oro ambicionado por Ian quien, al igual que los conquistadores, padecía esa rara enfermedad que sólo se cura con el oro. Eso les decía socarronamente mientras mostraba sus muelas cubiertas de metal dorado. Eddie e Ian, mejores amigos al fin, indivisibles dentro del mismo grupo, parecían predestinados a formar una dupla de exploración, pero Eddie dudaba. Tenía una corazonada.

—Sabes que con el Negro no se juega —le dijo Eddie arqueando las cejas.

—Tranquila, Flaquita, no voy a hacer nada que pueda meternos en problemas —le aseguró.

Ian podría ser el mejor amigo de Eddie, sin embargo, su cariño jamás fue obstáculo para mirarlo sin adornos, sabía que era estúpido por creerse más inteligente de lo que era, cuando en realidad le costaba saber la diferencia entre inteligencia y malicia. Quienes se creen muy listos son los primeros en caer y, a modo de fichas de dominó, paradas en hilera, terminan arrastrando a quien se cruce en su camino.

Durante la primera inmersión no hallaron nada. Eddie, mediocre en el buceo, apenas lograba bajar los metros dominados por sus amigos. Imposible seguirles el paso. Los miraba alejarse como peces, mientras inevitablemente ella giraba hacia arriba en busca del cobijo de la lancha, en ese momento lo más cercano a tierra firme. La imagen lejana de la lancha sobre la superficie del mar le angustiaba. Eddie permanecía flotando en medio del camino, entre

la luz del sol estremecida por el efecto del agua y los cardúmenes que pasaban por debajo de sus aletas. Invariablemente deseaba regresar. Nadar hacia la luz del sol con la rapidez prohibida por las reglas del buceo con tanque. Subir a la lancha, encender el motor y alejarse del mal sabor de boca que Ian había comenzado a provocarle. Mas ese domingo fue diferente, ante sus bravuconadas decidió reprimir el miedo y llegar hasta el fondo con ellos para así refrendar su lugar en el grupo.

—Uy, la Flaquita se va a atrever —exclamó Ian al apretar con fuerza su mejilla—, si te apendejas ni creas que regreso por ti. Eddie le retiró la mano con un golpe. Fue la primera en lanzarse, el resto lo hizo detrás de ella. Ian nadó rápidamente para rebasarla y hacerle una seña obscena con la mano.

A pesar de escudriñar rápidamente la zona ordenada por el Negro, no hallaron ningún galeón. En pocos minutos supieron que allí no había nada. Gert señaló hacia el yate para iniciar el regreso. Entonces Gabriela viró a otro punto mostrando a todos su reloj. Aún quedaban veinticinco minutos si nadaban parsimoniosamente, sin agitarse. A unas brazadas de donde ancló El rey Midas había una pequeña depresión de diez metros de profundidad y varios metros más al noroeste se pronunciaba el abismo inexplorable. Axel se encogió de hombros antes de seguir a Gabriela. Los demás intercambiaron señas y decidieron unírseles. Desde la plataforma únicamente se distinguía la oscuridad abisal. La luz del sol no llega más allá de doscientos metros y a los treinta empieza a mermar. Ian descendió, seguido por Eddie y Omar, a una meseta cinco metros abajo. Reunidos allí los embriagó la sensación de placer. Gert, Gabriela, Alma Grande y Axel nadaron hacia ellos.

Axel, inesperadamente, desplegó algunos pases de baile de Fiebre de sábado por la noche. Por sus movimientos adivinaron que bailoteaba alguna canción de los Bee Gees, grupo aborrecido por ellos al igual que la música disco. En ese momento les sonó divertido. «You Should Be Dancing» surgía desde la hendidura más profunda de la depresión natural. Al menos eso aparentaba escuchar Ian, quien tomó a Eddie de las manos para bailar en pareja, La pequeña meseta natural se convirtió, por minutos, en una disco, de esas que los siete juraron no pisar. En un paso de baile Ian hizo girar a Eddie y, al estar nuevamente de frente, ella notó una pequeña flama sobre la cabeza de su amigo. Embelesada por la llama, detuvo el baile e intentó agarrar el fuego, al hacerlo revolvió las burbujas de aire desprendidas por Ian. De

pronto, la pequeña flama creció e invadió el cuerpo de su amigo en una imagen similar a la de la Antorcha Humana de Los 4 Fantásticos. Omar revisó el reloj y convocó a todos para el ascenso. Eddie continuaba abstraída en el cuerpo envuelto en llamas de Ian. Al darse cuenta de que no reaccionaba, él y Gert la ayudaron a salir haciendo las paradas necesarias para la descompresión. La embriaguez de la narcosis por el nitrógeno a presión se diluyó conforme emergían.

Subieron a El rey Midas pensando que no habían nacido para desenterrar galeones naufragados. El Negro los recibió con manjares, de esas exquisiteces que si se les antojaba en un restaurante, debían pedir permiso a sus padres para ordenarlas. En una mesa blanca de plástico, sobresalían platones con patas de cangrejo, colas de langosta, ceviches de pulpo, camarón y caracol. Al lado de la mesa estaba la hielera abierta con cervezas y botellas de vino blanco bajo la escarcha.

El tío de los Caimán consintió a los muchachos a fin de compensar la desilusión del primer día de trabajo. Para animarlos compartió recuerdos de sus primeras inmersiones, tan frustrantes e improductivas como la de ellos.

—Y véanme ahora —indicó con tono fatuo, pagado de sí, erigiéndose en ejemplo.

Fue cuando Eddie supo que algo no saldría bien. Lo intuyó en la forma que Ian miró al Negro cuando este dijo, «y véanme ahora». Lo adivinó por su sonrisa tonta, la mueca complaciente de quien ha descubierto su modelo a seguir. Eddie ignoró el mal presagio; era demasiado tarde, había consentido unírseles sin reservas.

23. ENCUENTROS, DESENCUENTROS

LOS OTROS SÁBADOS DE EDDIE

El Círculo de Lectura iniciaba a la diez de la mañana y culminaba a las doce. Lucía le pidió a Eddie que la acompañara de compras a la plaza comercial. En principio, el plan no le atrajo pero su cercanía la emocionaba. Aceptó la invitación y le pidió a la directora de la Escuela de Bellas Artes que la esperara cinco minutos. Cruzó la calle a la fuente de sodas donde ya estaba Ian trepado en su moto. Se disculpó con su amigo dando explicaciones de más, culpabilizándose por cambiar de plan a última hora. Ian arrancó su Honda 500 haciendo malabares con la pura intención de molestar a Lucía, quien lo barrió con la mirada como si fuera un delincuente.

Los ventanales de la plaza comercial exhibían postales asépticas de una provincia con poco quehacer el fin de semana. Se trataba de la primera gran plaza comercial en el puerto. Novedad obligada para quienes jamás habían ido a una. Referente necesario para los viajeros que solían comentar su parecido a tal o cual plaza de la capital o lo pequeña y ordinaria que era comparada con las de Estados Unidos. Con todo, en el centro comercial se daba cita una ciudad sumida en el hartazgo.

Lucía necesitaba un vestido de noche para la boda de su sobrina. Mientras entraban y salían de tiendas, le contó a Eddie que tenía dos hijas estudiando en el extranjero a quienes echaba de menos. Eddie hablaba poco, temía hacer algún comentario tonto o inadecuado. Rumiaba para sé «¿cómo le demuestro mi inteligencia?», sin hallar el momento idóneo para asestar sus comentarios irónicos.

Lucía se probó un vestido color aguamarina, alto del frente y con una abertura en la espalda hasta la cintura. Eddie se imaginó enfundada en uno

igual, caminando graciosamente y atrayendo miradas masculinas. Lucía notó su vislumbre de ensoñación. Habló secretamente con la vendedora, quien al cabo de un momento apareció con otro vestido para Eddie.

—Pruébatelo —le dijo Lucía con gesto imperativo. Eddie permaneció tiesa, sumida en su urdimbre de pensamientos.

—Ándale, que no tenemos toda la mañana.

Eddie tomó el vestido y entró al probador. Pasó varios minutos parada frente al espejo sin despojarse de su ropa. Juzgó duramente su imagen. Colgó en el perchero el vestido strapless de tela vaporosa y color salmón.

—¿Cómo te quedó? Sal para que te vea —gritó Lucía desde afuera del vestidor.

—Un minuto.

Se vistió rápidamente sin descalzarse, luciendo impropiaemente el elegante atuendo sobre sus acostumbradas botas de minero. A Lucía le gustó cómo le quedaba el atuendo, mas no las botas y el cabello.

—¿Te gusta? —interrogó Lucía—, ¿sí te lo vas a poner?

Eddie asintió a las dos preguntas. Sin decir más, Lucía pagó ambos vestidos y dio a Eddie el suyo. Después entraron a una tienda de calzado donde Lucía compró zapatillas para ambas. El destino final fue la estética. La madre postiza preguntó a Eddie si se dejaría pintar y peinar. Ella negó con la cabeza.

—Piensa que es un juego o para una fiesta de disfraces— Lucía le señaló, en el catálogo de peinados, un corte de cabello más arriesgado del que traía en ese momento.

—Sí, pero yo decido cómo -advirtió Eddie repentinamente.

—Me parece justo —respondió a gritos, con su voz viciada por el ruido de las secadoras de pelo.

Eddie le mostró al estilista de peinado más extravagante -levantado en dos olas descomunales a punto de tocarse en una misma cresta— la fotografía del corte que había escogido para ella. El joven le emparejó el cabello en ambos lados, respetando las mechas en la coronilla. Luego lo alació con tenazas calientes. Eddie sonreía feliz, prodigándole sinfín de ternuras a Lucía, quien no perdía detalle. Al final del corte, se levantó de la silla una pequeña Nina Hagen con el maquillaje negro en los párpados y el cabello asimétrico y picado.

—¿Qué le parece, doña Lucía? —preguntó el estilista sin disimular su orgullo.

Lucía sonrió en franca aprobación. Salieron juntas, abrazadas, caminando onrdamente por los pasillos de la plaza comercial.

Lucía escondió el motivo ulterior por el que invitó a Eddie de compras. Cavilaba distintas maneras de acercarse lo suficiente para entrometerse en su vida. No aprobaba la relación de su pequeña amiga con «el bigotón ese de la moto». Su estómago se estrujaba cada vez que Eddie montaba la Honda 500 e Ian aceleraba sobre la rueda trasera, escupiendo fuego con el obturador abierto del escape. Sin embargo, convivieron tan bien que eligió no arruinar el momento. Conocía poco a Eddie, lo suficiente para darse cuenta de su introversión y carácter volátil. Adivinaba que se enfadaría si pensaba que la invitación fue un intento burdo de manipularla, aunque hubiese sido con buenas intenciones. No sería tema fácil. Cazaría el viento favorable para externarle las preocupaciones propias de una madre que, si bien era postiza, representaba perfectamente su papel.

24. DE ALAS ROTAS

LAS TEMPRANAS CAVILACIONES DE MICHAEL PARKER

Seis de la madrugada. La sombra nocturna se escurre por calles, parques y edificios. Todavía no amanece pero ya sabe a mañana. A esa hora se percibe cierto movimiento en los laberintos de concreto. Estudiantes y trabajadores inician traslados de una o dos horas para asistir a sus destinos. Michael, desde el balcón de su departamento, observa la naciente rutina de la ciudad despertando. Bebe café humeante de la taza que Eddie le obsequió días atrás. Divaga en su propio laberinto de preguntas. Se cuestiona si Eddie es digna de confianza. ¿Qué cosa puede ser tan grave para romper definitivamente con un grupo de amigos que se veían a sí mismos como familia? Una familia escogida, formada por decisión propia y no por azares genéticos.

Michael terminó el café y salió a dar su caminata habitual por las calles del centro. A esa hora el movimiento todavía no despuntaba en toda intensidad. Podía vagabundear sin tropezar con transeúntes y vendedores. Caminar, para él, significaba adentrarse en el subterráneo de sí mismo. Allí donde las emociones se entremezclan como colores, dando matices familiares y también irreconocibles. Michael no creía en el acto de contrición, pero sí en detenerse por momentos antes de seguir adelante. Si miraba hacia el pasado y recordaba su infancia, lo inundaba una ternura abrasadora por aquel niño que fue. La mayor parte de sí mismo la construyó conscientemente. La otra se forjó con acero y miel, ingredientes de la vida. Desde pequeño, los libros y el cine fueron su abrigo y refugio. Lo leído y visto en la pantalla le condujo a preguntarse qué tipo de hombre quería ser. Así escuchó el llamado a la errancia, a la vida nómada, moviéndose sin cargas pesadas, exhortado por su

paso efímero en el mundo. «¿Podría por eso no ser digno de confianza?», se pregunta, mas no se responde. Siempre el primero en irse. El primero en dejar claro su no pertenencia a ningún lugar.

Michael continuó la caminata matutina. Escarbaba en su cabeza el tema para su siguiente columna, Postales citadinas. Escribía para un periódico local de mediana circulación. Se internó en el callejón ubicado a tres cuadras de su edificio, junto al mercado de víveres exóticos. A las seis aún deambulan adolescentes ofreciéndose a hombres deseosos de subirlos a sus automóviles. Michael conocía a varios muchachitos de por allí. En ocasiones desayunaba con ellos en el mercado y los entrevistaba para su columna. Saludó de lejos a Lino y Cario, nombres de batalla, y se preguntó qué sería de ellos cuando tuvieran su edad. Después de conocer sus historias familiares fue imposible no conmoverse; sólo quien tuviera corazón de granito podría permanecer indiferente tras escucharlas. Con todo, Michael se abstuvo de cometer algún error en aras de la empatía. Dejó claro que no se trataba de un turista al que podrían explotar.

Michael deambuló media hora más. El cielo clareaba. Pensó en Eddie cuando retornaba a su departamento, en lo importante que se había vuelto en su vida y en que, quizás, era la primera persona con la que le gustaría mantener una relación a largo plazo. Una amiga, como dicen, para toda la vida. Una amiga digna de su confianza.

25. PODEROSO CABALLERO

EL PRIMER BOTÍN

El cielo raso cobijaba las naves a punto de zarpar del embarcadero. Ninguna nube empañaba el manto claro de su azul. Eddie, recostada en la proa de la lancha, se untaba aceite de coco para ennegrecer su piel ya curtida por el sol. La música sonaba tenue, lejana, como si viniera de otra embarcación. Eddie cerró los ojos, por momentos fingió que navegaba por placer. Mecida por las olas, salpicada de agua salada, soñó un destino diferente al de sus amigos. Se imaginó lejos, en un país de clima y paisaje distintos, en medio de un bosque de pinos, abetos y abedules.

—Aquí es, este es el punto que indicó el Negro —gritó Saturnino, esfumando la fantasía de Eddie.

Acudieron a la popa, empinados, con medio cuerpo colgando al mar, Eddie, Jalil —historiador experto en numismática— y el resto intentó situar aquello señalado por Saturnino; imposible percibir el galeón a la profundidad en que estaba deshecho. Ian enfundó con dificultad su traje de buzo; había engordado. Escupió en el visor para evitar que la humedad empañase la visión. Abrió la válvula del tanque y se preparó para el descenso.

—Es para hoy —dijo antes de zambullirse en el mar.

Saturnino abrió una cerveza sin prisa; él no formaba parte del equipo de buceo. Fue de los primeros pescadores en conocer al Negro, su guía en la región de galeones y quien le enseñó a bucear a pulmón, pero jamás aprendió a hacerlo con tanque. Saturnino le tomó cariño al joven aprendiz de buscador de tesoros. Sus dos hijos renegaban de la vida de pescador; a los dieciséis años se fueron de espaldas mojadas siguiendo sus propias ilusiones. Cuando

Saturnino conoció al Negro también conoció al hijo que le hubiera gustado tener; atento a sus palabras, escuchando sorprendido sus saberes. «Nunca es bueno llevar mujeres en las embarcaciones, son liosas y la mar se encela. No debes navegar en viernes, ese día crucificaron a Jesucristo. Las flores son señal de mal agüero, así invitas a la muerte a tu barco.» A esa edad el Negro seguía sus consejos al pie de la letra, si bien con los años se dio cuenta de que eran supersticiones de pueblerinos analfabetas; aun así jamás renegó de su mentor. Poco a poco, conforme el Negro se empoderó, se deshizo de pescadores liosos y renuentes a aceptarlo como jefe. Finalmente conservó a los leales, entre estos Saturnino, único sobreviviente en la cuadrilla actual.

El Negro tomó muy en serio el rastreo de galeones. Al inicio fue la forma fácil de hacer dinero. Con el tiempo se convirtió en su pasión. Historiador nato. Dueño de una biblioteca sobre historia naval envidiable para cualquier universidad. Respetado incluso por otros buscadores de tesoros alrededor del mundo. Varios de ellos se conocían y posiblemente andaban tras los mismos galeones, debido a que su origen, sus rutas y destino final se habían documentado.

Eddie y el resto del grupo se internaron en la oscuridad marina. Bajo la superficie de los océanos, los bajeles naufragados distan mucho de lo que fueron. Su majestuosidad yace despedazada entre arena y rocas. Han perdido su forma original, usualmente queda el casco y restos de maderos. Difícilmente se hallan tesoros en el mismo sitio. La violencia del naufragio, aunado a cientos de años de corrientes marinas, los dispersa. Por ello era necesario que la cuadrilla abarcara un radio amplio. El primer doblón fue encontrado por Gabriela, el mejor buzo después de Ian; su padre la había enseñado a bajar en apnea a los seis años y a bucear con tanque de aire comprimido a los nueve. Confiada en su instinto, continuó su propio sendero recabando quince doblones. Las manos de cada buzo fueron alzándose en señal de buena suerte.

Axel cotejó con Gert el tiempo restante de aire. Quedaban algunos minutos para disfrutar. Señaló hacia la profundidad y enseguida movió las caderas sugiriendo un baile. Había tiempo para buscar el efecto narcótico del nitrógeno. Nadaron hacia el fondo, en busca de lo que Cousteau llamó la borrachera de las profundidades. Pero en esa ocasión fue diferente.

La narcosis por nitrógeno es como cualquier otra droga: no todos los

viajes son placenteros. Siempre habrá factores ajenos al impacto de la propia sustancia. Un más allá de lo fisiológico relacionado con pensamientos y emociones individuales, es decir, la subjetividad. Si bien la narcosis por nitrógeno se suscita alrededor de los treinta metros de profundidad, hay quienes no sufren esos efectos. También quienes necesitan cada vez más metros para experimentarla.

Eddie reparó en la porosidad de su piel y sus huesos. A través de cada orificio, el mar comenzó a colarse dotándola de una pesadez insostenible. Se vio a sí misma caer hacia el mundo abisal donde sólo habitan anémonas, ostras, almejas. Juró que éstas se adherían a su traje de buzo. Sus amigos, ignorantes del mal viaje de Eddie, festejaban y hacían katas de karate en el torneo de su imaginación. Eddie tuvo un ataque de pánico al alucinar una larva acuática introducirse por la válvula del tanque. Ian notó su angustia. Nadó velozmente hasta ella en el momento exacto para evitar que se arrancara la boquilla. Trató de calmarla y llevarla a la parada de seguridad. Se cercioró de que estuvieran reunidos los siete y apremió la salida. Emergieron poco a poco, haciendo las paradas necesarias para la descompresión.

En ese descenso juntaron casi setenta monedas. Estaban emocionados. Saturnino, con gesto mal encarado y sin dar explicaciones, las guardó en una pequeña caja de metal. Desconfiaron del mando con el que custodiaba los doblones. Ian y Gabriela cruzaron miradas. La tensión con el viejo y misógino pescador se había acentuado.

—Tranquilos, muchachos —les dijo Saturnino con sonrisa burlona—, que los hayan encontrado no significa que sean de ustedes. Ya se les pagará su sueldito.

Gert apretó la quijada, si ese anciano hubiera tenido treinta años menos le hubiese volteado la sonrisa a puñetazos. Jalil, el experto en numismática, tampoco apreciaba a Saturnino. Repudiaba su servilismo con el patrón. El Negro contrató a Jalil no sólo por el negocio, también para la clasificación de su lote personal de monedas. El Negro se elevó a coleccionista y adquirió ese donaire perverso de los acumuladores. Vivía temeroso de cualquier robo, con sistemas de alarma instalados en cada puerta, tragaluz y ventana. En el sótano de su casa diseñó un recinto donde hileras de vitrinas resplandecían desde el interior.

Atragantado con el coraje por no saber cómo arrancarle la sonrisa

prepotente a Saturnino, Gert apretó los puños conteniendo las ganas de golpearlo. Jalil lo notó y, sin evidenciar que el anciano tampoco le simpatizaba, intervino.

—No se pierden de nada. Estos son reales acuñados en México, aquí no hay mucho dinero, si quieren venderlos no les darán más de trescientos pesos por cada uno. Lo que realmente nos interesa es otra cosa. Andamos tras de Nuestra Santa de Alba. Ese sí que vale millonadas. Según el valor inscrito en la moneda, hasta cinco o diez mil pesos por doblón. Malbaratándolos podrían venderlos a la mitad. No está mal, ¿o no, don Saturnino?— culminó cual estocada. El viejo pescador, usurpado su momento triunfal, miró a Jalil sin responder, guardándose para más tarde.

El rey Midas atracó en el muelle. Alma Grande fue el primero en bajar y ayudar al resto. Iban erguidos, orgullosos de su proeza, con la idea de que su vida cambiaba velozmente. Ian trepó su Honda 500. Vio a Eddie perseguir a Alma Grande a su camioneta y le chifló reclamando su compañía. Eddie resopló culposa por querer alejarse. Llevaban poco tiempo de mejores amigos pero se habían jurado amistad eterna, sellando su hermandad con un pacto de sangre.

Eddie quería convencerse a sí misma de que Ian no separaría al grupo. A pesar de que acababa de salvarle la vida, se acendrabá el mal sabor de boca por el enfrentamiento con Alma Grande. Era momento de decidir a quién refrendaría su fidelidad. Con la agilidad de un revoloteo, pasaron por su mente momentos importantes al lado de Ian: su estoicismo al defenderla de quienes se burlaban de su cuerpo flaco y poco atractivo; las mañanas calurosas tirados en la playa avistando nubes en el cielo a la caza de bestias mitológicas; su generosidad ante la situación económica de Eddie; el libro de John Steinbeck que le trajo de la capital. No; imposible abjurar de Ian.

—Anda, yo te llevo —gritó desde su Honda 500.

Eddie sonrió a Alma Grande mostrando sus dientes pelones y aperlados. Él comprendió que montaría la moto de su inseparable amigo. Corrió hacia Ian después de besar a Alma Grande en la mejilla. Brincó a la moto y abrazó su vientre voluminoso. Él, como de costumbre, levantó la motocicleta sobre la llanta trasera y se alejó haciendo un ruido infernal con el escape. Uno y otro, felices por el hallazgo, comentaron a gritos interrumpidos por el viento los puntos álgidos de la inmersión, lo mal que les caía Saturnino y lo buena

que era Gabriela buceando. Ian metió su mano en el bolsillo de pantalón y extrajo algo que puso en mano de Eddie.

—Ten, te lo regalo —le dijo sin perder la atención de la ruta.

Uno de los doblones que acababan de encontrar brillaba en la palma de Eddie. Palideció. Con la boca seca y sin habla, introdujo nuevamente el doblón dentro del bolsillo del short de Ian.

—¿Desprecias mi regalo? —preguntó con un mohín de reproche.

Eddie humedeció la lengua antes de hablar.

—No es eso, simplemente prefiero no tenerlo. Mejor invítame a comer a Dos Bocas —contestó antes de cerrar los ojos para chocar su cara contra el viento.

De pronto, la alucinación sufrida por la narcosis cobró sentido. Algo ominoso surgiría del océano, algo que ni ella misma podría impedir. La Honda 500 zigzagueó entre los coches, rebasándolos con limpieza. Casi anochecía.

26. DE LA VIDA DE MICK KELLY

PRIMER IMPULSO DE PARTIR

Mick Kelly irrumpió en la vida de Eddie desde las páginas del libro que Lucía le había prestado. Y no estaba dispuesta a irse. Pensaba permanecer allí, en los pensamientos de Eddie, con su pelo de estopa, vestida con pantalones cortos, camisa azul y tenis. De todos los personajes de la novela que Lucía le prestara se identificó con Mick Kelly y John Singer. Con ella porque tenían la misma edad y hambre de cumplir sus ilusiones. Con él por su mudez.

Eddie no conciliaba el sueño. Daba vueltas en la cama sin alejar los pensamientos sobre el futuro. No era de esas personas que, con posar la cabeza en la almohada, duermen sin pagar tributo al río de voces. Pensaba constantemente en la muerte, en la relevancia que tenía en su corta historia. Aprendió de golpe que no solamente mueren los ancianos, también hombres y mujeres de mediana edad como sus padres. Y niños como Mauro.

Eddie se cubrió con la sábana de pies a cabeza. Luego, sofocada por el calor, la lanzó al piso con una patada dirigida al aire. Demasiado consciente de la vida, de la muerte, de sí misma, para no hacerse preguntas. Salió de la cama. El calor húmedo la ahogaba. Bajó a la cocina por un vaso de agua. Empinó el contenido a la mitad y el resto lo dejó bajo su cama. Su abuela le había enseñado a dormir así para alejar las pesadillas. Salió al balcón de su recámara y encendió un cigarro. Subida al barandal del balcón de la misma forma que un vaquero monta a su caballo, acarició la idea de irse del puerto. Dejar atrás muertos, amigos y familia, la poca que le quedaba.

El río de voces solía apaciguarse con el humo del cigarro, aunque a veces lo alentaba más, formando cascadas imposibles de controlar. De nuevo en la

cama, se dedicaba a soñar despierta. Viviría en países lejanos sin esposo, ni hijos. Recelaba de cualquier atadura. Ya de adulta agradecía el rechazo de Gert. Si este le hubiera correspondido, probablemente se habrían casado y concluido su vida como padres de otros teutones incontrolables, condenados a no salir del trópico. Desde su orfandad repetía que ella se iría lejos. Se enamoraría, sí, pero únicamente lo necesario para no sentirse sola. Ninguna relación condicionaría su vida. Entonces un susurro llamó su atención en medio del río de voces: «¿y si nunca logras irte?» La voz era de Mick Kelly, atrapada en su pequeña ciudad sureña, sin posibilidad de comprar un piano y dedicarse a la música. Frente al espejo contempló lo que podría ocurrirle. Se descubrió convertida en una mujer de modales femeninos e impostados, con pendientes largos tintineando glamorosamente. Sentada en alguna cafetería o restaurante, estirando la falda para cubrir con pudor sus rodillas. Vino a su mente el día en el que su tío la llevó a una tienda departamental para presentarle a un colega que la aleccionaría sobre los bienestares de la clase trabajadora. «Es bueno ser productivo», fue lo primero que le dijo. Eddie vistió formal para la ocasión: falda azul marino, blusa gris perla y zapatos de tacón mediano. Inclusive llevaba pantimedias; fue la única forma de ocultar los manojos de vello en sus piernas. El colega de su tío trató de interesarla en el trabajo. Y Eddie no se interesó. No quería volverse una trabajadora sumisa, aprisionada por horarios, pendiente del cheque quincenal y de las raquílicas vacaciones anuales. Al salir de la cita su tío la invitó a cenar en los portales. Eddie, con voz entrecortada y las lágrimas a punto de brotar, le confesó que no le había gustado ese lugar. Su tío, quien intentaba guiarla por un camino conocido por él, le recordó que la decisión sería de ella.

Eddie sosegó por segundos al río de voces y volvió a reparar en su imagen frente al espejo. Asustada ante aquella Eddie, varios años mayor y sin brillo en los ojos, derrotada por la mediocridad de un trabajo elemental, recordó nuevamente a Mick Kelly. Despejó la ensoñación y buscó el vaso de agua bajo la cama. Bebió un sorbo antes de releer, en voz alta, una parte que Lucía había subrayado en el libro: «Pero ahora no había música en su mente. Era curioso. Era como si ya no tuviese acceso a la habitación interior. A veces surgía una música breve y fugitiva. Pero ya no entraba a aquella habitación interior llena de resonancias como solía hacerlo antes».

Cerró el libro, lo había terminado, aunque no había acabado con él.

Entendió que lo conservaría. Algo pasó durante esa lectura, algo que no había pasado con otros libros. Se apiadó de John Singer, personaje que inflamó su ternura. No obstante, sólo derramó lágrimas por Mick Kelly; en realidad lloraba por sí misma.

Eddie dejó caer nuevamente su espalda sobre la cama y miró el techo por largo rato. Justo encima de su cabeza la humedad mancillaba la superficie lisa de color lila. El río de voces continuó su caudal sin detenerse.

27. ES TODO LO QUE HAY

LA PERFECCIÓN DE LAS RELACIONES IMPERFECTAS

Michael esmeró su arreglo. Había invitado a Eddie a cenar en Bleu Bistrot, lugar elegante al sur de la ciudad, parecido a todo menos a un bistró. Le pidió, como favor personal, que se arreglara. Sabía que detrás de esa apariencia desaliñada había otra Eddie, aquella con la que tropezó en el Cotton Club. Y esa noche iba decidido a preguntarle si se trataba de ella.

A Michael le gustaba cenar regularmente en restaurantes prestigiosos por su alta cocina y buen servicio. Se vestía formal, en su estilo antiguo y con clase. Esa noche llevaba un saco gris Oxford sobre una camisa azul añil coronada con un moño del mismo color del saco. El pantalón, también gris, era dos tonos más claro que el Oxford y recto hasta los tobillos. Pasó por Eddie puntualmente a la hora convenida. Timbró. Hasta el cuarto timbrado respondió su amiga.

—Dame dos minutos -se escuchó por el intercomunicador.

Michael se recargó en el cofre de su Fiat para fumar un cigarrillo. No le gustaba el olor a tabaco en lugares cerrados. Recostado sobre el coche observó la recámara de Eddie, fácil de fisgonear por ubicarse en el primer nivel. La silueta de su amiga se desplazaba ágilmente por la habitación. Sus movimientos denotaban prisa. «Para ser cena, no es puntual», se dijo Michael formando una media dona con el humo. La luz de la recámara de Eddie se apagó. Michael dio la última calada antes de pisar el cigarrillo.

Eddie apareció al final del pasillo del edificio. Michael juró que lucía el mismo vestido con el que creyó verla en el Cotton Club. Llevaba el cabello lacio y restirado en una cola de caballo que nacía a medio cráneo, destacando

un grueso collar de perlas. Se había maquillado. No se trataba de brillo en los labios y rímel en las pestañas; se pintó de forma exagerada para la ocasión, pero se veía bien. Cubrió sus párpados con sombra negra difuminada hacia el rabillo del ojo. La tez polveada con un cosmético claro resaltaba la intensidad de su mirada. Los labios delineados de carmesí, de ese color sugerido para las mujeres de la vida galante, a decir de la abuela de Michael. A pesar de lo que él atestiguaba, dudó si se trataba de la mujer del Cotton Club. Usaba el mismo vestido, pero un vestido negro, maquillaje recargado y tacones altos hacen ver bien a cualquiera. Lo sabía él que, si le daba por parrandear en fiestas de vestidas, optaba por el estilo Hepburn en la versión cinematográfica de *Desayuno en Tiffany's*, su novela preferida de Truman Capote. Si portaba el mismo vestido, la abertura de la espalda hasta el coxis la delataría.

Michael y Eddie se saludaron de beso. Encima del vestido, un abrigo negro y pesado la cubría hasta las rodillas. Michael le abrió la puerta y, extendiéndole la mano, la ayudó a subir al coche. En el camino charlaron sobre el último artículo de Michael traducido por Eddie. Ella le hizo algunas sugerencias dignas de cualquier buen editor. «Imposible librarse de las opiniones», rezongó Michael para sus adentros, si bien las sugerencias le convencieron.

Una vez en *Bleu Bistrot*, Eddie se aproximó a la mesa reservada con una altivez desconocida por Michael. Antes de sentarse le pidió ayuda para quitarse el abrigo. Al hacerlo descubrió el escote pronunciado hasta la rabadilla. No dijo nada. Se concentró en la carta de vinos aunque en realidad no estuviera leyendo. Su mente viajaba dilucidando cómo encarar la situación. Prefirió dejarlo así. Aquella noche en el Cotton Club ambos se reconocieron. Si Eddie decidió vestirse igual era casi una confesión, la manera de decirle, «sí, era yo, no me lo hagas más vergonzoso».

—¿Quieres que te ayude a escoger el vino? —preguntó Eddie.

—No es necesario, aquí siempre pido el mismo.

Eddie revisó el menú. Sin perder la atención del listado de platillos, continuó la conversación.

—¿Te conté de mi libro de relatos sobre la traición? —preguntó como quien pregunta qué día es hoy.

—No, ¿antología de varios autores? —respondió Michael ensimismado

en los vinos.

—Me refiero a un libro escrito por mí —dijo sonriendo por el malentendido.

Michael cerró la carta de vinos y la colocó sobre la mesa. Se enserió.

—No, no me habías dicho que tuvieras algún libro de relatos de nada.

El mesero se acercó para tomar la orden. Michael pidió la botella de vino tinto, ensalada de endivias y tartine de tomates rostizados. Eddie prefirió filete de salmón al horno con costra de naranja y parmesano.

—¿Por qué no me habías contado? —cuestionó sin relajar el ceño fruncido.

—No sé, casi no hablo de eso.

—Sí, pero por qué.

—No sé, no me gusta.

—¿Por qué tanto misterio? Siempre cuentas las cosas a medias, si no te gusta hablar de eso, entonces no hables de eso.

Eddie posó su mano sobre la de Michael. Lo miró con afecto, entendiendo lo difícil que ella podía ser con su obsesión de privacidad.

—¿Te imaginas cómo sería una relación de pareja sin sexo? —preguntó Eddie cambiando la conversación.

—Claro, como la del noventa por ciento de los matrimonios respetables de este país.

—Es que he podido enamorarme de alguien que no me interesa sexualmente, ni yo a él.

Michael sonrió nervioso. Percibió que hablaba de ellos, pero no se atrevió a indagar. Movía la cabeza, le brindaba sonrisas cálidas, inclusive afectuosas: mas permaneció callado. No pensaba con claridad y le incomodaba esa especie de confesión amorosa cuando era imposible sentirse atraído por una mujer. Cuando, consciente de su irrevocable preferencia, ella tampoco debía estar sexualmente atraída hacia él.

—¿Quieres que lea tu libro? ¿Has pensado en publicarlo? —Michael optó por cambiar la conversación, demostrando su apoyo.

—Están publicados —contestó Eddie-. Escribo con seudónimo. De hecho tengo varios libros publicados.

«Demasiadas novedades para una noche», pensó Michael mientras

masticaba un pedazo de pan. Bebió el residuo de su copa de vino. Respiró aliviado en el momento que el mesero se aproximó a la mesa. Colocó los platillos que cada quien había pedido y retiró el cubreplatos con histrionismo.

—Provecho —dijo a Eddie rehuendo la mirada.

Michael levantó el tartine para probarlo. Saboreó el tomate rostizado deshaciéndose en su boca. Moronas de pan cayeron sobre el mantel rojo. Se obcecó en las migajas que, a su juicio, habían formado el mapa de Groenlandia.

28. CENIZAS A LAS CENIZAS

LA AMISTAD SE QUIEBRA

Montado sobre un inflable en forma de banana en la alberca de su casa, Ian tarareaba una canción de David Bowie con los audífonos puestos. Su familia vacacionaba en Colorado y él actuaba como si fuera el patrón; en realidad siempre hacía lo que le daba la gana. Sus padres se habían resignado a que su hijo acabaría mal; contaban ya los días para largarlo.

El sol en el cénit irradiaba sobre las tejas de terracota, calentando el ambiente. Ian se dejó caer del inflable para refrescarse. Del fondo de la alberca distinguió la pequeña y delgada silueta de Eddie distorsionada por el temblor del agua, que había irrumpido en el jardín sin esperar a que Candelaria, la sirvienta de la familia Uribezalgo, la anunciara. Durante semanas acalló su mal presentimiento, sabía bien que si su amigo le había obsequiado un doblón, indiscutiblemente tendría más. No quería traicionarlo, tampoco cargar una culpa no correspondida.

—Métete, está riquísima —dijo Ian sacudiéndose el agua de la cabeza como lo hacen los perros.

—No quiero, además, no traigo traje.

Ian salió de la alberca impulsándose con los brazos. Con señas le pidió a Candelaria que le trajera otra cerveza.

—¿Quieres una? —preguntó a Eddie.

—No.

Ian recogió la toalla del césped. Se secó el cuerpo sin mirar a Eddie. Daba largas a la conversación imposible ya de eludir. Igualmente le dio la espalda y se tiró sobre el camastro. Cubrió su rostro con la toalla ignorando su

presencia. Eddie, henchida de cólera, le arrebató la toalla para enfrentarlo.

—Sé que estás robando —por fin se atrevió a decir.

—Si no es de nadie, no es robo.

—No quiero que me embarres en tus cosas.

—No pasa nada —se levantó del camastro. Se untó Hawaiian Tropic sobre su piel bronceada.

—Saturnino habló con el Negro. Ese viejo nos trae ganas. Apenas pueda comprobarte algo, nos chinga a todos.

—¿Quién te dijo?

—Gert.

Ian volvió a taparse la cara con la toalla. Candelaria se acercó hasta el camastro y colocó la cerveza sobre la mesita aledaña. Eddie, furiosa porque esperaba otra reacción de su amigo, una explicación, tal vez la promesa de enmendarse, se dispuso a salir de casa de los Uribezalgo con la misma premura con que había entrado. Sin embargo, debían reunirse en el club de yates al mediodía; antes ella encontraría a Alma Grande en el deportivo.

Eddie cruzó la estancia de casa de Ian. Las paredes, tapizadas de logros y reconocimientos de su padre José Juan Uribezalgo —famoso apneísta en su juventud- parecían venírsele encima. En el librero destacaban fotografías de su amigo cuando era un bebé. Se detuvo a contemplarlas. Una ternura inesperada la embargó al verlo como un niño indefenso. Más aún al descubrir la foto donde aparecen Omar, Gert, Axel, Gabriela, Alma Grande, Ian y ella abrazados, posando delante de El rey Midas en su primera excursión a la caza de los tesoros de las monarquías venidas a menos.

Eddie se detuvo en seco. Su rabia era fruto del silencio por no decir lo que quería decir. Sin meditarlo regresó al jardín para enfrentar a Ian, quien ya no estaba en la alberca. Lo buscó en su recámara. Conocía esa casa tan bien como la de sus tíos. Abrió la puerta de la habitación. Entonces lo sorprendió revisando una maleta deportiva con rollos de billetes embutidos en calcetines. Ian cerró la maleta y la escondió dentro del agujero que había hecho en el tambor de su cama. Eddie, paralizada al corroborar sus sospechas, se retiró sin hacer ruido para no ser descubierta. Atravesó nuevamente la estancia con el fuego de la traición consumiendo su alma.

Alma Grande había prometido a Eddie adiestrarla más en el buceo. De sus seis amigos, era el único con quien no se avergonzaba de la angustia

generada por las paredes de agua. La oscuridad de las profundidades intensifica la sensación claustrofóbica del techo virtual; un encierro líquido pero encierro al fin. Hincados en el fondo de la alberca, con los tanques de aire comprimido colgados a sus espaldas y los cinturones de lastre haciéndoles contrapeso, hacían señas para ahuyentar el aburrimiento. Se trataba de un ejercicio para principiantes, aunque Eddie no lo fuera. Lo primero que un buzo debe hacer es acostumbrarse al equipo, a respirar a través del tanque. En ocasiones, la sensación provoca el efecto de estar en un espacio cerrado y, por consiguiente, da pie a los ataques de pánico. Alma Grande creyó que someter a Eddie a varias horas continuas dentro del agua, con el equipo puesto y la visión obstruida por lapsos considerables, la ayudaría a desensibilizarla contra la ilusión de encierro.

Eddie y Alma Grande sostuvieron una conversación a señas. Ella mostró siete dedos y señaló cada uno. Alma Grande supo a quién representaba cada dedo. El medio era Gert, fácil adivinarlo: sobresalía del resto por ser el más alto. Los dedos índice y anular personificaban a Omar y Axel. El pulgar era Ian: llevaba semanas aumentando de peso. El meñique, Eddie, la pequeña del grupo. Por último. Alma Grande y Gabriela en los dedos medio e índice de la mano izquierda. Durante la conversación con mímica, Eddie reveló que el saqueo de galeones la asustaba. No se atrevió a mencionar el negocio que Ian había iniciado sin decirle a nadie. Finalmente le confió la verdad a medias.

Alma Grande ayudó a Eddie a salir de la alberca. Tenían que estar en el club de yates y se les hizo tarde. Ese mismo día bajarían a una zona de galeones supuestamente saqueada. El Negro tenía conocimiento de que aún quedaban doblones esparcidos en la arena. Esa era una de sus tácticas para deshacerse de la competencia; dispersar rumores.

Alma Grande y Eddie arribaron al club de yates. El resto ya los esperaba.

—Llevan veinte minutos de retraso. ¿Dónde estaban? —reprochó Ian. Necesitaba controlar los movimientos ajenos. Si sus amigos se reunían y él no estaba, se sentía perseguido por historias de intriga y confabulación en su contra. Recelaba de la infidencia, de la crítica a su espalda, y, más que eso, que se dudara de su posición de líder.

—Estábamos por ahí, ¿cuál es el problema? —respondió Eddie.

—El problema es que existe una hilera de cabrones queriendo nuestra chamba; si fallamos, el Negro contrata a otros— dijo señalando al grupo de

jóvenes recargados en otra lancha, una banda con reputación delincuencial.

Eddie y Alma Grande se recargaron en la proa del yate. El cielo raso auguraba un viaje sin sobresaltos. Ian rumió de lejos. No aprobaba su acercamiento. Era celoso con sus amigos, en especial con Eddie, a quien había acogido como la hermana que no tuvo. Tomó una cerveza de la hielera sin dejar de vigilarlos y bebió la mitad de un sorbo. El yate se balanceaba lerdamente por el subibaja de la marea. La proa hendía el mar alertando de su presencia a la fauna marina. Una gaviota solitaria cabalgó el viento adentrándose en el mar.

29. LO QUE NO SE NOMBRA, SUCEDE

CON EL ROSTRO DE AMIGO

Eddie llevaba su libro de relatos sobre la traición, *Perder la gracia del mar*, en la bolsa de mano; estaba decidida a obsequiárselo a Michael. Esperaría el momento propicio, en ocasiones pensaba que regalar su propio libro era descortés. «Como si la gente no tuviera qué leer», se decía. Apunto de entrar al edificio chocó de frente con Michael, quien se dirigía a desayunar. Ella, correspondiendo a la cena en *Bleu Bistrot*, lo invitó; eso iba más acorde con su bolsillo. Michael aceptó, sugiriendo una cafetería a dos cuadras, donde había probado el mejor croissant del mundo.

La incomodidad de la noche anterior se esfumó. Michael colgó su brazo sobre el hombro de Eddie. Ella, empeñada en demostrarle el desagrado que le producía el contacto físico, no hizo aspaviento. Inclusive lo abrazó de la cintura con la misma naturalidad con la que abrazó a Ian aquella tarde que lo conoció en el bulevar. Desayunaron entre bromas, tocándose de vez en cuando en muestra del gran paso que estaban dando. «La amistad no es menos misteriosa que el amor», dice Borges en algún cuento. Y algo misterioso pasaba entre ellos.

Michael y Eddie deambularon largo rato por las calles del centro. El desayuno, basto en porciones, los impulsó a caminar. Era un día nublado y caluroso, sin señales de lluvia o de cambio atmosférico. Debido al calor, las mejillas de Michael resplandecieron con tono rosáceo. Pasaron frente al *cinema Apolo*, una sala que vivió su época de esplendor cuarenta años atrás. La antigua marquesina, de motivos azules, anunciaba una vieja película difícil de adivinar por el número de letras faltantes. Eddie tomó a Michael del brazo y lo condujo hasta la entrada. El cine, cerrado años atrás, exhaló, a

través de los barrotes de metal, una bocanada fría, olorosa a orines. La alfombra polvosa, con escombros y restos de basura, daba cuenta de la ruina y el abandono. Uno y otro, asomados al igual que dos niños curiosos, pensaron en el inevitable fin de todo. Silenciados por su urdimbre de fantasmas, cada uno recordó, sin mencionarlo al otro, pasajes de su vida: Michael a su madre con el vestido color azul acero dentro del féretro; Eddie a Gert flotando sin vida en medio del océano. Al mismo tiempo, ambos buscaron la mano del otro y entrelazaron sus dedos.

—Me gustaría leer tu libro —dijo Michael con la frente aún recargada sobre los barrotes de la gruesa cortina de hierro.

—No se me ocurrió traértelo —replicó Eddie mintiendo— Prometo dártelo el domingo. Hagamos de cenar en mi casa.

Una vez en el departamento de Michael intentaron recuperar el tiempo perdido. Él estaba preocupado por el retraso de las traducciones. Ella prometió no irse hasta terminarlas. Trabajaron hasta muy noche. A Michael le gustaba supervisar cada párrafo traducido. Se quitó sus lentes de aumento y los puso sobre la máquina de escribir. Rascó sus lagrimales, desesperado por la resequedad de estar casi todo el día sin parpadear. Ninguno se había percatado de la hora. Michael se ofreció a llevar a Eddie, pero ella se negó. Si bien a esa hora ya no había tráfico, el trayecto era largo; además, no quería seguir comprometiéndose con él. Eddie pidió un taxi por teléfono. Mientras giraba el discado, le avisó a Michael que se tomaría de asueto jueves y viernes. Un viaje relámpago se atravesó en su agenda.

El taxista anunció su arribo por el intercomunicador y Eddie apresuró su partida. Tomó su bolsa de mano del perchero. Guardó los lentes de aumento en el estuche y los aventó dentro. Al hacerlo alcanzó a distinguir su libro de relatos. Cerró de súbito temiendo alguna indiscreción de su amigo.

Eddie abrazó largamente a Michael, extrañado por la fuerza con la que lo aferró a su cuerpo. Ella abrió la puerta y, antes de salir, confirmó la cita del domingo.

—Te espero para cocinar juntos.

Lo hizo sabiendo que para entonces ya se habría ido.

30. NUESTRA SANTA DE ALBA

EL MAR DE LOS ZARGAZOS

Nuestra Santa de Alba naufragó a finales del siglo XVII repleto de oro y riquezas de la Corona. El galeón nunca fue encontrado. Existían varias teorías sobre el naufragio. Algunas aseguraban que encalló en arrecifes caribeños, en la zona llamada por los marineros Quitasueños o Salsipuedes. Otros dicen que terminó hundido por piratas, inclusive se atreven a afirmar que fue botín del holandés Cornelio Holz, apodado Pata de Palo, o de Laurens Graff, Lorencillo.

Al Negro le gustaba tener público si sacaba sus libros de historia naval. Los hojeaba frente a Eddie y sus amigos. Hablaba durante largo rato como si a ellos les importara. Evidentemente los había convertido en sus jóvenes asentistas por el encanto del dinero. En realidad, estaban cansados de las historias de galeones y piratas. Querían el premio mayor, por tanto, llegaron a un acuerdo. Bucearían exclusivamente en busca de Nuestra Santa de Alba y dentro de las coordenadas marcadas por el Negro. Si no encontraban nada, igualmente les pagaría una suma por el tiempo invertido. Eddie —tanto como sus amigos— necesitaba ese dinero para alejarse de su familia adoptiva y del puerto. A partir de que se unió a su camarilla, encontró a la familia añorada, además del significado de la amistad.

Ian informó a Eddie que los siete zarparían el siguiente sábado al amanecer. Ella resolvió faltar' al Círculo de Lectura. Esperaron en el muelle casi una hora y nadie llegó. Terminaron partiendo solos. Eddie ya no se sentía bien a solas con Ian. Sus despliegues de sabiduría y cinismo la tenían asqueada. Lo escuchaba torcer las situaciones a su favor para después aparentar que nada había sucedido. «Tú, Flaquita... shhh», le advertía. Esa

mañana, mientras manejaba a gran velocidad la Zodiac de su padre, Ian no paraba de hablar. Navegaron dos horas rumbo a Ojo del Diablo, el mítico agujero azul alejado de la costa. Ningún buzo, por experto que fuese, se aventuraba a explorarlo. Los pocos osados no sobrevivieron; sus cuerpos aún yacían en el fondo.

Ojo del Diablo es un sumidero vertical en medio del mar con ochenta metros de profundidad. Solía navegarse, pero mantener la embarcación sobre el cilindro azul estremecía a cualquiera. Provocaba la sensación de pender de las fauces de algún animal mitológico; un Kraken de largo y oscuro tracto digestivo dispuesto a tragar lo que fuese. Su caprichosa formación era tan bella como peligrosa. Ojo del Diablo era una dolina ligada a mar abierto por un arbotante. El reto a vencer por los submarinistas era llegar al mar cruzando esa gruta. Para lograrlo debían descender cincuenta metros. El arco que vinculaba a Ojo del Diablo con el océano medía poco más de treinta. En realidad nadie sabía por qué este agujero azul, a diferencia de otros que hay en el mundo, resultaba mortal. A decir de algunos sobrevivientes, era debido a la extraña orientación del arbotante y a la luz que, a pesar de la profundidad, el sol continúa diseminando. Los buzos, probablemente confundidos y eufóricos por la narcosis, no encontraban la entrada al arco y pasaban de largo hacia un callejón sin salida. La luminosidad, engañosa, extrañamente persistía en el fondo haciéndoles creer que la salida estaba pronta. Pero únicamente los precipitaba a su lecho de muerte. Varios cadáveres permanecían allí sin posibilidad de ser recuperados. Cada 2 de noviembre conmovía la hilera de lanchas con ofrendas y flores para los muertos.

Ian encadenó la Zodiac a orillas de Ojo del Diablo, en la zona rocosa, poco amigable para bañistas. Eddie se recargó en el depósito de gasolina y desde allí escudriñó a su amigo mientras se preparaba para la inmersión. Había subido cinco kilos y con dificultad se puso el traje de neopreno. Revisó el nivel de los tanques e hizo pruebas a las válvulas.

—Nunca se le da la espalda a un amigo —dijo a Eddie sin quitar la vista del fondo marino.

Ella se limitó a subrayar con suspicacia cuán extraño le parecía que Alma

Grande, Gabriela y los hermanos Caimán no hubieran llegado al muelle. Ian la tomó de la mano, entrelazó sus dedos con los suyos y la condujo hasta la proa.

—¿Ves desde aquí? —preguntó señalando la cueva marina, aparentemente interminable—. Al fondo está Nuestra Santa de Alba.

Eddie soltó su mano retrocediendo al extremo del bote.

—No le avisaste a nadie —reclamó, y en vez de galeón divisó la columna azul y oscura, con paredes empinadas en su propio precipicio.

—Mira, Flaquita, como bien dijo Frank Sinatra, para tener éxito hay que tener amigos, pero para tener mucho éxito hay que tener enemigos.

Dicho esto lanzó el otro traje de buzo hasta los pies de Eddie.

—¿Qué, no vas a bajar?

Los rayos del sol, decrecidos por el alud de nubes, opacaban el firmamento. El cielo gris reflejaba su mismo color ceniciento sobre el mar. Olía a salado. Eddie se alistó de mala gana, al mismo tiempo una parvada de gaviotas inundó el cielo. La imagen le pareció reveladora. Todas volaban en formación delta, sin dejar la posición que habían escogido. Avizoró algún tipo de amistad en ello. No le pareció la analogía fútil sobre líderes y subordinados, tampoco pensó en la carencia de libre albedrío, sino en el acuerdo de una bandada de pájaros que encontraba la mejor forma de entenderse. Hubiera sido fácil negarse a bajar con Ian, mas la promesa de que Nuestra Santa de Alba fuera la solución para todos la animó a lanzarse al mar. Bajaron juntos, nadando a la misma velocidad, sin competencia o presunciones en la habilidad del buceo. Eddie sabía que jamás podría ganarle, y él no tenía público frente al cual lucirse, ni siquiera una tonina curiosa mirándolos con recelo. El agua fría a esa hora del día, el neopreno cubriendo ciertas partes del cuerpo y la caricia helada del mar colándose en los músculos de la cara eran tonificantes. Ambos llevaban su tabla para escribir en el agua. Bajaron cerca de veinte metros hasta llegar a una pequeña plataforma rompiendo la verticalidad del agujero azul. Ian escribió en el pizarrón, «no te separes».

Bajaron diez metros más hasta una cueva pequeña que había sido poco explorada. Allí había escombros. Contemplaron restos de un galeón con la emoción atravesada en el pecho. Exploraron los despojos, retrasando el momento de encontrar oro. «Quinientas mil monedas de oro y plata con valor

de millones de dólares», había asegurado Jalil. Los pedazos derruidos del galeón, tapizados de lama y óxido, eran resultado de tres siglos de hundimiento. Zozobró a finales del XVII. El tiempo, la arena y las corrientes marinas se encargaron de sepultar sus fragmentos por las plataformas y cuevas de Ojo del Diablo. Ian creía que la mayor parte de Nuestra Santa de Alba había quedado al final del agujero azul, por eso nadie había dado con el galeón.

A espaldas del Negro y sus amigos, Ian organizó expediciones acompañado del Batracio, su mentor y amigo. Algunos pescadores de Punta Peñasco habían corrido el rumor sobre embarcaciones hundidas varios kilómetros al oeste de Isla Pelícanos. Los pescadores, sin sofisticados equipos, localizaban fácilmente barcos hundidos. Con un plomo amarrado a un sedal, recoman pacientemente las mesetas marinas, percibiendo con el puro tacto si chocaban con piedras, madera, arena o metal. Un barco hundido para ellos significaba un arrecife artificial donde pescar, allí donde ya no había arrecifes naturales.

Ian indicó a Eddie que lo ayudara a mover escombros. Tal cual aseguró el Negro, los tesoros de Nuestra Santa de Alba jamás fueron sacados de las entrañas del océano. En esa plataforma había pocas monedas dispersas. Ian tomó algunas y se las entregó a Eddie. Escribió en la pizarra, «el resto hasta abajo; esto por ahora». Sin dificultad para emerger, nadaron hacia la Zodiac haciendo las paradas de seguridad para la descompresión. En la lancha, los gritos de festejo retumbaron en los islotes cercanos.

—Deja que se enteren los Caimán -gritó Eddie—, porque se los vamos a decir.

Ian arrojó las monedas a su maleta. Abrió otras dos cervezas y se acomodó al lado de Eddie.

—Flaquita —dijo en tono condescendiente-: si estas monedas son todas las que hay, nos va a tocar entonces una bicoca.

—No te metas con los Caimán —advirtió.

—No van a saberlo. Cómo van a enterarse, ¿se lo van a decir las gaviotas? Porque tú no me vas a traicionar, ¿o sí?

Retornaron en silencio, mirándose uno al otro con reserva. Eddie desconfiaba abiertamente de él, de su forma elocuente con la que quería justificar su traición.

—¿No me vas a dar la espalda? —preguntó Ian.

Eddie negó con la cabeza. Atrancaron en el muelle. Ella fue la primera en bajar y, al darle la mano para ayudarlo, apretó su brazo con fuerza y le susurró al oído:

—No te voy a traicionar pero no quiero nada, yo no estuve aquí.

Al momento que Ian iba a poner el pie en el escalón del muelle, Eddie soltó su brazo haciendo caer a su amigo de espaldas en la lancha debido al vaivén de las olas. Eddie se alejó con el estómago descompuesto, asustada porque el cielo no abría y continuaba formando ese manto plomizo presionando sus hombros.

Desde entonces Eddie e Ian se distanciaron. Ella sabía que él continuaba haciendo inmersiones a Nuestra Santa de Alba. Lo dedujo por los riñes nuevos de su Mustang, por la ropa de marca que comenzó a comprar, por El Midas II, la lancha de lujo que apareció una mañana en el club de yates y que, según él, se la habían regalado sus padres. Todos notaron la tensión y el distanciamiento entre Ian y Eddie y por supuesto el despilfarre del dinero. Nadie hizo comentario alguno, pero ella no sería la única en atar cabos.

31. THE HAPPY GIANT

LA INCREÍBLE Y VERDADERA HISTORIA DEL GIGANTE JUDÍO

Todo lo que Michael Parker conservó de Eddie era la fotografía de Diane Arbus. No le bastaba. Su acercamiento a partir de la llamada de Gabriela le procuró la ilusión de que podrían ser inseparables. Varias veces se encontraron en el departamento de ella. Eddie y su cualidad de anfitriona lo acogieron de tal forma que la curiosidad de Michael por lo que ella llamaba «la vida salvaje» pasó a segundo término. Michael dijo adiós a su amiga el jueves 27 de septiembre a las doce de la noche con quince minutos. Y, esperando reencontrarla, el domingo 30 a las ocho de la noche, tocó el timbre del departamento con puntualidad anglosajona. Le pareció raro que todo estuviera a oscuras. Insistió varias veces, extrañado porque nadie contestaba o abría. Lo primero que imaginó, sin ápice de malos pensamientos, fue que no había electricidad o quizás el timbre se había descompuesto. Corroboró la hora en su reloj y consideró prudente tocar en la portería. Don Justo salió al segundo timbrado, caminando con la holgazanería propia de los días de descanso. Abrió la puerta de vidrio y, como si lo estuviera esperando, lo recibió en la entrada. Cargaba un paquete de tamaño mediano envuelto en papel estraza. Michael tuvo un mal augurio.

—Entregó el departamento al propietario la tarde de ayer —le informó el portero.

—¿Dejó alguna dirección o teléfono dónde localizarla?

—No —don Justo negó con la cabeza—, pero le dejó esto —añadió en tono seco entregándole el paquete.

Michael no comprendía lo ocurrido, tampoco qué había hecho para

merecerlo. Su cabeza, sin asimilar la grosera partida de Eddie, latía en intervalos sincopados. Se mareó; nunca antes había sufrido ataques de ansiedad, sin embargo, supo que eso era lo que le estaba sucediendo. El vértigo le obligó a recargarse en la pared mientras un cosquilleo interno lo alteraba. Observó sus manos inmóviles con el pulso firme de cualquier hombre sin culpas. Paradójicamente, sus órganos, ajenos a cualquier certeza de inocencia, temblaban por dentro. Michael entró a su coche. Abatió el respaldo del asiento hacia atrás y se recostó con los párpados cerrados. «Qué fácil amigarse. Qué difícil hacer amigos íntimos», pensó. De ahí su dolor e incertidumbre. Recostado, con la ceniza del cigarro a punto de caer al asiento del copiloto, recapacitó en el envoltorio de papel estraza. Lo abrió sin aminorar la ansiedad. Dentro del paquete estaba la fotografía del gigante judío de Diane Arbus. En la parte de atrás, pegada con cinta adhesiva, una nota en letra manuscrita: «Con una apología». Michael colocó la fotografía en el asiento trasero. En ese momento de desasosiego determinó que, en el futuro cercano, escribiría algo sobre el gigante judío.

El gigante se llamaba Eddie Carmel. De allí el apelativo que Michael usaba para referirse a su amiga. Carmel fue un hombre ordinario signado por la enfermedad y condenado a ser tratado como fenómeno de circo. Trabajó en el famoso Ringling Brothers, donde fue exhibido como el hombre más grande del mundo. Interpretó a un monstruo en la película de serie B, *The Brain That Wouldn't Die*, y a un gigante en *50,000 B.C. (Before Clothing)*. También grabó un disco de 45 revoluciones con la canción *The Happy Giant*.

«Soy un freak», dijo a su abuela cuando tenía quince años. No exageraba: tenía manos y pies deformes, la quijada prominente y la lengua extremadamente larga. De joven aprendió a vivir acosado por miradas vulgares imposibles de disimular frente a sus casi dos metros con cincuenta centímetros de estatura. La enfermedad para el gigante judío no fue transitoria, acaso huésped dañino alojado en su cuerpo, imposible de echar. Debería ser ajeno todo aquello que nos traiciona; no es así.

Eddie Carmel murió en 1972 a la edad de treinta y seis años en el Hospital Montefiore en el Bronx. Su ataúd fue confeccionado a la medida, por lo que aun muerto seguía provocando la morbosa atención de la gente. Durante el funeral su padre no pudo decir elegía alguna en su honor. Con los años se recriminaría por no haberlo honrado. Al parecer pudo más la

vergüenza de cargar una maldición; la maldición del azar.

Retrepado en el asiento del coche, sosteniendo por encima de su cara la fotografía Gigante judío en casa con sus padres en el Bronx, Michael experimentó una tristeza germina: dolor por la vida de ese joven mirando a sus padres desde aquella distancia imposible de acortar. Lloró pese a no saber por qué. Tal vez por mirarlo a través de las palabras de Eddie. «Inadecuado ante la mirada de los otros, esas miradas que, si bien son nada, quedan impresas en el alma como huellas indelebles.»

SEGUNDA PARTE

COMO LOS PUERCOESPINES

1. TRAEMOS NOTICIAS DEL MUNDO DE LOS VIVOS

LA CARTA DE CAMILO GARCÍA MORENO

Flaquita:

No sé si esta carta tocará tus manos, confío en que Gabriela te la haga llegar. Sé que —si bien no seguido— es la única persona que contactas de vez en cuando. Perdón por no escribir antes. El suicidio de Mauro —ahora puedo enunciarlo, antes sólo alcanzaba a decir la muerte de Mauro— me apartó de la vida. Me llevó a una dimensión en la cual, pese a que la gente te rodea, siempre estás solo. Después del suicidio mis padres decidieron vivir en el extranjero, eso ya lo sabes. La forma en que Mauro murió nos llenó de dolor pero también de vergüenza. Hay algo de ignominioso en el suicidio; al menos para quienes sobrevivimos al mal nombrado cobarde. Mis padres no soportaron la lástima con la que empezaron a tratarnos. El tono condescendiente para quienes tocamos el fango de la desgracia, de la tragedia. Yo jamás juzgué a Mauro. Mi dolor, mi inminente locura —tuve un brote psicótico que será tema de otra carta—, se debió al intentar ponerme en los zapatos de Mauro. Qué tristeza, qué sufrimiento debió estarlo aquejando para tomar una decisión así y a su edad, me repetí mil veces. ¿Tomó la decisión rápidamente? ¿Sufrió en silencio durante mucho tiempo sin que lo notáramos? ¿Dudó antes de apretar el gatillo frente al maestro y sus compañeros del salón? Ponerse en los zapatos del otro sin perder la cordura es el fundamento de una empatía sana; de otra forma nos convertimos en los dolientes y sufrimos sus penas. Me volví loco por un tiempo. Madre no lo superó. Al principio, si alguien preguntaba cómo había muerto Mauro,

inventaba accidentes o enfermedades raras. Madre se quedaba horas frente a la ventana, sin prestar atención a nada, a nadie. Mascullaba sentirse bien sin quitar la vista del fresno en el jardín de los vecinos. Llegué a temer que, al igual que Joseph Wayne —el personaje de Steinbeck— creyera que Mauro había reencarnado en un árbol. Fueron días muy difíciles para nosotros, intentando cargar la pena de Madre sin tener espacio para cargar la propia. Un día dejó de comer, escondía la comida y juraba haberla ingerido. Compraba botellitas de whisky, de esas miniaturas puestas en los hoteles: sin siquiera imaginarlo. Lo supimos el día de su muerte, cuando mi padre decidió regalar todas sus pertenencias a un asilo y aparecieron casi quinientas botellitas escondidas estratégicamente en cajones, clóset y bolsas. Madre murió de un paro cardíaco; en realidad se trató de otro suicidio, pero lento. La desnutrición y el alcohol deterioraron varios órganos, entre estos el corazón. Mi padre sepultó su dolor en el trabajo. Llegando a Texas cursó otro doctorado. Se especializó en casos de pena de muerte. Peleó férreamente por la vida de mexicanos y latinos, como si en cada caso estuviera salvando un pedacito de la vida de Mauro. ¿Yo? No fui estoico como él, que sí supo darle sentido a su dolor y aceptar su responsabilidad en el suicidio de su hijo. Tampoco me dejé enjutar hasta la muerte como Madre, devorado por la apatía, la depresión y la abulia. Por algún tiempo me drogué como nunca lo había hecho. Pasaba la mayor parte del día en estados alterados, adormeciendo la pena, rehuyendo el duelo, ahuyentando la culpa que me envenenaba. La lista de «y si hubiera» aumentaba diariamente sin parar. A nadie le conté —te lo confío a ti porque la distancia y el papel me dan valor para hacerlo— que vi el cuerpo de Mauro en la morgue. Mi padre me ordenó que no lo hiciera pero yo quería darle un beso. Le di dinero al encargado del depósito de cadáveres; ya sabes, en nuestro país todo se logra con sobornos. Ver a Mauro muerto en esa plancha infecta, listo para su autopsia, me produjo un mareo tenue. Tenía miedo de lo que atestiguaría, sin embargo era él, era Mauro sin deformaciones. El orificio de bala estaba delimitado: un agujero pequeño que bien podría haber sido dibujado. Me dio gusto encontrarlo como fue en vida. Entonces lo besé y abracé hasta que entró el médico forense. Les costó trabajo retirarme de él. Todavía hoy siento tristeza, ternura, por ese adolescente que era yo, llorando inconsolablemente por el suicidio de su hermanito menor. Tampoco conté a nadie que en aquel instante percibí un olor a gardenias. Dicen que eso sucede cuando muere un santo, yo

soy agnóstico, aun así me gusta creer eso, convencerme de que mi hermanito partía a un lugar mejor donde sería feliz, donde nadie lo molestaría ni se burlaría de su gordura ni de su amor por la ciencia ficción. Después de la oscuridad llegó la luz, suena cursi pero así fue. Conocí a Bianca, mi mujer, en un concierto en Central Park, en Nueva York. El evento era gratuito, de esos organizados en verano. Texas me asfixiaba y soy partidario de quienes creen que Nueva York no es Estados Unidos, así que viajaba cada que podía. Mi padre no me negaba nada, además, estaba tan inmerso salvando vidas de migrantes para expiar su pena que trabajaba horas extras. Bianca se me acercó en el concierto. Ya de novios me confesó que le cautivó mi mirada triste, melancólica, la mirada de alguien que ha perdido algo muy valioso en su vida. No noté su belleza hasta tenerla cerca. Delgada, de cabello castaño y ensortijado, con ojos grandes y verdes como el fruto tierno de los almendros. Vestía jeans deslavados y una camiseta ajustada revelando su cuerpo delicado y armonioso. Vimos el concierto tomados de la mano, tocaba un dueto desconocido para mí en ese entonces. Indigo Girls. La música nos acercó, de pronto estábamos abrazados y dándonos un beso. Bianca estudiaba lingüística, me contagió su pasión por el lenguaje y los libros. En aquel entonces no tenía idea de qué estudiar, ni siquiera estaba convencido de querer hacerlo, ella me influenció. Estudié lenguas inglesas. Terminé leyendo como tú; quién lo diría. ¿Recuerdas cómo te hacíamos burla, Flaquita? Bianca y yo nos casamos por cuestiones legales. No tenemos hijos. No quise tenerlos, por fortuna ella tampoco. Coincidíamos en un pensamiento. Quienes tienen hijos lo hacen convencidos de que ellos sí serán buenos padres; pero no, no hay forma de serlo. Todos se equivocan tarde o temprano. Los padres les joden la vida a los hijos y los hijos se la joden a los padres: es una congénita Ley del Talión. Puedo decir que soy feliz. Bianca y yo nos hemos procurado una familia conformada por amigos con los cuales nos entendemos en lo intelectual y lo emocional. Veo a mi padre al menos cinco veces al año, nos hemos vuelto unidos, con el tiempo, hasta amigos. A veces hablamos de Mauro, sobre la edad que tendría si no se hubiera suicidado, de la profesión que hubiera estudiado, a quién se habría parecido, cómo hubiera sido de adulto. Mi padre cree que hubiera sido escritor de ciencia ficción, alguien como Philip K. Dick; aunque sin problemas mentales. Yo siempre le digo que no. Me lo imagino más metido en el cine, haciendo efectos especiales para secuelas interminables de Star Trek. De lo que no me cabe duda es que, si

viviera, sería todo un geek. Me puse nostálgico, es que todavía lo extraño. No me malinterpretes, hablamos de él no por flagelarnos, es nuestra manera de recordarlo, de honrar su memoria, de tenerlo cerca. Lo cierto es que todavía soy incrédulo de su muerte. Lo siento al lado mío. ¿Te acuerdas cómo le gustaba estar pegado a nosotros? Mejor cambio de tema porque, si no, me será imposible seguir. Hace años Gabriela me contó sobre la muerte de Gert. Lo siento mucho, sé que estabas enamorada de él; todos lo sabíamos. Me divertía que te apenara un suceso tan ordinario, así se es de adolescente, torpe y tímido. No tengo claro qué sucedió con Gert, sea lo que haya sido sé que no hubo dolo, quizá responsabilidad, pero no dolo. Quiero saber de ti. Gabriela no suelta prenda. La última vez que estuvo por Nueva York me contó de tus libros y tu vida misteriosa. De la forma en que te ocultas y cambias de residencia a cada rato. ¿De qué huyes, Flaquita?, si todo pasa. Dice el mito que esa fue la respuesta que dieron los sabios a Alejandro Magno. No recuerdo dónde lo leí, pero cuenta la leyenda que Alejandro Magno mandó a sus mejores pensadores a cavilar en algo sabio, un pensamiento que le otorgara la respuesta que buscaba con ahínco. Y eso fue lo que le dijeron: «Todo pasa». Sólo eso, «todo pasa». Puedo decirte que así es. Sé que siempre estará el dolor de haber perdido a mi hermanito en esas circunstancias. Pero ese dolor es compensado por mi vida actual, por Bianca, por mis amigos, el amor de mi padre y, sobre todo, por entender que la vida trata de eso, de perder personas amadas y conocer personas nuevas a quienes amar. Espero, de corazón, que respondas a mi carta. Envíamela sin remitente, o con Gabriela, no quiero inmiscuirme en los secretos de tu vida, sólo quiero saber de ti, saber que estás bien y que aún me recuerdas con cariño, a pesar de todo.

Camilo, tu amigo aún.

2. LA DOBLE VIDA DE EDDIE

EL SECRETO ES EL OTRO

Pasaron meses del último encuentro entre Eddie y Michael. Aún pensaba en ella, en la salida abrupta de su vida. Sobre todo, pensaba en ella. No entendía por qué se marchó así, sin despedirse. Michael la extrañaba, razón por la cual imprimió aquella fotografía que le sacó la noche del Belmondo. Ella le exigió borrarlas imágenes que le sacó, pero Michael conservó una. La colocó en un portarretrato sobre su escritorio. Burdamente, sí, más era el vestigio del paso de Eddie por su vida.

Michael se enserió en sus proyectos. Contrató diferentes traductores con quienes trabajaba impidiendo acercamiento. A pesar suyo, se acostumbró a la computadora, a mantener contacto con ellos a través del correo electrónico. Tuvo que superar parte de su aversión a lo moderno. Retomó con nuevos bríos las salidas nocturnas. Conocía efebos quienes difícilmente lograban mantener su atención por más de dos semanas. Uno de ellos, Emiliano, era hijo de Marco Bouzali, conocido corredor de arte, afamado por sus conexiones y el nivel de obra que movía. En ese medio, las relaciones son todo y el padre de Emiliano se codeaba con la gente adecuada.

Emiliano era quince años menor que Michael. Cabello hirsuto color negro y ojos azules en contraste. Acostumbraba vestir camisas de cuello mas cerradas hasta el último botón superior apretando su manzana de Adán tan viril. Amable, de ademanes finos aprendidos desde la cuna, no en escuelas de buenos modales. Emiliano fue el único en mantener el interés de Michael por más tiempo, si bien no definitivamente. Los fines de semana dormían juntos e iban de compras al mercado de pulgas. Cocinaban y bebían hasta entrada la noche. Los domingos por la tarde, Emiliano regresaba a su casa deseando la

llegada del siguiente fin de semana.

Michael no compartía sus textos con Emiliano. Algunos sábados, si se levantaba primero, dedicaba un par de horas a revisar pendientes mientras su novio dormía. Usualmente el estudio estaba cerrado. Un domingo, en el que Emiliano estaba notoriamente aburrido, entró a la oficina de Michael a hurgar. No le interesaban los libros sino saber más de su amante. Michael lo sorprendió sosteniendo la fotografía de Eddie, escudriñándola con entrecejo fruncido, intentando reconocer a la persona de la imagen.

—¿No me digas que la conoces? —Emiliano le mostraba la fotografía de Eddie.

—Sí, por lo visto tú también —respondió.

Emiliano tomó la cajetilla de cigarros y encendió uno. Michael lo invitó a pasar al balcón donde a veces desahogaba su ansia de tabaco. Recargados en el barandal de hierro forjado, dando largas bocanadas de humo, Emiliano dijo conocer a Eddie aunque no directamente. Su padre, debido al trabajo, se enteraba fácilmente sobre personas interesadas en vender o comprar obras de arte. Afirmó a Michael recordar muy bien a Eddie porque, si bien vestía elegantemente, le había parecido ridícula ataviada con un vestido negro entallado, fumando con una boquilla larguísima y exhibiendo un pesado collar de perlas falsas. Nadie creyó que fueran auténticas. Por si fuera poco, llevaba el cabello recogido en un chongo ridículo.

—Ya sabes, overdressed —dijo a Michael sin ocultar el filo de la burla—. En realidad, la palabra que me viene es anacrónica, por no decir teatral. Ni la cursi de mi abuela se aventaría semejante modelito.

Michael se incomodó por la descripción que Emiliano hizo de Eddie. Quiso impedir que la criticara. No se atrevió; finalmente, ya no eran amigos y el vilipendio de su amante era inofensivo: sin el daño de la cizaña, difamando a diestra y siniestra, imposible de detener su crecida. Emiliano encendió otro cigarro. Poco a poco su amaneramiento se tornó exagerado; arrodillado en el piso, recargó la cabeza en los barrotes de hierro forjado. Michael se acuclilló a su lado y le arrebató el cigarro para darle una calada.

—Cuéntame de ella —le pidió.

Emiliano volvió a adueñarse del cigarro, absorbió el humo con una inhalación que pretendía aspirar el mundo. Soltó la bocanada gradualmente y le contó que esa noche él llegó tarde al evento de su padre en una galería de

renombre. Aquél insistió en que cumpliera con sus invitados. A algunos ya los conocía, a otros no. Saludó a todos. Se presentó con Eddie, quien le sonrió sin decir su nombre. Emiliano, con la corrección aprendida de sus padres, le dijo educadamente «perdón, no escuché tu nombre». Eddie respondió con desenfado, «porque no lo dije». Le cayeron mal su petulancia y descortesía.

El señor Bouzali malgastaba, a decir de su hijo, demasiadas atenciones con Eddie. No se le apartó un minuto durante la noche. La escoltaba por la galería dándole explicaciones sobre cada obra. Cuando terminó la exposición, le dio su tarjeta esperando lo llamara. A Emiliano le causó desconcierto la deferencia hacia esa mujer cuya ropa y accesorios evidentemente, al menos para él, eran de manufactura barata. No era el tipo de personas que Marco Bouzali solía halagar.

Eddie subió al taxi que el dueño de la galería le pidió. Emiliano contempló su partida con desconfianza, deduciendo que era un fraude. Interrogó a los amigos de su padre sobre esa mujer. Uno dijo que se llamaba Albina y que no era de la capital. Otro lo corrigió esclareciendo que se trataba de Fabiana, oriunda de Chile. En realidad, ninguno la conocía.

El chofer de Marco Bouzali se orilló frente a la galería. Padre e hijo subieron al automóvil con una copa de vino en la mano.

—¿De dónde la conoces? ¿Quién es? —cuestionó Emiliano.

—Es la primera vez que la veo —contestó antes de sorber de la copa.

—Entonces, ¿por qué estabas pegado a ella? No tiene el tipo de alguien que pueda comprar una obra de arte —insistió Emiliano mientras daba indicaciones al chofer sobre qué camino tomar rumbo a Bleu Bistrot.

Marco Bouzali había invitado a Eddie a la galería por recomendación del señor Tarenzi, migrante italiano con gran oficio en enmarcar obras de arte. Era respetado en el medio por la excelencia de su trabajo y porque, al ser favorito de galerías y coleccionistas, no recibía pintura o fotografía sin seguro de obras de arte, lo que significaba protección para él y sus clientes. Tarenzi conoció a Eddie la tarde en la que llevó a enmarcar la fotografía de Diane Arbus valuada actualmente en casi medio millón de dólares. Supo de su autenticidad cuando Eddie mostró el seguro de la obra.

Una vez que Emiliano terminó su relato, Michael salió del estudio directo a la estancia, lugar donde colgó la fotografía que Eddie le dejara. Se recargó

en la pared y la contempló con el mismo asombro con el que, sin duda, los transeúntes miraban al famoso gigante.

3. UN WESTERN FRUSTRADO

EL CAMPO DE TIRO EN EL INFIERNILLO

Detrás de las dunas El Infiernillo, los deshechos yacían amontonados caprichosamente. Botellas y latas acumuladas en pilas de basura. El lugar era concurrido por jóvenes sedientos de fiesta bailando alrededor de las fogatas. Allí se reunían, hartos de la doctrina familiar. Por las mañanas, jovencitos educados pertenecientes a familias recatadas; en las noches, fardos desenfadados empapados en alcohol y secreciones genitales. Allí bebían, se drogaban y tenían sexo sin preocuparse por la marginación de la sociedad. Al siguiente día regresaban a ser los hijos de padres honorables, orgullosos de sus decentes familias.

De día las dunas lucían diferentes. El Infiernillo pasaba a ser territorio de Eddie y sus amigos. Subían pesadamente la cuesta empinada de arena para dejarse caer rodando, llenos de júbilo, uno tras de otro, hechos ovillo. Trepar con lentitud en minutos para luego bajar rápidamente en segundos era parte de la diversión. La otra parte la aportaban las pistolas.

Las dunas El Infiernillo eran el punto más alto en la costa; desde allí se avistaba el puerto en todo su esplendor: las islas sitiando la costera, los barcos saliendo y entrando de la bahía, los destellos del sol refractados sobre los altos edificios de espejos. Allí, alejados del mundo, se sentían más cercanos a él. Varias dunas atrás estaba el vertedero de basura rondado por zopilotes. Si muchos aleteaban en círculos, seguramente habría algún animal muerto o quizás alguna persona. Se había convertido en el sitio predilecto para botar cadáveres; también en el campo de tiro de Eddie y sus amigos. A las pocas inmersiones se dieron cuenta de lo innecesario de sus medidas de seguridad. El Negro no era mañoso y en el saqueo de galeones rara vez

ocurrían hechos violentos. El tío de los Caimán podría enfrentar la cárcel por su rapacidad, sin embargo, eso resultaba igualmente improbable.

Las pistolas estaban resguardadas en casa de los hermanos Caimán, excepto la de Ian, quien cargaba a Harry en la guantera del Mustang. En principio cada uno quería tener su arma en casa. Omar los persuadió de la dificultad de esconderlas exitosamente, sobre todo por la desagradable costumbre que tienen algunos padres de revisar las habitaciones de sus hijos. Si cualquiera de ellos hallaba la pistola, no sabrían cómo explicarlo y estarían en gran predicamento. A última hora accedieron a la propuesta de Omar. Lo último que los padres de los Caimán querían era saber en qué andaban metidos sus hijos.

Alma Grande y Axel recogieron botellas y latas. Formaron hileras sobre el tronco seco de un árbol. Los siete amigos aparejaron sus armas. Gabriela y Eddie eran las únicas con revólveres; cargaban lentamente bala por bala, bajo la presión de los demás. Cuando estuvieron listos se pararon, haciendo frente a las latas como si se tratara de un duelo. La alineación era la siguiente: Eddie parada en medio de los demás por ser la de menor estatura; del lado derecho. Alma Grande, Gabriela y Axel Koch; del lado izquierdo, Ian, Ornar y Gert Koch. Eddie recordó Los siete magníficos. La vio recientemente en programa doble. Pensó en Lee —el personaje interpretado por Robert Vaughn— justo en el momento en el que sabe que va a morir, cuando no logra capturar las moscas con la mano. Eddie miró a sus amigos flanqueándola de cada lado y fantaseó con estar dentro de esa película. Dispararon al unísono pero ninguno dio al blanco. Alma Grande rio burlándose de sus ínfulas de pistoleros. Descargó a Roseta antes de dejarla caer en la arena y se dirigió a la camioneta para abrir una cerveza.

—Qué, ¿ya no vas a tirar? ¿Fallas una vez y abandonas todo? —preguntó Ian, molesto por la desertión.

Alma Grande empujó la cerveza. Se desprendió la camiseta en un movimiento y se recostó en la batea de su camioneta para tomar el sol. Ignoró a Ian quien, humillado por el desplante, caminó hasta Alma Grande empuñando a Harry. Todos, excepto Gabriela, corrieron tras él presintiendo un mal desenlace.

—Ey, Ian —gritó Gabriela sin moverse de su lugar, intentando amainar la ira- practiquemos tú y yo, para qué quieres más.

Ian no volteó, continuó erguido, sin parpadear, hacia la camioneta. Alma Grande aguardó retándolo con la mirada, haciéndole saber que esta vez no lo tomaría desprevenido. Ian le arrebató la cerveza y la estrelló contra la arena. Los hermanos Caimán corrieron a tiempo para evitar la riña. Axel sostuvo el brazo armado de Ian. Omar y Gert apenas si pudieron contener a Alma Grande.

—¿Qué te pasa? —preguntó Axel—, ¿Por qué no quieres seguir jugando?

—Porque no es un juego —respondió Alma Grande con su recién nacida madurez—, porque no quiero usar armas, ni trabajar con el Negro. Son puras pendejadas, es más, te regalo mi pistola.

Dicho esto le entregó a Roseta. Ian consiguió soltarse de Axel, subió al Mustang y aceleró formando una polvareda de arena detrás suyo.

—Yo los llevo —dijo Mina Grande a los demás mientras subía a la camioneta.

Se acomodaron sin discutir por los lugares. Alma Grande, Axel y Eddie treparon en la cabina. Gert, Gabriela y Ornar en la batea. Axel no quiso enfrentar lo ocurrido; su devoción por Ian ya era incontrolable y estaba de su lado incondicionalmente. Prendió su Walkman a todo volumen y cerró los ojos hasta quedarse dormido.

—Eres la primera en saberlo -le dijo Alma Grande a Eddie— Mis padres quieren enviarme a Italia, con mí tía Úrsula.

Tal fue la sorpresa que Eddie no alcanzó a preguntar nada, ni siquiera pudo articular frase. Siempre pensó que sería la primera en irse. No imaginaba que alguien más acariciara la idea de alejarse del puerto; de sus playas tan bellas como hostiles, de su gente alegre y zalamera, al mismo tiempo brava e indolente. De cierta forma supo que no volvería a ver a Alma Grande y sería otro adiós en su cadena de pérdidas.

—Mi tía Úrsula puede meterme a trabajar en la empresa de su marido, además aprenderé italiano y estudiaré la preparatoria desde el inicio. Aquí reprobé todas las materias menos deporte.

Eddie continuó en silencio con la atención puesta en la grava suelta de la carretera.

—Dicen que las italianas están muy guapas, como la Cardinale —añadió buscando la sonrisa de su amiga.

—No quiero que te vayas —fue lo único que dijo.

—Yo sí quiero irme y tú deberías hacer lo mismo. Aléjate de Ian, no saldrá nada bueno, yo no estaré para cuidarte.

Alma Grande rebasó un jeep que iba a vuelta de rueda, arrastrando una lancha de seis metros de largo sobre el remolque. Eddie se acurrucó en el hombro de Axel, quien roncaba con los audífonos puestos. Esa fue la última vez que Eddie vio a Alma Grande. Prometieron reencontrarse. Nunca lo hicieron.

4. JUGANDO A LAS ESCONDIDAS

POR QUÉ HACERSE PRESENTE SI IBA A DESAPARECER

Michael terminó la relación con Emiliano atosigado por sus escenas de celos. Anglosajón al fin, no tenía paciencia para el melodrama latino aderezado con reproches, lágrimas histriónicas y boleros pusilánimes. Vivía convencido de su naturalidad para encontrar buenos amantes, también de su reticencia para allegarse a los demás de manera íntima. Recordó a Eddie y acarició la idea de buscarla. Tenía semanas reflexionándolo. Presentía que su partida no fue definitiva. Nadie abandona una obra de arte de ese valor y desaparece sin dejar rastro. Nadie, excepto si ha decidido morir.

Sin meditarlo más, Michael bajó su maleta de viaje del estante más alto del armario. Sabía cuál era el puerto de Eddie por el remitente en la carta de Ian. Echó a la maleta ropa fresca de algodón. Dos bermudas, tres guayaberas color claro y dos pares de sandalias italianas. Guardó metódicamente identificaciones, dinero y cualquier documento que pudiera necesitar durante el viaje en carretera. Era la una de la tarde; si se apresuraba, no batallaría con el tráfico de los colegios. Paró en la primera gasolinera que encontró. Llenó el tanque. Pidió que calibraran las llantas y revisaran los niveles del coche. Pagó en efectivo; evitaba el plástico por su aversión a los cajeros automáticos, a todo lo moderno. Manejó treinta minutos en la zona de cumbres, a extramuros de la ciudad. Un tramo de carretera serpenteado en subida y cercado por precipicios peligrosos. Compró un expreso en el camino y lo bebió de golpe. Retomó la carretera con energía renovada. Pasando la zona de las cumbres, el atardecer tintó las nubes de tonos amarillos y naranjas.

Michael iba preparado para cualquier situación. Encontrar a Eddie —lo

que significaría no hacerle preguntas ni reproches— o no hallarla, de hecho, lo más factible. En ese caso tomaría el viaje como vacaciones cortas. Disfrutaría la playa, la música y los jovencitos mulatos de nalgas redondas y empinadas.

Michael arribó al puerto a las siete de la noche. Entró por el sur de la ciudad, donde la carretera es delineada por la costa. Antes de dirigirse a su hotel, comió en un restaurante de mariscos en Punta Peñasco. Estacionó su Fiat fuera de la playa; tembló de pensar lo que podría sucederle con la arena y el salitre. En el restaurante lo atendió una mesera risueña que lo tuteó con descaro. Michael ordenó, siguiendo el tono confianzudo y fresco, media docena de patas de cangrejo y unos camarones al mojo de ajo. No comía carne, pero si se trataba de crustáceos rompía la veda dos veces al año. Secó su cara perlada de sudor con el pañuelo bordado con sus iniciales. Hacía tiempo que no padecía calor semejante. Recordó los veranos neoyorquinos recostado en el césped de Central Park, guarecido por las sombras de los árboles. Pagó la cuenta mientras saboreaba el último trago de cerveza.

Michael se registró en el hotel. Quería salir de noche para seducir a algún porteño necesitado de los arrumacos de un cuarentón consentidor, pero cayó en cama agotado. Encendió el aire acondicionado a dieciocho grados y se cubrió con la cobija hasta el cuello. Sacó de la maleta una antología de cuento erótico y se quedó dormido con el libro abierto sobre su pecho, soñando falos y humedades. Despertó excitado. Abrió el frigobar. Vencido por el cansancio, bebió una pequeña botella de whisky en la terraza de su habitación. En poco tiempo volvió a dormir. Los cuentos eróticos dejaron de ser importantes para el inconsciente. Soñaría otra vez, aunque en otro tenor.

Esa noche Michael tuvo el mismo sueño de meses atrás. Estaba en Nueva York, con la ciudad completamente vacía. Sintió angustia al saberse el último hombre sobre la Tierra. Gritaba a todo pulmón «¿quién vive?», sin recibir respuesta. El cielo relumbraba peculiarmente despejado, sin nubes mancillando el azul de su infinito. No había pájaros surcando el cielo. Exploró Manhattan con la mirada, sin moverse de lugar. Debajo de los automóviles, dentro de los restaurantes, a las salidas del metro, en los transportes públicos estacionados a media ruta. Entonces vio a una mujer doblar en una esquina dos cuadras al poniente. Intentó correr para alcanzarla. No pudo, sus piernas permanecieron unidas al asfalto; aparentemente

formaban parte del concreto. No obstante la pesadez de su cuerpo, trató de levantar un pie. «Espera, no me dejes», dijo sin mover los labios o emitir sonido. Lo último que distinguió fue la falda del vestido azul acero de su madre, perdiéndose al doblar en la esquina.

Michael despertó sobresaltado. Triste. Era sensible pero no del tipo que lloriqueaba por todo. Sin esperarlo, el llanto brotó. No el llanto de un hombre, sino el de un niño extraviado en la soledad del mundo. Enjugó sus lágrimas y resopló la nariz con vigor. Los rayos del sol se asomaban tenuemente entre las cortinas mal cerradas.

5. TE DOBLEGAS CON EL VIENTO O TE QUIEBRAS

LAS FICHAS DE DOMINÓ

Gert permaneció parado afuera de casa de Ian. Transcurrieron dos horas. Fumó un cigarrillo de marihuana que lo mantuvo relajado y de buen humor; no quería perder los estribos. Ornar y él habían intercambiado sospechas sobre la buena y repentina racha económica del amigo de Eddie.

A lo lejos distinguió el Mustang de Ian y lo interceptó antes de entrar a la cochera.

—Algo te traes, cabrón — acusó sin rodeos.

—¿Y ese es tu problema por...?

—Porque no voy a dejar que nos chingues y nos metas en problemas con mi tío.

—Si te contara que encontré la manera de forrarnos de lana, ¿qué me dirías?

—Para eso navegamos con él.

—Estás igual que la Flaquita. Lo que tu tío va a darnos es una limosna comparado con lo que yo encontré.

Sin consultarlo con sus amigos, Ian había realizado su propia investigación en el museo del Centro de Arqueología Subacuática. Sus padres fueron los primeros en sentirse extrañados por el interés de su hijo en visitar un museo durante las vacaciones en la capital. El oro en las vitrinas lo transportó a su fantasía de Midas, si bien ignoraba cuál había sido el destino del rey: abjurar de su mítico don porque no podía comer, beber, ni siquiera abrazar a su hija. De haberlo sabido, tampoco hubiese servido de nada.

Ian hojeó las bitácoras donde se referían las posiciones de los galeones durante el naufragio, el cargamento que transportaban y las circunstancias de la catástrofe. Leyendo comprendió los alcances del negocio. Océanos enteros son cheques de millones de dólares al portador. Galeones hinchados de oro hundidos en costas de Irlanda, Portugal, Florida o Filipinas. Se presumía la existencia de ocho mil embarcaciones españolas sumergidas, tan sólo en el trayecto conocido como la Ruta de las Indias. En mares circundantes al puerto de Eddie, naufragaron Nuestra Señora de los Remedios, Nuestra Señora de la Concepción, Nuestra Señora del Juncal y, por supuesto. Nuestra Santa de Alba. Cada galeón guardaba en sus restos la historia del naufragio. Tormentas inesperadas, ataques de piratas, tripulaciones enfermas sin posibilidad de llevar el navio a puerto seguro, mares inhóspitos sin pizca de viento y plagados de sargazos. Los más legendarios eran Nuestra Señora del Juncal, cargada con más de un millón de pesos en plata y reales del siglo xvii, y Nuestra Santa de Alba, hundida por una tormenta cuando cargaba con quinientas mil monedas de oro. Las zonas del naufragio, según los escribanos de la época, eran las mismas tuteladas por el Negro. Ian había buceado en ese lecho marino infinidad de veces y estaba seguro de que allí no había nada. Al regreso de la capital le confió todo al Batracio. Este lo puso al tanto sobre los rumores en Punta Peñasco. Si lo pobladores tenían razón, Ian y sus amigos andaban lejos de Nuestra Santa de Alba.

Fiándose Ian de la ambición de Gert, le contó su descubrimiento. Pero no estaba dispuesto a compartirlo con el Negro Koch: era su turno de enriquecerse.

—No sé si puedo hacerle algo así a mi tío. Igual debo hablarlo con mis hermanos.

—No puedes decirles a Omar y Axel. Tiene que ser un secreto, si no, el Negro adivinará que fuimos nosotros.

Gert recelaba de sus elucubraciones, la manera natural con la que Ian manipulaba a la gente, pero algo le decía que, esta vez, no estaba mintiendo.

—Te prometo que al dividir el botín lo haremos entre seis —insistió Ian para convencerlo—, tomaremos en cuenta a Omar, Eddie, Axel y Gabriela —al ver que Gert no se preocupaba para la exclusión de Alma Grande, comprensible por el reciente desencuentro, prosiguió—: pero nadie, me escuchas, nadie más debe saberlo.

El Caimán aceptó la propuesta con un apretón de manos: luego se aproximó a Ian quedando muy cerca, a un roce de narices, y lo amenazó, convencido de poder sostener su palabra en caso necesario.

—Si intentas fregarnos, yo mismo te meto un plumazo.

Ese día se celebraban los festejos de san Marcos, santo patrono del puerto. Los juegos artificiales estallaban en el cielo. Gert marchó a paso veloz. Su silueta se alejó desvaneciéndose bajo la lluvia pirotécnica que poblaba la noche de estrellas ilusorias.

6. MANICOMIO CON VISTA AL MAR

EL PUERTO DE ORIGEN

Michael caminó por el bulevar que corría paralelo a la playa. A las nueve de la mañana el calor era ya insoportable. Las capas de bloqueador en la cara y su sombrero Panamá no impidieron que sus mejillas enrojecieran. «Bochorno», así se refirió una mujer de caderas generosas y vestido anaranjado al calor de esa mañana.

Michael no tenía idea por dónde iniciar. Metido a detective amateur, intentó reconocer aquellos lugares descritos por Eddie. A pocos kilómetros, al final del bulevar, avistó el club de yates. Parecía una distancia fácil de recorrer. Aun con el sol torturando a los paseantes que caminaban a orillas de la playa, era grato. En el trayecto se entrecruzó con lugareños que le sonreían amablemente. «A esto se refieren con la amabilidad de los porteños», pensó al corresponder las sonrisas con un saludo. Pasear así entre extraños resultaba agradable. Él creció con la descortesía de los neoyorquinos, con sus miradas puestas en cualquier punto excepto en los ojos de un extraño. Gente de actitudes civiles pero trato indiferente. Alguna vez leyó en un folleto turístico que los oriundos de Nueva York eran entrañables con los extranjeros. Abiertos a parlotear, a ofrecer su ayuda aunque nadie se las pida. Michael hubiera jurado que ese folleto versaba sobre otra ciudad. Aunque tampoco se dejaba impresionar por la amabilidad de los porteños dándole los buenos días inmediatamente después del sobrenombre, «Güerito». Con los años que llevaba viviendo en este país había aprendido que muchas de esas sonrisas eran aparentes. Y el piadoso, cumpliendo una manda de rodillas en la iglesia, era el mismo que más tarde apuñalaba a un parroquiano para robarle la cartera.

Michael entró al club de yates. Atravesó el puente donde atrancaban las embarcaciones. Había de diversos tamaños. Desde Zodiacs inflables con motor de cuarenta caballos de fuerza, hasta yates de veinte metros de longitud. Al término del embarcadero estaba el restaurante; era un lugar desangelado donde no había nadie atendiendo ni comensales en las mesas. Michael se empinó sobre la barra del bar, tras la que envejecía un pez espada disecado, y dijo con voz estruendosa: «Buenos días».

Silvio, el mesero, joven moreno no mayor de veinte años, delgado, de ojos verdes y facciones toscas, salió de la cocina masticando un bocado. Se cubrió la boca con la mano y se disculpó: «Estaba desayunando». Michael, apenado por interrumpirle el primer alimento del día, le aseguró no tener prisa. Silvio extrajo una cerveza del refrigerador y se la dio.

—Por cuenta de la casa —dijo coquetamente.

Michael empinó la cerveza. Quizás era demasiado temprano para beber, pero el calor no le permitía apetecer otra cosa.

—¿A qué hora sales? —inquirió a Silvio sin rodeos.

—¡Qué directo! Salgo hasta la seis de la tarde.

—Tengo cosas que hacer, regreso por ti a esa hora —sentenció Michael, confiado de que esa noche no dormiría solo. Se alejó de la barra cerveza en mano. Prestó atención al ajetreo cotidiano de cualquier fin de semana en el club de yates. Un grupo de jóvenes adolescentes atravesó el puente cargando su equipo de buceo. Entre ellos destacaba una niña, o al menos todavía lo parecía, de doce años aproximadamente. Pequeña y flaca, sobrellevaba su tanque de aire comprimido con dificultad. Le recordó a Eddie. Pensó que así luciría en sus tiempos de joven asentista. Michael no perdió de vista al grupo hasta que subieron a una lancha grande con dos motores fuera de borda. La luminosidad del sol refractado contra el mar le obligó a entrecerrar los párpados. Terminó la cerveza y volvió a entrar al club.

—¿Conoces la Escuela de Bellas Artes? —preguntó a Silvio mientras ponía la botella vacía sobre la barra.

—Todos la conocen, es la única y no está lejos de aquí —Silvio le anotó en una servilleta dirección e indicaciones para llegar.

Michael prefirió caminar a tomar un taxi. Por las instrucciones supo que la escuela no estaba retirada. Continuó su recorrido sin alejarse de la costa. Las playas habían quedado atrás. El club de yates colindaba con el muelle

comercial, sitiado de buques de carga y cruceros por esas fechas. Los niños vendedores acechaban a Michael para ofrecerle baratijas, esperanzados en que, por su inapelable tipo de extranjero, sería sencillo embaucarlo. Él reía por el precio en dólares de caracoles laqueados, cinturones de coco y collares de conchas. Llegó a la Escuela de Bellas Artes casi a mediodía. Primero pasó por la fuente de sodas para probar la horchata de coco, a decir de Eddie, la más sabrosa del puerto. Se empalagó con el primer trago. Tomó tres sorbos y la dejó sobre el mostrador. No le pareció tan succulenta. Cruzó la calle hacia la escuela. El personal que allí trabajaba rondaba los setenta años. Había una secretaria de estatura y complexión regular, de cabello rubio, blanquecino de tantas decoloraciones. Ella sonrió a Michael con amabilidad. El lo interpretó como la invitación a interrogarla sin pudor. Dulce —la secretaria de Lucía— le ofreció un café. Aceptó agradecido.

Michael fue sincero con Dulce: le contó, aunque sin detalles, la razón de su visita a la Escuela de Bellas Artes. Coloreó la verdad con alguna mentira encantadora sin obtener frutos. La secretaria no recordaba a Eddie ni vagamente.

—¿Te imaginas la cantidad de jovencitas que han pasado por aquí en cuarenta años? —inquirió sin dejar de hacer memoria.

—Era muy problemática. Creo que ni estaba inscrita y la directora la dejaba venir a clases sin pagar.

—De todos los escuincles que han pasado por aquí, la gran mayoría eran problemáticos. Qué adolescente no lo es —continuó al tiempo que servía el café en las tazas, del tamaño de un tazón para cereal—; además, Lucía siempre le ha permitido a muchos chamacos venir de oyentes a la escuela.

Michael insistió, hablando de Eddie como si en verdad se tratara de alguien especial. Diferente a las demás niñas, con su ropa subversiva y ademanes poco femeninos. Dulce, esforzándose en ser amable, volvió ó a hacer memoria y meneó la cabeza.

—Con esas señas me vienen veinte a la mente. La mayoría no estudiaba aquí por gusto, sino obligados por sus padres. Esta escuela ha sido por mucho tiempo una especie de correccional para niños con algún talento.

Michael agradeció a Dulce el tiempo dedicado y el café, el cual dejó a la mitad. Estaba acostumbrado a los expresos que bebía de un trago. Antes de irse le compró un pastel en la fuente de sodas, esperando que no fuera tan

malo como la horchata, y se lo dejó en muestra de gratitud. Dulce sonrió por su gesto. Por último le pidió prestada la guía telefónica para buscar el teléfono de los tíos de Eddie. Fue fácil hallarlo porque había sólo cuatro personas con el mismo apellido. En los primeros dos números no conocían a Eddie. Tuvo suerte con el tercero. Respondió Loreta, la tía de su amiga. Con voz rasposa, apagada por la vejez, dijo a Michael que su esposo había muerto de cáncer años atrás y que no sabía nada de su sobrina desde que se fue de la casa. Él le rogó que lo recibiera, prometiendo no quitarle mucho tiempo. Finalmente la mujer accedió.

Michael regresó al hotel para recoger su coche. Auxiliado por las instrucciones del conductor de un taxi, se dirigió a lo que fue el hogar de su amiga en la adolescencia. Timbró tímidamente en la puerta de la casa. Abrió una mujer rolliza de cabello encanecido y semblante triste.

—¿Loreta...? —dijo Michael, asegurándose de no cometer error.

Por respuesta, Loreta abrió la puerta de par en par. A Michael le asaltó brevemente la culpa. Si Eddie supiera que él había estado siguiendo sus pasos de niña, probablemente no se lo perdonaría. Era la peor intrusión de todas. A la par se creía con derechos de hacerlo. Tuvo de súbito un mal presentimiento al descubrir el valor de la fotografía de Arbus. Michael no fue sincero con Loreta, inventó que buscaba a Eddie porque le debía dinero.

—No lo dudo —fue lo primero que dijo-. No sabes cómo nos reclamaba su herencia. Nos trataba como ladrones cuando jamás tocamos un centavo para nosotros o nuestros hijos. Ella hacía unas cuentas que mi esposo y yo jamás entendimos.

»Mi esposo, que le juro era buen hombre, no quería entregarle su dinero por temor a que lo despilfarrara. Se juntaba con lo peorcito de la ciudad. Unos jovencitos pendencieros y marihuanos. Se le metió la idea de que le diéramos su dinero para irse a vivir sola, a la edad de catorce años, hágame el favor.

»Javier y yo coleccionábamos angelitos de Lladró desde nuestro primer mes de casados. Cada mes comprábamos uno nuevo. Una semana después de informarle que no le daríamos su herencia hasta que cumpliera la mayoría de edad, nos hirió donde más nos dolería. En el club de yates había una fiesta de don Federico Koch, conocido aquí como el Negro, un hombre muy importante y respetado aquí en el puerto. Fuimos a su fiesta pero mi sobrina

no quiso ir. Cuando regresamos no sabe lo que nos topamos. Todas nuestras figuritas de Lladró, coleccionadas durante dieciséis años de matrimonio, estaban hechas añicos. Qué debe tener una jovencita en la cabeza para hacer algo así. Quisiera morderme la lengua antes de decir esto. Pero desde que tenía cuatro años supe que algo andaba mal. La mirada siempre atenta al movimiento de los demás; como un animal al acecho. Su silencio constante y su alergia al tacto. No permitía que le abrazáramos, mucho menos que la besáramos.

»Su madre, qué puede decir una madre, siempre inventaba explicaciones para justificarla, para tratar de que pareciera simpática, pero no, no lo era. Recuerdo cuando la corrieron del kínder por insultar a su maestra con el vocabulario de un carretonero. Le dijo pendeja y, a los niños de su edad, chamacos cagones. Así con esas palabrotas y tenía cuatro años. En otra ocasión que la castigamos, le prendió fuego al vestido de quince años de mi hija.

»En fin, que cuando mi esposo vio las figuras de Lladró hechas añicos supo que había sido ella. Le dolió mucho y le dejó de hablar por meses. La seguimos aguantando porque su padre nos lo pidió en su testamento. También para exigirle que pagara el valor de nuestra colección. Esa escuincla era el diablo.

»Mi marido y yo pusimos nuestro mayor empeño en llevar la fiesta en paz. La dejamos hacer y deshacer, sin que le faltara el respeto a nuestra casa, claro. Deseábamos que tuviera dieciocho años cuanto antes, para correrla con todo y su dinero que, como le dije, no nos interesaba. Ah, eso sí, descontándole el valor de las figuritas de Lladró.

»Un día apareció aquí con Lucía Muñoz de la Vega, una mujer muy querida y respetada en el puerto, de familia de mucho abolengo. No tengo idea de cómo la engatusó. Entonces nos dijo que quería su dinero para irse a vivir al extranjero. Lucía se ofreció a estar pendiente de ella y administrar su herencia que, a lo mucho, le duraría hasta la universidad, y eso si era de medio pelo. Se fue de aquí a los dieciséis años cumplidos gracias a Dios y a la señora Muñoz de la Vega. Nunca más volvimos a saber de ella. Ni una llamada, ni una disculpa, ni una muestra de arrepentimiento. Se evaporó de nuestras vidas y, francamente, fue una bendición. Si la encuentra, dígame que digo yo, que si su padre no nos los hubiera pedido, ella jamás hubiese vivido

en esta casa».

Michael se despidió de Loreta prometiéndole darle su recado a Eddie cuando la encontrara. Sus travesuras no lo escandalizaron, pero no le parecieron conductas propias de ella. Tampoco pensó que su tía mintiera. Si la vida hace lo correcto, la mayoría deja atrás las actitudes bravuconas que lo empoderaron en su adolescencia. Subió a su Fiat. Miró el reloj del tablero. Hora de la comida. Manejó rumbó al club de yates por alguna botana para picar. Tomaría algunas cervezas esperando a Silvio. Lo invitaría a cenar al mejor restaurante del puerto, más bien al lugar donde el atractivo mancebo prefiriera.

7. EL OCÉANO INASIBLE

PENDIENDO DE UN HILO

El alba abría suavemente. En la playa de Punta Peñasco, parados uno al lado otro, Eddie e Ian, sin dirigirse la palabra, esperaban a Gert. Estaba furiosa por la injerencia del Caimán en el hallazgo de Nuestra Santa de Alba. Conocía la forma en que su amigo podía mover los hilos. Evidentemente lo había invitado porque era la única manera de que ella no se negara. Gert — aun su amor no correspondido— le pidió que estuviera en la expedición. No confiaba en Ian y quería un aliado en el descenso.

Gert arribó a Punta Peñasco con veinte minutos de retraso. En la lancha del Alacrán ya estaba cargado el equipo completo: nueve tanques de aire comprimido, cinturones de lastre, visores, aletas, botas y trajes gruesos de neopreno para soportar las bajas temperaturas del mar. Eddie respiraba nerviosa, sabía que Ojo del Diablo no era sitio recomendable para el buceo. Se tenía conocimiento de profesionales, con cientos de horas de inmersión, que perecieron al tratar de romper algún récord. Ojo del Diablo mostraba complicaciones técnicas. Según los pescadores, se trataba de un sitio maldito. Al fondo del mítico agujero azul yacían cadáveres y restos de barcos naufragados, arrastrados por corrientes a una caída sin retorno de ochenta metros, Ian, convencido de que allí estaban los despojos de Nuestra Santa de Alba, persuadió a Gert de unirse a la aventura, pese a que el único medianamente capacitado para semejante inmersión era él.

La lancha del Alacrán se deslizó por el mar. A esa hora de la mañana semejaba un lago de hielo, sin onda u ola en la superficie, extendiéndose infinito hasta el horizonte. Nadie hablaba en la embarcación. Ian encendió el primer cigarro de la mañana. El recorrido a Ojo del Diablo saliendo de Punta

Peñasco era más corto que zarpando del club de yates. La tensión entre los tres, tan sólida como una plancha de acero, se acendró durante la travesía.

A treinta metros de distancia divisaron el agujero azul. Ineludible ese extraño y oscuro pozo en medio del agua cristalina, tan próximo a las islas. El Alacrán se detuvo a unos metros de Ojo del Diablo. Dejó caer el ancla y se recostó a esperarlos. En esa ocasión Ian confiaba en que no lo abandonaría. Dándole la espalda, mientras anclaba tomó la llave de encendido del motor y la guardó en su traje de neopreno.

Uno a uno entraron en el agujero azul con tres tanques de aire, dos en la espalda y uno en el pecho. A esas profundidades es necesario llevar suficiente reserva. Ian propuso no separarse. Al igual que en el juego «Dejarse llevar por el mar», salían todos o no salía nadie.

Los primeros veinte metros bucearon sin contratiempos. En el agujero azul no había fauna marina, sólo organismos bentónicos. No pararon en la primera plataforma, Ian decidió seguir de largo: ya la había saqueado lo suficiente. Bajaron veinte metros más. En el descenso vieron atorado en los arrecifes el cadáver de un buzo, reducido a pellejo con los huesos expuestos impudicamente. Los cuerpos no solían recuperarse por miedo. Si el tanque aún contenía remanentes de gases, podía estallar en la superficie debido a la corrosión del metal. Eddie, impactada por el estado del cadáver, sufrió un mareo similar a los producidos por narcosis, la borrachera de las profundidades.

Ian, Gert y Eddie entraron a una segunda plataforma, pequeña y oculta, casi una cueva. Había doblones dispersos entre pedazos de madera y despojos de equipos de buceo, dejados allí en accidentes trágicos. Recogieron varios y los guardaron en sus bolsas cangureras. Sonreían satisfechos, haciendo señas con el pulgar en señal de triunfo. Salieron de la segunda plataforma directo a la superficie hacia un ascenso de cuarenta metros, lento y cuidadoso.

A punto de iniciar el ascenso, Ian señaló hacia el fondo. Escribió en su pizarrón: «Mucho más abajo». Gert y Eddie intercambiaron una mirada borrosa por el efecto turbio del mar. Él aceptó bajar ante el desasosiego de ella, a punto de caer en un ataque de pánico. Bajaron veinticinco metros más pero Eddie ya no pudo controlar su ansiedad. Una flama, como la que vio posarse sobre Ian, floreció de su dedo medio. Paralizada, advirtió el fuego expandirse por su cuerpo, hasta transformarla en la Antorcha Humana. Dejó

caer el pizarrón y, sin avisar, inició una emersión veloz y descontrolada. Gert e Ian se alertaron. En el frenesí de la desesperación no haría las paradas reglamentarias para asegurar la descompresión que neutralizaba la toxicidad que había adquirido al nitrógeno conforme descendían. Ian la agarró de los hombros para tranquilizarla. Eso no ayudó, por el contrario, comenzó a luchar con él en su intento por liberarse. Gert, resuelto a salvarla, se aferró a sus piernas vigorosamente. Los esfuerzos de ambos sólo consiguieron asustarla más. No reconocía a sus amigos. Los gestos de preocupación, para ella amenazantes, se derretían como si estuvieran hechos de cera. Creyendo luchar por su vida, se sacudió enérgicamente. En el forcejeo, uno de sus tanques pegó a Gert en la cabeza. El golpe, duro y seco, lo dejó inconsciente. La pesadez de su cuerpo cayó vertiéndose calmamente hacia el fondo del agujero azul.

Ian, entre el dilema de salvar a Eddie o salvar a Gert, se decidió por ella, a quien rodeó con piernas y brazos para obligarla a hacer las paradas de seguridad. La caída de Gert continuó irremediablemente hacia el fondo, sin avistarse su fin.

Esa es la última imagen que la memoria de Eddie capturó de Gert. Su bello cuerpo de uno noventa centímetros cayendo inerte hacia el fondo del mar. Envuelto por los mantos fríos, salados y abisales. Suspendido por una atmósfera extraña e inhóspita, igualmente bella y seductora. Ian emergió asido al cuerpo de Eddie. Ella, en una especie de duermevela, a ratos lúcida y por momentos somnolienta, continuaba sin reaccionar.

—Vámonos de aquí, rápido —ordenó Ian al entregarle la llave del motor al Alacrán.

—¿Y el güerote? —preguntó al notar que Gert no emergía por ningún lado.

—Ya no saldrá, vámonos cuanto antes.

El Alacrán introdujo la llave en el motor, hizo varios intentos hasta conseguir encenderlo. Su estruendo sonó en los islotes cercanos. Eddie, sin levantar la mirada del piso de la lancha, lloró dócilmente. Ian se acercó a abrazarla para darle consuelo, pero ella rechazó su gesto de un manotazo.

—¡No me toques! —espetó con esa mirada de odio jamás vista por su amigo.

Las gaviotas merodeando cerca de los islotes en busca de restos de pescado se levantaron en un fuerte aleteo, silenciando el grito de Eddie. La

lancha navegó rumbo al puerto del cual Eddie había decidido irse.

8. EL REGRESO DE MICHAEL A LA CAPITAL

LOS VESTIGIOS DE UN FANTASMA

Michael, recostado en la cama al lado de Silvio, pensaba en Eddie. En lo difícil que le resultaba hacerse de amigos entrañables y lo sencillo que fue involucrarse con ella. El amante en turno se levantó de la cama y recogió su ropa del suelo; comenzó a vestirse rápidamente para partir. «Sin duda es mi perfume», pensó Michael haciendo una broma para sí.

—¿Te esperan en casa?

—No —respondió Silvio—: pensé que tenía que irme.

—Puedes quedarte a dormir, si quieres. Yo te llevo mañana al club de yates.

Silvio volvió a la cama contento por la delicadeza de Michael; la de un caballero. Estaba acostumbrado a los toscos y burdos padres de familia del puerto tratándolo con el mismo desprecio que a una prostituta.

—Mañana me regreso —le advirtió Michael para no sorprenderlo—, te dije que estaba de paso.

Silvio se acurrucó en su pecho sin reclamos. Él lo abrazó sin soltar el cigarro, como tampoco los pensamientos sobre Eddie. Seguía herido por su salida abrupta, sin explicaciones. Llegó a pensar que eran el uno para el otro. Dos amigos complementarios e inseparables. Cada quien con sus respectivos amantes, pero unidos en la complicidad de las parejas.

Silvio dormía. Michael salió a la terraza, desde allí la bahía brillaba en todo su esplendor. Las luces de los yates y barcos recreativos para turistas navegaban parsimoniosamente, recortadas por la opacidad de la noche. Tuvo

fantasías de sí mismo con Eddie recorriendo el mundo, conquistando jovencitos pero sin compartir a sus hombres. Inclusive consideró la idea de vivir juntos. «Es más fácil hallar con quién coger que con quién vivir», meditó. Estaba seguro de que ellos se habrían acoplado sin conflictos, respetando espacios y silencios; compartiendo espacios y silencios. A la sazón, Michael cayó en cuenta de que viajó al puerto de Eddie para hallarla y, sin embargo, ya no quería hacerlo. Quiso escribirle una carta, así como Ian, pero a diferencia de él no sabría adonde remitirla. Con la última bocanada de cigarro llegó la aceptación. Era muy probable que no volviera a saber nada de ella, que la amistad compartida, corta e intensa, hubiese sido tan cierta como falsa. La recordó en el día que la conoció, entregándole sus traducciones con manos temblorosas. Aplastó la colilla del cigarro en el cenicero. Decidió que, después de dejar a Silvio en el club de yates, daría una vuelta en coche por la Escuela de Bellas Artes, la fuente de sodas, los portales y las dunas El Infiernillo, convertidas en fraccionamiento de lujo con muelle y plaza comercial del mismo nombre. «Sin duda, el mejor nombre para una plaza comercial», sentenció. Quería recorrer esos lugares por última vez e intentar imaginarlos como su amiga los describió.

Después del viaje al puerto, Michael creyó que había cerrado el capítulo de Eddie. Entendió que si existía la remota posibilidad de reencontrarse, aquello no dependía de él. Entró a la habitación y se recostó al lado de su amante. Lo abrazó pegándole el pene en sus nalgas voluminosas. Silvio rezongó algo entre sueños y permitió que Michael lo acariciara. Faltaba un par de horas para el amanecer.

9. VIRTUDES PELIGROS; PERDONAN PERO NO OLVIDAN

LOS ÚLTIMOS DÍAS EN EL PUERTO

El cuerpo de Gert no fue recuperado. Buzos profesionales contratados por su padre y porteños deseosos de ayudar, araron en el agujero azul sin hallarlo. La tragedia acaparó la primera plana de las publicaciones locales. El jefe más alto de la Marina, amigo personal del Negro Koch, puso a disposición de la familia varias lanchas de rescate. Todo fue inútil.

El servicio fúnebre se realizó en varias embarcaciones ancladas alrededor de Ojo del Diablo. Ahí estaba Eddie, mas no Ian. Ella lloraba abrazada de Gabriela, quien escondía su dolor detrás de sus enormes lentes oscuros, dignos de una estrella de cine italiano. Omar y Axel tenían la vista perdida en el océano. Sus ojos llorosos reflejaban desolación pero también ira. Apenas se enteraron de la muerte de su hermano, confrontaron a los últimos que lo vieron con vida.

Ian le pidió a Eddie que jamás contara lo ocurrido; se pusieron de acuerdo en una misma historia: Gert escuchó el rumor de la localización de Nuestra Santa de Alba. Fue él quien le pidió a Ian acompañarlo por tratarse del buzo con mayor experiencia e inmersiones a gran profundidad. Eddie —como todos sabían— se les pegó queriendo demostrar ser igualmente temeraria que ellos. A la pregunta esperada, por qué no se lo comentó a sus hermanos, respondieron que no quiso ponerlos en peligro. Los hermanos Caimán eran hartos conocidos por sus osadías, por la férrea costumbre de no acobardarse ante nada.

La familia Koch quedó medianamente satisfecha con la explicación; ante

el sincero perdón respondieron con la magnanimidad esperada en esas situaciones. «Fue un accidente», dijeron murmurando un Jesús en la boca. En realidad jamás perdonaron. Ian, quien después de la muerte de Gert había intentado enmendar su vida, fue levantado por cuatro desconocidos mientras corría en el bulevar. Casi lo mataron a golpes en las dunas El Infiernillo, causándole daño irreversible en algunos órganos, entre estos los riñones. Eddie no volvió a recibir llamada de Axel u Ornar, y si se los topaba en la calle, invariablemente fingían no verla. Tampoco pudo perdonarse a sí misma, ni a Ian. Su amistad se convirtió en odio, la fidelidad en desconfianza y su cariño en resentimiento. Cada día abrigaba una nueva forma de venganza. No consentía la muerte de Gert como algo vano, mucho menos que Ian se hubiese beneficiado de esta. Además, descubierta la ubicación de Nuestra Santa de Alba no tenía duda: el Negro volvería a explorar Ojo del Diablo; con su dinero podría comprar un sumergible a control remoto y en definitiva hacerse con el tesoro del galeón.

A cuarenta días de la muerte de Gert, Eddie decidió irse aunque no sabía cómo. Sus tíos no se lo permitirían hasta cumplir dieciocho años. Llamó a Lucía; atragantada con el llanto, le pidió verla. Su mentora, al tanto de la muerte de Gert Koch, se prometió a su disposición. El puerto era pequeño y las familias burguesas se conocían, así fuese de oídas. Quedaron en desayunar al día siguiente.

Eddie colgó con Lucía y llamó a Ian; quería verlo por última vez. Candelaria le informó que los padres del muchacho lo notaron tan deprimido por la muerte de su amigo, que decidieron llevarlo a esquiar a la casa de Colorado. A Eddie se le grabó una idea fija en la cabeza. Imposible de ahuyentar. Se vistió con jeans, playera negra y tenis rojos. Las botas de minero serían estorbosas para lo que pensaba hacer. Tomó el camión rumbo a casa de Ian. Llegó por la puerta de atrás, la que daba a la alberca, y trepó la barda sin mayor problema. Barrió la casa con la mirada hasta descubrir a Candelaria dormida sobre el sillón, frente al televisor. Entró de un brinco. Las puertas corredizas siempre estaban abiertas. Corrió directo a la recámara de Ian. Levantó el colchón, allí seguía, en el agujero del tambor, la maleta deportiva con el dinero ganado a espaldas de todos. Eddie colgó la maleta sobre el hombro y salió de casa de los Uribealgo por la puerta principal, saboreando el momento en que Ian descubriera que había perdido todo.

10. LA BAHÍA, DOS CAFÉS CON LECHE Y UNA AMENAZA

SI TE VAS NO REGRESAS

Día nublado y caluroso. Un buque de carga proveniente de Alemania entraba lentamente guiado por dos remolcadores, barcazas rodeadas de llantas protegiéndolas de las embestidas de barcos más grandes. Temprano para una ciudad perezosa, aunque tarde para el movimiento en el muelle. Vendedores ambulantes cargando canastas con artesanías hechas de coral y conchas descansaban en las bancas del muelle. Había pocos turistas que sorprender.

En el gran café del malecón, Eddie tomaba un café con leche con doble carga mientras esperaba a Lucía. Llegó antes. No pudo pasar más tiempo en casa porque estaba ansiosa por el encuentro. Vestía jeans, playera blanca y sus botas de minero. De tanto en tanto verificaba su reloj Swatch de carátula azul, como si hubiera pasado largo tiempo entre cada vistazo. Quería desayunar, pero sólo tenía dinero para un café; su mesada no era suficiente. Pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa pretendiendo tener más edad, comiendo o cenando en fondas y cafeterías, pidiendo cervezas y cigarros sin pensar en el resto del mes.

Lucía llegó puntual. Entró al café acaparando las miradas. Vestía unos pantalones de algodón blancos que a contraluz traslucían sus largas y torneadas piernas. Por blusa usaba un ajustado top verde del mismo color de los pesados aretes de jade que colgaban hasta sus hombros. Los lentes negros de pasta le cubrían medio rostro. Eddie la admiraba. Una mujer independiente, dueña de su vida en un puerto oxidado donde las mujeres únicamente pensaban en casarse y parir. Lucía tenía familia, pero su vida no

giraba alrededor de su esposo e hijos. Supo ser madre de la misma manera que la mayoría de las madres lo son, con aciertos y yerros. Leyó cuentos a sus hijos antes de dormir, cuidó sus enfermedades, organizó detalladamente fiestas de cumpleaños en las cuales destacaba cual buena anfitriona. jugó a las escondidas, infló globos, cantó canciones al piano coreadas por sus hijos, dio consuelo en los fracasos y celebró sus éxitos. Un día dijo: «hasta aquí». Entonces se dedicó de tiempo completo a la Escuela de Bellas Artes. A inspirar niños descarriados, jovencitos ninguneados por sus aspiraciones estéticas. Lucía representaba para Eddie un modelo a seguir, excepto en la parte del esposo e hijos.

Lucía saludó a Eddie de beso en la mejilla. Jaló la silla de la mesa contigua donde enganchó su bolsa Chanel 255. Habló al mismo tiempo que leía el menú sin importar sabérselo de memoria. Un mesero delgado y de bigote ralo se acercó a tomar la orden.

—¿Qué quieres desayunar? -preguntó Lucía a Eddie.

—No tengo hambre -respondió.

Lucía obvió su mentira y ordenó desayuno para dos. Huevos, fruta y dos café con leche grandes con doble carga. Encendió un cigarro mirándola inquisitivamente.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó agitando el cerillo para apagarlo.

Eddie tragó saliva. Una pequeña bola de frontón quedó suspendida en la garganta sin cruzar el esófago. Alargó el cuello y la pequeña bola pasó finalmente. No contestó. Su respuesta fueron dos lágrimas similares a las escasas gotas de lluvia de esa mañana húmeda y calurosa.

Lucía pensaba sus palabras, lo que iba a decirle. Su voz fuerte y enérgica daba la impresión de gritar cuando en realidad no lo hacía. No se esforzaba por agradar y la ternura no formaba parte de su listado de cualidades. Con todo, quería decirle a su pequeña amiga lo ineludible con la menor rudeza. El mesero puso los platos sobre la mesa concediendo, sin proponérselo, tiempo a Lucia para pensar sus palabras.

—Nada te detiene aquí —dijo por fin Lucía mientras inspeccionaba la pulcritud de los cubiertos— La muerte de Gert Koch no traerá nada bueno. No juzgo a tus amigos, pero no haré nada por ellos; hay jóvenes por los que no se puede hacer nada y en la escuela he aprendido a distinguirlos. Tú tienes algo que puede salvarte y para eso tendrás que irte.

Eddie volvió a llorar. Eran lágrimas de duelo y al mismo tiempo de esperanza. La ilusión de que lejos existía otra forma de afirmar la vida.

—No sabría adonde ir —dijo Eddie con la voz entrecortada—, y el dinero que me dejaron mis papás no puedo recibirlo hasta los dieciocho años. Tampoco es mucho.

—¿Te dije que tengo una hermana viviendo en el extranjero? —preguntó Lucía dejando entrever que ya había planificado todo—. Mi hermana no se casó ni tuvo hijos, detesta a los niños pero tú ya no eres una niña. Hablamos la semana pasada de ti. Si estás de acuerdo, te irás a vivir con ella. Puedo ayudarte en lo que te arreglas con tus tíos, es más, yo misma hablaré con ellos.

Eddie desayunaba enmudecida, escuchando a Lucía resolver el futuro que tanto le asustaba. Le dijo a su mentora estar de acuerdo en todo. Prometió portarse bien y fidelidad eterna. Lucía subrayó que eso era innecesario.

—Con que no regreses y consigas dedicarte a eso que quieres, me sentiré bien pagada.

Eddie ignoraba en aquel momento que muchos años después escribiría sobre Lucía en uno de sus libros de relatos, *Perder la gracia del mar*. Ambas amigas, sin importar la diferencia de edades, se pararon de la mesa y salieron del gran café del malecón. Se despidieron con un abrazo largo. Lucía subió a su *Caprice* blanco. Observó a Eddie por el retrovisor. Había desayunado con una niña, pero sabía que se alejaba una pequeña adulta.

11. EPIFANÍA

HOMBRE NEOYORQUINO EN CASA CON GIGANTE JUDÍO EN EL CENTRO

Michael despertó de buen humor. La música del departamento contiguo —más bien ruido- no amilanó su sonrisa. Había dormido bien gracias al Diazepam. Recogió el periódico de afuera de su departamento y puso a trabajar la cafetera italiana. Fumó un cigarro en la cocina mientras estaba listo el café. Esperó con la misma impaciencia que la novia de un soldado en el frente. Hojeó el periódico. Ya nada lo sorprendía. Convencido legítimamente de la naturaleza feroz del ser humano, decidió que su siguiente colaboración para *The Wall Street Journal* sería sobre el verdadero significado de la palabra humanismo. Tenía particular desprecio por la expresión «nos hemos deshumanizado». Michael no tenía memoria de alguna época histórica donde el ser humano prodigara hospitalidad y empatía de manera generalizada. Humanizarse para Michael no significaba nada bueno; había que inventar otra palabra. Cerró el periódico. Ese día debía entrevistar a tres candidatas para el puesto de traductora: tenía que apresurarse para no ser sorprendido en pijama. Se bañó rápidamente. Vistió la misma ropa que había usado la tarde de ayer. Pantalón de mezclilla corte recto, camisa gris cerrada hasta el primer botón del cuello y una pajarita roja. Peinó su cabello ralo y rojizo con los dedos, acentuando el copete y alisando los mechones arriba de las orejas. Se sirvió una taza de café. La tomó sentado en el sillón estilo Luis xvii frente a la fotografía de Diane Arbus. La había colgado en la pared, en medio de varias fotografías tomadas en la década de los treinta del siglo pasado en Nueva York. Jamás hubiera adquirido por cuenta propia esa obra de Arbus. No obstante al verla ahí, con tanto significado en su vida al mismo

tiempo que estético, sintió armonía y afecto por el gigante. Entonces algo en su corazón le susurró que su amiga volvería.

Y lo haría.

A su retorno, Eddie le contará a Michael todo sin tropiezos. Que robó el botín de Ian por pura venganza. Que le prometió a Gert, en la última visita a su sepulcro en el mar, que jamás gastaría un centavo de ese dinero. Que compró la fotografía de Arbus porque fue la mejor manera de cumplir su promesa. También le dirá que le gusta tenerla en su recámara para contemplarla antes de dormir, porque en ese hombre descomunal había quedado condensado el amor por Gert, la hospitalidad de Alma Grande, la lealtad de Gabriela, la valentía de Ornar y Axel, pero también la amistad de Ian. De algún modo extraño, el gigante judío representaba esa entidad colectiva conformada por Eddie y sus amigos; como la de aquella novela de Sturgeon.

Eddie volverá buscando vínculos entrañables como los que se crean en la infancia, pero con la distancia necesaria para conservarse en calidad de amigos. Como los puercoespines, sí, pero más vale espinarse un poco a morir de frío.

Michael sorbió el último trago de café. Sonó el timbre del departamento anunciando a las candidatas para el puesto de traductora. Se levantó a abrir y, al pasar frente a la fotografía de Diane Arbus, pensó en cambiarle el marco. Nunca lo convenció esa marialuisa tan angosta. La mandaría nuevamente con Tarenzi para cuando Eddie regresara.

EPILOGO

COMO EL ALETEO

Antes de volver a la capital, Eddie se reencontró con Ian. Lo buscó en la antigua casa de sus padres; sabía por Gabriela que la había heredado diez años atrás. Tocó la aldaba del portón de madera labrada. Abrió Candelaria, quien reconoció a Eddie de inmediato. Le informó que su amigo había salido. Tenía la costumbre de caminar todas las mañanas por las playas cercanas a El Infiernillo. Agradeció a la anciana por la información. Al despedirse, divisó en la estancia sobre el librero de caoba aquella fotografía del grupo de amigos recargados sobre El rey Midas. Aparecían abrazados, sonriéndole al fotógrafo. Se vio a sí misma a los catorce años con su traje de baño Speedo rojo. Ahí estaban los siete; Alma Grande con su gesto bonachón; Omar, Axel y Gert con su cabello rubio y seráfico despeinado por el viento; Gabriela torciendo los labios en ademán seductor e Ian con sus ojos bellos y moros desafiando a la cámara. Un gigante de siete cabezas jalando hacia destinos diferentes. Pero unidos mientras la inocencia les permitió negar su singularidad. Eddie dijo adiós a Candelaria y se dirigió al bulevar en busca de un taxi.

Había mal tiempo en el puerto. El servicio meteorológico vaticinó un ciclón de doscientos kilómetros por hora. La rafia de las palmeras ondulaba fieramente, como si una rabia invisible quisiera arrancarla de raíz. Eddie divisó a Ian desde el taxi. Estaba parado a orillas de la playa, permitiendo al mar reventar contra sus piernas. Vestía la pijama mojada hasta las pantorrillas y encima de esta una bata color negra. Las olas rompían despiadadamente en

la escollera. Eddie gritó el nombre de Ian. No volteó.

—El ciclón empeorará en unas horas —advirtió el taxista pensando que Eddie era alguna turista despistada—. No es seguro estar en la playa.

Eddie agradeció su preocupación con buena propina. Se apeó por las piedras de la escollera hasta donde se encontraba su viejo amigo.

—Vámonos a tu casa —dijo al pararse detrás de él—, es peligroso estar aquí.

A Ian le dio gusto verla. Una emoción genuina sin importar que la hubiera forzado a regresar.

—Mi casa es esta —respondió lacónicamente.

Ian tenía la vista fija en el club de yates, allá donde atrancaba El rey Midas.

—El Negro Koch murió, ¿sabías? Se estrelló en su avioneta.

Eddie asintió sin expresar condolencias. Posó la mano con calidez sobre el hombro de su amigo, una calidez que la tomó a ella misma por sorpresa. ¿Adonde había ido a parar todo el rencor? ¿El odio? Ninguno pidió perdón por lo que hizo. Algo dentro de ambos les revelaba que habían cometido un acto imperdonable. Ian tomó a Eddie de la mano para darle un beso. Los ojos opacos daban señales de la vida escapando lentamente como lo hace el helio de los globos. Ya no quedaba nada de aquel apuesto joven que la interceptó en el bulevar. Esfumada ya la gallardía, el aplomo, la temeridad. Reducido el hombre a carne y huesos endebles, frágiles. Eddie no celebró su decadencia. Jamás tomaría su enfermedad como castigo o karma. No creía en lo divino, acaso, en lo azaroso de la vida y en las decisiones tomadas. Le dolió verlo así, acabado; sin decir más, intentó sacarlo del mar.

—Nunca se nada en la misma ola, ¿sabías? —apuntó Ian mirando a Eddie pletórico de añoranza.

—Anda, ya sal —insistió en tono imperativo aunque afectuoso—, yo invito los whiskys donde quieras.

—¿Un último «Dejarse llevar por el mar»? —pidió Ian, permitiendo entrever, al menos por un Instante, a aquel muchacho temerario.

Eddie negó con la cabeza. Ian soltó su mano y se encaminó hacia la profundidad. Ella intentó impedirselo, pero la mirada de su amigo fue lapidaria. La desarmó de todo acto autoritario así estuviese oculto tras el velo protector. Eddie no fue tras él. Se quedó en la orilla con la espuma de las olas

mojándole las botas. Permaneció allí, incólume, para acompañarlo en su partida. Ian siguió su camino hacia el horizonte, volteando de vez en vez para sonreírle. Una cuadrilla de marinos se aproximó hasta Eddie exigiéndole retirarse de la playa. Se había emitido la alerta roja y nadie podía estar ahí. Se distrajo unos segundos discutiendo con los oficiales y, cuando buscó a Ian en medio del mar, ya no estaba. Solamente su bata negra zarandeada por el mar flotaba sobre las olas coléricas.

Eddie acató las órdenes de los marinos y caminó tras ellos hacia el malecón. Se alejó por el bulevar buscando otro taxi. Mientras lo hacía tuvo conciencia de la existencia de Ian, eterna y breve. Le asaltó la imagen de un colibrí aleteando frenéticamente, suspendido en el espacio sobre las flores de un jardín. No logró seguir su vuelo, sin embargo, el movimiento de las alas se quedó ahí, parpadeante, impetuoso, recordando lo fugaz de su vida juntos, tan fugaz y rápida como el aleteo del colibrí.

Eddie detuvo un taxi sin mirar atrás. Una melancolía proveniente de la frontera con la nostalgia se apoderó de ella. Al mismo tiempo le irradió sosiego. Fue hasta entonces que entendió que Ian y ella jamás dejaron de ser amigos. Y que no necesitaban el perdón porque tenían el olvido. «Si no se pronuncia, sucede», sentenció para sí misma, mientras los costales de cemento en la escollera eran sumergidos por la marea creciente.

ACERCA DEL AUTOR

NORMA LAZO nació en Veracruz. Es psicóloga clínica por la Universidad Veracruzana y maestra en Saberes sobre Subjetividad y Violencia por el Colegio de Saberes. Fue fundadora de Complot, revista emblemática que dirigió hasta 2004. Es autora de las novelas El dolor es un triángulo equilátero (2005; Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares 2007), El dilema de Houdini (2009) y El mecanismo del miedo (2010); del libro de crónica de nota roja Sin clemencia (2007); de los ensayos El horror en el cine y la literatura (2004) y La luz detrás de la puerta: el silencio en la escritura, (2012; Certamen Internacional Letras del Bicentenario). Es creadora y guionista del ensayo fílmico El mecanismo del miedo (2005), cocreadora y guionista del programa cultural Facultad de diálogo (2007-2008), de la serie documental Las siete nuevas artes (2006) y de la revista sobre arte contemporáneo La caja negra (2004). Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.